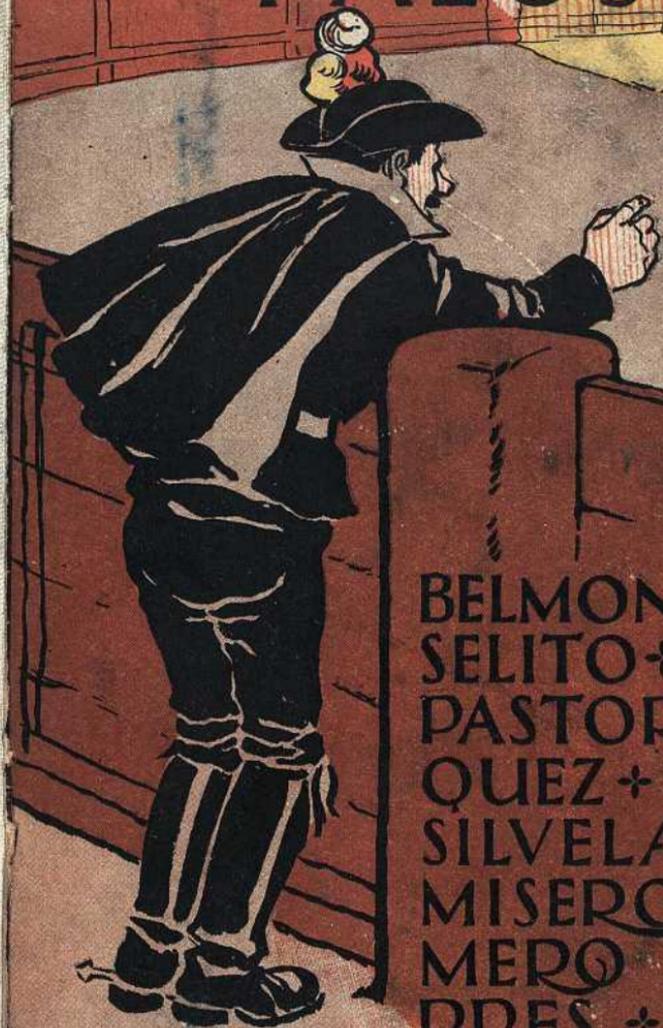


JOSÉ LOPEZ PINILLOS
(PARMENO)

LO QUE CONFIESAN LOS TOREROS
PESETAS PALMADAS COGIDAS

PALOS



BELMONTE + JO-
SELITO + GALLO
PASTOR + VAZ-
QUEZ + LARITA
SILVELA + CA-
MISERO + RO-
MERO DE TO-
RRES + &







OBRAS DE J. LOPEZ PINILLOS

(PARMENO)

NOVELA

La sangre de Cristo.
Doña Mesalina.
Las águilas.
Frente al mar.
Ojo por ojo...
Cintas Rojas.
El Luchador.

TEATRO

El vencedor de sí mismo (Drama).
Hacia la dicha (Comedia).
El burro de carga (Comedia).
La casta (Comedia).
El pantano (Drama).
Nuestro enemigo (Drama).
La otra vida (Drama).

PERIODISMO

Hombres, hombrecillos y animales.
Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.

EN PRENSA

Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.



LO QUE CONFIESAN LOS TOREROS
PESETAS, PALMADAS, COGIDAS
Y PALOS



A DON ANTONIO SACRISTÁN

13

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

LO QUE CONFIESAN LOS TOREROS
PESETAS, PALMADAS, COGIDAS
Y PALOS



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1917



LOS FENÓMENOS



LA AFICIÓN DEL ÍDOLO

BELMONTE EN CAPUA

¿QUE SI ME GUSTAN LOS TOROS?... ¡PERO HOMBRE!—OTRA CALUMNIA.—MIS BACANALES.—DE ONCE DE LA MAÑANA A DOS DE LA MADRUGADA.—PARA LO QUE MADRUGUE UN DIA.—SAN MIGUEL SERRANO Y EL GABAN DE TRABILLA.—BORRAS, THUILLIER Y ORTAS.—¿LAS MUJERES?... ¡SOY UN SER INFELIZ!—EL CIGARRO DE TRES PESETAS Y LAS HAMBRES PASADAS.—CALDERON, LOS MANTECADOS, LAS CAPEAS CON ACETILENO Y EL TORO AMIGO DE LOS SASTRES.—LOS BURROS DE ANTOÑITO.—CALDERON ES UN SENTIMENTAL.—EN EL TENTADERO DE URCOLA.—EL CAPOTE DEL «MARINO».—«LA HERMANA SAN SULPICIO», «EL LIRIO ROJO», «PIPA», «ANTON».—UNA COGIDA INEXPLICABLE.—MI TOREO.—LOS TOROS QUE VIENEN DE INCOGNITO.—EL CICLON DE SALAMANCA.

Con el examen del dormitorio estilo Imperio, magnífico, y de la salita donde se detienen los visitantes para admirar la gentil muchachuela pintada por Romero de Torres, terminamos nuestra excursión por la casa, puesta con un lujo sólido y de buen gusto, y pasamos nuevamente al comedor.

Belmonte, muy tostado, muy fuerte, más fuerte que nunca, y muy contento, acomodase en un sillón, enciende un «águila», y riéndose como un chiquillo nos invita a entrar en materia:

—Ea, pregunte usted, que yo contestaré buenamente lo que sea presiso... Y eso que no me ilusiona lo de que titule usted la información «Belmonte en Capua». Es lo mismo que si la titulara usted «Belmonte de juerga». Yo vi el «Aníbal», de Oliver, y luego, por curiosidá, me dí un paseillo por la «Historia», de Sésar Cantú. Pero, adelante, que me conviene hablar de todo lo que me ha colgao la gentesita.

—Pues adelante. Empezaremos por lo de su falta de afición. ¿Es verdad que a usted no le gustan los toros?

—¡Pero, hombre!... ¿Que a mí no me gustan los toros? ¿Que yo no tengo afición?

La magnitud del cargo hace tartamudear un poquitín más que de costumbre a Belmonte—que no habla como un torero, sino como un señorito andaluz de los finos—y arráncale algunas frases condenatorias; pero se repone en seguida y recobra su impassibilidad de estoico.

—Eso de mi falta de afición—dice—es algo problemático. ¿No tengo yo afición porque

no toreo en la caye de Alcalá y porque no me paso la vida refiriendo cosas de toros? ¿No tengo yo afisión porque no hago un gaspacho en un poso, como «Lagartijo», o porque no entro, a cabayo y pegando tiros, en los cafés, como «Frascuelo»?... ¡Tonterías! Lo que pasa es que hablando de toros se oyen muchas sandeses y que a mí no me entusiasman las sandeses. No soy «castiso». Lo siento. Pero, ¿qué le vamos a haser si no lo soy? ¿Verdá?

—De manera que usted tiene afición.

—¡Enormísima! Afisión a mi ofisio y afisión a los biyetes.

—Y, por tanto, no se retira usted.

—¿Retirarme al empear? ¿Y con tres pe-setas?

—Pero, ¿y el cortijo?

—¿Y qué vale un cortijo para el que puede ganar dies cortijos?... No; no me retiraré. Y a otra cosa. Lo de Capua. Sierto es que vivo en Capua, por aqueyo de que tó es del color del cristal con que se mira; pero de eso a desir que sarto de una bacanal pa caer en otra... Verá usté mis bacanales. Apunte. Locuras de Juan Terremoto: Juan Terremoto se levanta a las onse, lee la Prensa, se baña, silba la música de «El asombro de Damasco» mientras escoge un terno y se lo pone, char-

la con los amigos, almuerza y se va al Li6n, a la tertulia de «Los veinte». En el Li6n, Terremoto discute, fuma y toma caf6, hasta la hora del paseo. A la hora del paseo—otra locura—pasea, a pie o en coche, y despu6s de senar se mete en el teatro como el calaver6n m6s terrible del mundo.

—S6; pero, 6y despu6s del teatro?

—Ah6 me ha cogido usted. Despu6s del teatro, como Terremoto es el hombre de la bacanal, toma chocolate y se acuesta y ronca hasta las onse de la ma6anita. Es desir, algunos d6as madrugo. Puede sertificarlo San Migu6 Serrano, que es la flor de la medisina y de la amist6.

—6Y por qu6 puede sertificarlo?

—Porque un d6a... Bueno; esto no lo cuenta usted.

—¡No, hombre! ¡No faltaba m6s!

—Pues un d6a yegu6 muy temprano, antes de las seis, a casa de D. Migu6. «Trin, trin», gorpe de timbre, y sale la cri6. «Que se levante D. Migu6 en seguida, que tengo que verle.» Y se presenta San Migu6, con los bigotes arborotaos y con un susto tremendo. «6Qu6 te pasa, Juan? 6Est6s peor?» Y yo muy carmoso: «Hombre, peor creo que no estoy; pero como ayer me yebaron este gab6n con trabiya y me largo ahora mismo a Salaman-

ca, quiero que me diga usted cómo me cae.»
¡Lo que yo corrí por la escalera pa que no me matara San Miguel!... ¡Hasta me dijo sosol!...

—Bien. Pero volvamos a Capua. Esos teatros que frecuenta usted serán de los que cultivan el género alegre.

—¡Ca! Si yo por lo que tengo delirio es por lo triste. Por lo serio, entiéndame usted. He visto a Borrás en cinco o seis dramas. En «El Cardená» es un Papa, no un cardená. ¡Vaya un artistasol! También he visto a Thuillier. ¡Cómo está en «Los intereses»! Un señor mayor. Pues, ¿y Ortas en «El asombro de Damasco»?

—¡No, no! ¡A Capua, Belmonte! Eso que dicen de las mujeres, ¿es cierto? ¿Se pelean por usted? ¿Le persiguen a usted?

—Como no persigan a mis duros... ¡Si yo soy un sér infelís!

—¡Pero Juan!

—Infelís en esas cosiyas, que en las demás soy un archipámpano. Porque ¡mire usted que vivimos bien los taurinos!... Nuestra gran casa, con su assensor, pa subir con menos trabajo que un mirlo; nuestro automóvil, pa ir asustando gayinas por las carreteras; nuestros banquetes, con champán en ves de bicarbonato y nuestros puros como serro-

jos... ¿Quiere usted más Capua? Pa el que ha pasao las hambres que he pasao yo, ¿no es eso una bacanal?

—¿No se avergüenza usted de recordar los malos tiempos?

— ¡Yo!... ¡Por vía de los moros, que no soy tan cursi! ¡Me hincho de orguyo, amigo! ¡Pues me gusta poco a mí después de un banquetaso y con un puro de a dies rales en la boca, hablar de los tiempos en que me acostaba con las tripas como cañones de órgano! Y quieren que me retire ahora. ¡Sí, sí!... ¡Poca guerra tiene que dar Juan Belmonte!

—¿Cuál ha sido su apuro mayor?

—El de Tablada. Escuche usted. Por entonces yo no había toreado más que en los tentaderos y en los pueblecitos, y pa aprender iba de noche a Tablada con otros muchachos, en sendía unas luses de asetileno que yebábamos de Seviya y me ensayaba con las reses del corralón. Un amigo íntimo de mi padre, Carderón, el banderiyero, que, como por aqueya época no toreaba, iba hasia Nimes pa vender porvorones y mantecaos—y por sier-to que se comió las muestras en el camino—, me escribió desde Valensia ofresiéndome una corrida, y dos noches antes de emprender el viaje, al salir yo del teatro con mi terno nuevo—que tenía tres temporás—, me encontré

a Riverito, a Toboso y a otros amigotes y nos fuimos a Tablada. Tuvimos la suerte de que uno de los bichos embistiera con bravura, y ya habíamos resuelto chaquetearlo hasta que se cansara, cuando se levantó un airaso que apagó las luses, y mis amigos, prudentemente, se fueron. Yo, que, enfraseo toreando, me quedé, le dí algunos lanses al bulto—porque no veía más que un bulto—y de pronto sentí un choque, subí como una flecha, caí como un peñón, oí unos resoplíos y aguanté unos trastasos... y al levantarme comprendí que más desentementemente entraría en Valensia en carsonsiyos que con la aljofifa que me había dejao el toro sobre el cuerpo.

—¿Entonces fué cuando Antoñito vendió sus burros?

—Sí, señor. Antoñito, que acarreaba losa, vendió sus burros pa comprarme un terno y costearme el viaje. Pero se sacrificó por amistad, no por admiración. Es desir, que lo hiso por el amigo, no por el torero. ¡Ni siquiera me había visto dar una verónica!... Por aquellos días el único que me admiraba era Corderón. Por cariño—porque me conosía desde chiquitín—, antes de caberle en la cabeza que pudiese yo ser torero, me recomendó un día en el tentadero de Urcola pa que me de-

jasen torear. Me dejó D. Félix, y, yo, que tenía una afición siega y que estaba tan enamorado del toreo como de una mujer bonita, me rasqué el pecho con los pitones de las vacas, y mandé más que un capitán general, y paré más que un caracol. ¡Con desirle que me convidó a comer D. Félix, como a los matadores de cartel!...

—Y Calderón, ¿qué dijo?

—Con la boca, poquísimo: «Ladrón, ¿quién te ha enseñao eso? ¿Eres el arma de Cúcharres o la pantasma de Paquiro, mardito fenómeno?» Y de alegría, me atisaba en la espalda unos puñetasos terribles, soltando ca lagrimón como una nué. Carderón es un sentimental. Desde aqueya tarde no habló mas que de mí en las reuniones de afisionaos: «¡Osú, Juan Dermonte!... ¡Qué niño! ¡Osú!»

—¿Y había más toreros allí?

—No. Vamos, estaba el «Marino». Pero como el «Marino» es más autor dramático que torero... Me elogió mucho y me regaló un capote de seda. El primer capote que tuve.

—Y a usted, ¿no le da por la literatura? Hay quien afirma que acabará usted por escribir.

—Otra listesa como la de Capua. Y todo porque me gusta leer. ¿Es que los toreros,

en ves de leer, deben rebusnar? Yo creo que no, y leo.

—¿Y qué lee usted? Eso es muy interesante.

—Pero, ¿hay algo interesante en la vida?

—¡Hombre, Juan, que estamos entre amigos!... Vengan esas lecturas.

—Pues mientras me he curao esta última cornada—porque yo no leo mas que en invierno y cuando estoy inútil—he leído tres tomos de Maupassant. Con «Antón», el gordo que hase de gallina clueca, me ref enormemente, y «El vagabundo» me impresionó. Me gustaría que Maupassant hubiera nasido en España. Ese sí que fué un fenómeno. De Alarcón he leído «La pródiga». Me la dió Natalio. De Ayala, «La pata de la raposa». Es lo que más me ha convensido de él.

—¿Y qué libro prefiere usted de los de Valle-Inclán?

—De D. Ramón, «Romanse de lobos». Es hermosísimo. «La asusena roja» es lo que más me ha yegado, de Anatole France. Algunas cosas de «El jardín de Epicuro» se me atravesaron. Ya comprenderá usted que mi educación, que no fué la de un duque, no me permite recrearme con siertas obras. En cambio, con las que no tienen filosofías... Con «Las aguilas»...

—Adelante, adelante... ¿Conoce usted algo de Palacio Valdés?

—¡Digo! «La hermana San Sulpisio», que es un monumento. Ahora la he devorao, por cuarta vez, después de tragarme «Pipá», de Clarín, que me conmovió; «Fortunata y Jacinta», de D. Benito, que es colosal, y «La noche del sábado», de Benavente. No la he visto y tengo muchas ganas de verla. Y basta ya, porque la gente va a desir que soy un cursi. Todavía creen muchos que los toreros deben andar a cuatro patas pa ser buenos toreros, ¿verdá?

—Verdad es. Y eso que leer quita menos facultades que emborracharse. Y dígame ahora, para terminar, algo de toros que sea curiosillo.

—Pues curiosillo... mi cogida en Granada. Una cogida que nadie vió cómo fué, y yo, menos que nadie. Estaba toreando de muleta a un toro de Nandín, confiao y seguro; di un lanse, pasó to el bicho debajo de la franela, desde los pitones hasta el rabo, y de pronto ¡purrumpumpún!, me encontré en el aire, pegué un guarraso bestial y me recogieron con la ropa hecha trisas. ¿Cómo fué?... Yo todavía estoy esperando que me lo expliquen.

—Hable un poco de su toreo, Juan.

—Si no sé... ¡Palabra! Yo no sé las reglas,

ni tengo reglas, ni creo en las reglas. Yo «siento» el toreo, y, sin fijarme en reglas, lo ejecuto a mi modo. Eso de los terrenos, el del bicho y el del hombre, me parece una papa. Si el matador domina al toro, to el terreno es del matador, Y si el toro domina al matador, tó el terreno es del toro. Esa es la fija. Y lo de templar, mandar, parar y recoger depende de los nervios del tocaor y de la madera de la guitarra ¿Me comprende? Y de cuando en cuando, el toque no le disgusta a uno y no entusiasma al público. Por ejemplo: yo, que no me engrío nunca con lo que hago, el año 15 toreé y maté a mi gusto, en Sevilla, un toro de Santa Coloma, y la gente me aplaudió menos que otras tardes que había toreao y matao peor. Pues ¿y los oles y los aplausos que saca uno si se arrodiya?... Y como casi siempre se arrodiya uno porque la guitarra no le deja tocar bien...

—¿Y se adivina la clase de la «guitarra» en cuanto se presenta en el redondel? Vamos, ¿se conoce la condición de los toros?

—Si son claros... Algunos, al salir, parece que le disen a uno: «Anda, atrévete a barbarisar, que soy un lila perdío.» Y a esos se los lía uno a la sintura en las medias verónicas, y les coge los cuernos, arrodiyao, al torear de muleta. Pero otros traen las intensiones

de incógnito y le hasen a uno aviadó en cuanto se descuida. Como el asesino cornudo—de la ganadería de Anastasio—que me tocó en Salamanca. Paresía una piedra por lo que dao, y se arrancaba como un sielón. Mugía con la infelidá de un tontaina y le pegaba cincuenta pitonasos a un mosquito.

—¿Y cómo lo mató usted?

—No lo maté. Se murió, que no es iguá. Dios quiera que no me toque nunca en Madrí un flamenco de su categoría, porque en Madrí hay que entregarla.

—Pero, ¿sigue usted dispuesto «a entregarla»?

—¡Cómo que si sigo! ¿Es que yo no soy ya Juan Belmonte?

LOS PROGRESOS DE JOSELITO

VERONICAS Y VOLAPIES

EN LA PLAZA DE ORIENTE.—LOS AYUDANTES DE «CARACOL».—EL GABINETE DE LOS RUISEÑORES.—ENTRA EL HEROE.—LA CENSURA MAS GORDA.—SOBRE LOS TOROS CHICOS.—LOS TRES PLATOS DE DULCE.—LOS ELEFANTES DE MIURA Y PABLO ROMERO, Y LOS RATONES DE SALTILLO.—LA CORRIDA MAS DURA QUE HA TOREADO.—LA HAZAÑA DE QUINTANAR.—LO MEJOR QUE HA HECHO EN LA TEMPORADA.—EL PROBLEMA DE BAJAR LA MANO.—COMO HA APRENDIDO A MATAR.—LAS VERONICAS DE AYER Y LAS DE HOY.—LOS OCHO LANCES DE ZARAGOZA.—EL DESCANSO DEL LIDIADOR.—LAS JACAS DEL REY.—EL ORGULLO DE JOSELITO Y EL PORTERO DE SU CASA.

—¡Ah! ¿Es aquí?

El ministro de Hacienda de Joselito se sonríe.

—Pero, ¿dónde quería usted que viviera el rey de los toreros sino en la plaza de Oriente?... Vamos a su palacio.

Y subimos. El matador aún no se ha levantado y le aguardan «Limeño», «Blanquito», «Caracol» y sus ayudantes. «Limeño», el antiguo camarada de José, que cada día se parece más a un estudiante modoso y aplicado, fuma silenciosamente. «Blanquito», que todavía, a pesar de las arrugas, sigue siendo, por lo chulo, un paso doble de carne, habla con un doncel espiritado de un proyecto que acaricia años ha, desde que estuvo a punto de sucumbir, mordido en las interioridades del garguero por sus propios dientes, que tragóse, rota la pasta que los sujetaba, en un momento de imprevisión: el de comprar una dentadura de bronce y oro que por lo recia compita con las de los cocodrilos. Y «Caracol», que por ser el Napoleón de los mozos de estoque, tiene un regimiento de esforzados auxiliares, a los que, de vez en cuando, para que no duden de la grandeza de su destino, les permite limpiar las zapatillas del coloso, diserta con indulgente claridad sobre profundas materias cornudas.

El popular Sr. Menchero, desinteresado mentor de Joselito y Rafael, nos introduce en un gabinete y esperamos. La casa, que Joselito alquila de marzo a noviembre, la disfrutan durante el invierno los cantantes

del Real, y el gabinete es la estancia preferida por los ruseñores. Sillas blancas con tapicería de color salmón, cortinas blancas, pañizuelos blancos, lacitos blancos, figulinas blancas y rosadas, y en un mueble, mitad vitrina y mitad librería, cacharros frágiles y libros encuadernados en tela roja, de Loti, Dickens, Walter Scott, Daudet y Kipling, casi todos los impresos en francés, y de la Biblioteca Renacimiento todos los impresos en castellano.

—Buenos días. ¿Está usted bien?

Nos saluda Joselito, que ha entrado tácitamente gracias a unas pantuflas a lo «Fantomas», y soltamos el libro que nos distraía para estrechar la diestra del joven lidiador.

—Haga el favó de sentarse. «Caracó», una caja de papé, tintero y pluma.

Joselito, que vestía un «pijama» flamante, colocó en la mesa el recado de escribir, sentóse y dijo, sonriendo con amabilidad:

—A su disposición. Pregunte usted lo que quiera, que yo le contestaré con muchísimo gusto.

—¿A todo?

—¿Por qué no? A usted, a todo. Pregunte y lo verá.

—Pues vamos a verlo. ¿Le gusta a usted torear ganado chico? ¿Le exige usted toros

chicos a las Empresas?... Mucha gente lo cree. Dicen que como es usted el «Guerrita» de ahora, hace lo que «Guerrita» hacía. ¿Es verdad?

—¡Qué ha de ser verdá! Esas son cosas de los enemigos que tiene uno en la afisión. No es que yo baile de alegría si me suertan un elefante ni que yo pida elefantes... ¿Pa qué voy a desir una tontera? ¡Pero pedir rätoneles!... Si es «contaprodusente», señor. Un ejemplo: Figúrese que le presentan tres platos de durse, uno muy grande, otro muy chico y otro mediano... ¿Cuá escogerá usté?... Er grande le estomaga y er chico no le deja satisfecho. ¿No escogerá er mediano, que le yena sin indigestarle? Esa es la mía: toros proporsiónaos, con edá, con cuernos y con tipo, que no sean montañas ni borreguetes.

—¿Y si no hay toros proporcionados?

—Entre el chico y el grande, me quedo con el grande. ¿No ve usté que el peligro es iguá y que con el grande hay lusimiento y con el chico irrisión? Mire usté: los toros más grandes que he matao este año, menos uno, son los que me han valío más parmas, y eran de Miura y Pablo Romero. Y el que no maté mu bien—uno de D. Eduardo que se lidió en Seviya y que pesó 411 kilos—«me se» resistió porque era un güey desde las

puntas de los pitones hasta la penca der rabo. Y en cambio, los más chiquitines... ¡No me quió acordá! Seis purgas de Sartiyo, que me cabían por entre las piernas, sin cuernos, sin carnes, como espátulas... Er público, indirnao, de chufra: «Míralo con telescopio.» «¡Qué seis fieras te vas a cargar!» Y yo, cabreaísimo, sudaba sangre y me estaba viendo con una corná de las gordas ensima, porque cada bicharraco de aqueyos, por su podé y sus intensiones, tenía tanto que matá como seis toros.

—¿Fué la corrida de Salamanca?

—Justo. La de Salamanca. La más difisi que me he tirao al cuerpo, la más dura, la más peligrosa... Aqueyos ratones que me dieron sesenta palos y que corrían, con dos estocás en el cuerpo, con la mismita agilidad que los bailarines, mientras la gente se reía de mí, no «me se» orvidarán tan fásirmente. Pero tampoco «me se» orvidará... Bueno, esto que voy a contarle a usté, que toavía no se ha dicho, es una cosa presiosa. Bonito, bonito. Lo mejó de mi vida de torero. Verá usté. Fuí a Quintaná de la Orden con Vázque er mayó y Vázque mi cuñao. Bueno. Sale el primer toro—de Martíne—y Curro lo mata bien; mato yo er mío a ley, mata el tersero mi cuñao, regulá tar cuá, y sale el

otro y dise Dios: «ayá va agua», y se nos vuerca un río ensima. ¡Yo no he visto yové de un modo iguá! Pos señó, que nos arrebu-jamos en los capotes, que sartamos la barra, que me tapo yo con el paragua de un armiradó y que le digo a los picaores que se retiren. Y pasa un minuto, y pasan cinco y pasan dié, y arresia la yuvia como si toas las nubes de España se hubieran sitao en Quintaná. Conque me yama er presidenté. «¿Qué hasemos, José?» Y yo, que veo que al toro le yegaba el agua a la barriga, digo: «Meté a ese bicho en er torí, pa que no se ahogue». Y dise é: «Lo que usté mande. Pero aquí no hay cabestros». Y mando yo que suerten los otros dos toros, creyendo que se irían tos juntos cuando los asustáramos, y los asustamos, y se van los dos úrtimos y ér primero que salió se quea clavao en los medios como una estatua.

—¡Hombre!

—¡Si es una cosa presiosa!... Bueno. Alan-te, que le va a gustá a usté. Repetimos la operación dos veses, con el mismo resultao; prohibí yo que disparase la Guardia sivi, pa que no matara a algunas criaturas por matá ar toro, y entonses «me se» ocurrió cargar-me al toro. ¡Si es más bonito ésto!... Lo mejó de mi vida. Conque le pido permiso a

Vázque. «Oye, Curro: a mí me da muchísima lástima de estos pobres de Quintaná que que se han gastao seis pesetas por vernos y van a quedarse a media mié. ¿Me dejas matá tu toro?» «Hombre, si pués... Pero fijate en que no lo han picao ni lo han toreao, y repara en que no tenemos ningún surmarino.» «No importa.» Y como yo tenía ya mi combinación, le dije a Curro que hisiese lo que me viera haser, si era presiso; cogí un capotiyo y salté al redondé con Vázque y con «Cantimpla». Y ahora viene lo bonito. Me puse en el tersio, coloqué a Vázque a unas varas de mí y le mandé a «Cantimpla» que le tirara un capotaso al toro. Y ayá va «Cantimpla». ¡Ju! Er bicho, enterísimo, se le arrancó iguá que un rejilete, yegó al tersio, dobló, me vió a mí, que le desafiaba con el capote como pa darle una verónica, volvió a arrancarse y yo me quedé con el capotiyo en la surda, lo esperé, le dí salida y le atisé la estocá más «diforme» que he atisao desde que me visto de torero. ¡Fenomená! Curro no tuvo que moverse. ¿Es bonita la cosa o no?

—Admirable. Pero es más bonita la de San Clemente. ¿No le tiró usted allí una larga a un rayo?

Joselito se ríe.

—¡Hombre, no! ¿Quién le tira una larga a un rayo? Que cayó un rayo o una senteya, si es verdá. A San Clemente me yevó un amigo mío, muy partidario mío: Risueño, que es de ayí, y quiso que me vieran. Como negocio, horriblísimo, porque yo no creo que haya una plasa más chiquísima. Sin embargo, se trataba de un amigo, y toreé y maté como en Madrí o Seviya.

—¿Qué es lo mejor que ha hecho usted en la temporada? ¿Qué toros ha toreado y matado mejor?

—Son tantos, aunque me esté mal el desirlo... En conjunto, lo más completo lo hise en Bilbao. Matando, lo mejor me salió en Madrí. En la ultima corrida, en mi primer toro.

—¿Y cómo ha «cogido» usted la muerte de los toros y ha corregido la colocación de la mano?

—¿Y si le contestara a usted que no lo sé?... Eso de que me criticaran por levantar la mano, me tenía rabioso. Yo, en una fotografía, había visto a «Frascuero», perfilado para matar, con la mano derecha a la altura de la frente y me defendí sitando esa fotografía más de una vez. Pero como continuaban criticándome, yo, que tengo mucho amor propio y que creo que to se aprende, bajé la

mano pa herir... y empesé a chuparme una de dijustos que me quitaron hasta el apetito.

—¿Por qué?

—Porque con la mano en el tupé mataba yo más que el colera y con la mano en el pecho mataba menos que un estornúo. Ni hería en su sitio, ni ahondaba, ni crusaba... Ya sabe usted que al meterse no se fija uno mas que en el morriyo y que se mueve la mano izquierda istintivamente... Pos bien; yo, alcambiar la colocación de la otra, no la podía mover o la movía mal, y figúrese el resultao. Pero como ensayé miles de veses — porque yo, que he nasio pa torero, quiero ser buen torero—, me fuí sortando, sortando... y ya consigo darle gusto a la gente.

—Y a torear de capa, ¿cómo ha aprendido usted? Hace un año sus verónicas, eran vulgarísimas. Y ahora...

Joselito vuelve a reirse.

—Ahora—exclama—se puen ver, ¿no?... Mi trabajiyo me ha costao. Una de enrabiarme, y una de fijarme, y una de ensayar... Pero como to se aprende... En Saragosa—tamién eso ha sío bonito—le he dao a un toro ocho verónicas en una.

—¿Cómo es eso?

—Mu sensiyo: no dejándolo ir. Le dí la

primera por la derecha, y al rematarla, teniendo al animá en los vueliyos der capote, bajé el brazo derecho, levanté el izquierdo, giré un poco y dí la segunda, y templando y empapando repetí la suerte, y así yegué a la ortava. Fíjese usté.

Y Joselito coge un pañuelo y torea a una res invisible, quebrando la cintura, moviendo con elegante lentitud los brazos y subiéndolos y bajándolos alternativamente para despedirla, sujetarla y recogerla, mientras explica la lección:

—¿Ve usté?... La primera. Y ahora mu templaíto, la segunda; y ahora, toavía más templaio, la tersera; y en seguía, ¡ju!, sin miedo, clavao, la cuarta; y después, lo mismito, con los pitones en el vientre, la quinta; y luego, duro con la sesta y la sétima, borracho uno mismo con ese entusiasmo que da er toreo, y, por fin, la ortava, porque er toro ya no pasó más... ¡Fué tamién una cosa presiosísima! Crea usté que, menos el estilo, la grasia que ca uno trae ar mundo, se aprende tó.

—Y usted ¿estudia siempre?

—Siempre. Yo creo que hemos nasío pa estudiar y pogresar ca uno en lo suyo. Y así, yo tó el invierno ensayo.

—¿Y no descansa usted?

—¡Digol! Y me divierto. A mí lo que más

me gusta, casi tanto como toreá, es acosá. Tengo tres jacas maraviyosas. Una, que era del rey, y que le servía pa er polo a su reá majestá, torea ahora mejó que argunos banderiyeros.

—¿Y descansa usted acosando?

—Acosando. Sí, señó.

Ha transcurrido más de una hora. Aguardan varias visitas, sin contar al «Limeño», que se habrá cansado de tragar humo, y al «Blanquito», que estará harto de encomiar su proyecto de caimanesca dentadura, y el periodista no se atreve a seguir monopolizando la atención del ídolo, que le retiene con simpática cordialidad.

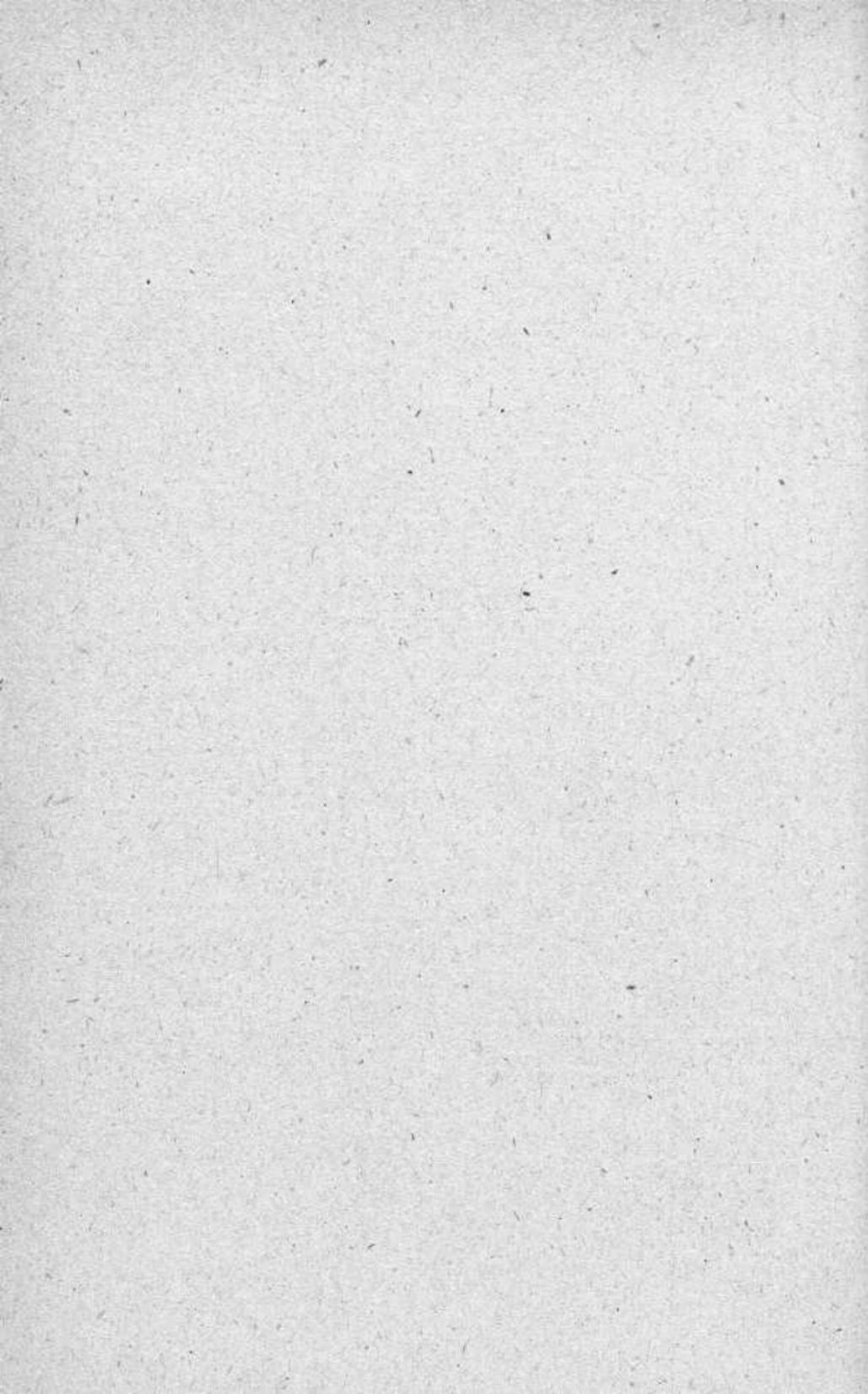
—¿Se marcha usted? ¿No quiere usted haserme er favó de armosá conmigo?

—Estoy a régimen. Perdóneme usted.

—Entonses... hágame otro favó. Ponga usted que eso de desí que yo tengo orguyo... es una cosa fea. Yo no tengo orguyo porque yo no soy un tontaina y porque, desde que nasí, viviendo entre mi gente, que es muy humirdísima, estoy enamoraó de la humirdá. Póngalo usted. Y tire tamién una puntaíta sobre lo der portero. ¡Mire usted que portero en mi casal... Es verdá que Rafaé, que es lo más rebuenísimo der globo, pa protegé a un cono-sido suyo lo metió en casa y pa que estuvie-

ra ayí tranquilamente, con una obligasión, le pidió que abriese la cansela. ¡Pero como no la abría!... Ni farta, porque la abrimos tós cuando no está abierta de par en par, y abierta está siempre pa los que nos quieren o nos nesesitan.

LOS ASES



CÓMO ES «EL GALLO»

TUERTOS, ENTIERROS
Y «BICHAS»

LA CALVA DE RAFAEL.—LOS VERAQUAS.—LA CORRIDA DE LA PRENSA.—EL DESASTRE DE MADRID.—EL DE VITORIA: FERNANDO Y EL TIO DEL BASTON.—LOS POLVOS, LAS TACHUELAS Y EL FILO DE LOS ESTOQUES.—LA SUPERSTICION: FERETROS, CALAVERAS Y... ¡LAGARTO, LAGARTO!—DOS BUENOS EJEMPLARES.—VICTORIAS Y DERROTAS.—EL MIURA DE ZARAGOZA Y EL FENOMENO DE IRUN.—LOS PORTUGUESES SABIOS.—«PALMERO».—LAS ULTIMAS BATALLAS.

Cuando penetramos en el cuarto de Rafael, un distinguido representante de «la afición» que, por conductos misteriosos, ha descubierto una mixtura que poblaría de cabellos el lomo de un renacuajo o el filo de un sardinel, examina la calva del matador y le asegura, con elegantes perisologías, que pronto la llanura se convertirá en selva. El

espada, escéptico, con esa expresión melancólica que ennoblece su rostro hasta en los momentos en que lo anima la risa, despide cariñosamente al descubridor y empieza a hablar.

—Güeno. Ya han echao er vino, y ya eztoy delante der vino con la intensión de bebérmelo. ¡Zea lo que Dios quiera!

—¿Hay ánimos?

—No fartan. Y ezo que mi plan no ze va a cumplí der to. Verá uzté. Yo, pa presentarme, después de lo ocurrió, en una solernidá como la de la corría de la Prensa, nezezitaba habé hecho las paces con los afizonaos de Madrí. ¿Manera de hasé las pazes? Poz dar guzto en doz corriás pa que me tocan las parmas. Conque escogí er ganao—de Zurga y der duque—y me arreglé con la Empreza, y de pronto ze escachifoyó la combinasión.

—¿Por qué?

—Por una mala cazolidá: porque ni Vergua ni Zurga podían mandá toros con la prisa con que ze los pedíamos. Y aquí de mis apuros. ¿Dezairaba a la Prensa? Ezo no hubiera eztao ni medio bien. ¿Toreaba con er público en contra y teniendo a mis enemigos con la ezcopeta cargá? Ezo hubiera podía zé hazta un zuizidio... con los güéspedes que trae Pablo Romero.

—¿Tan grandes son?

—Hombre, mú zancúos, mú zancúos, y mú grandes, mu grandes no zon. Pero tienen muchas libras debajo der peyejo y unas herramientas que hacen penzá, y, por añadiura, los han benefisiao con grano... ¿Me iba yo a prezentá con eyos pa que rezurtase que al primé tapón zurrapas?... ¡Por Dió y por zu Hijol! En fin, ya eztán los der duque en los corrales, y yo he de torearloz con muchízima fe.

—¿Y por qué no toreó así el día del escándalo?

—Porque no debí toreá de ninguna manera. ¡Zi no me hubieze dibilitao por complasél... Y azín pazó lo que pazó. Crea uzté que zi er público ze divide, los güenos se ponen junto a los malos. Y zi los malos mandan, angelitos que pinte uno, demonios paresen.

—Y dígame: el desastre de Vitoria, que fué tan sonado como el de Madrid, ¿a qué se debió? Se ha dicho que en su hotel se hospedaba un famoso oculista, y que usted se espantó porque, horas antes de vestirse para torear, se encontró con cincuenta tuertos.

—¡Pero hombre! Ezas zon parodias que hasen los públicos y la vida. ¡Conque me azusté de los tuertozi!... ¡Poz no tenían que echarme a mí muchos tuertozi pa que yo me

acoquinara!... Zucedió lo que zucedió por un arranque de mi hermano Fernando. Ze lo voy a contá. Er toro que rompió plasa aqueya tarde, un guazón de Urcola, bronquíximo y difizi, eztaba como pa purverisarlo con un cañón de 42. Me arrimé a é con veinte ojos, estiré er brazo, y en er paze primerito me empuntó por una hombrera y no me quitó la cara qué ze yo por qué. Y todavía eztaba yo tambaleándome del arrempujón y der zusto, cuando cogió a Magritas, que entró pa haserme er quite, y le hiso da la güerta de campana. ¡Figúreze uztél!... Pos zeñó, que, como en er lanse había yo perdío los trastos, aparto a corré pa que me dieran otros, y entonses, dezde la contrabarrera, va un arma mía y me tira un bastón iguá que un olivo, y me acierta en la carva y me cai-go reondo, cazi inzurtao. Y al verme caé, Fernando, que eztaba de ezeptadó, ze pone a chiyá como ez naturalízimo: «¡Zo canaya, zo cobarde, zo tripaz negras!» Y la gente, a favó der tío der bastón, ze regüerve contra mi hermano, y azín, viendo ezte drama, me fuí otra vé pa er toro. ¿Y como lo iba yo a matá? ¿Cómo Pedro Romero o Manué Domíngue? Preferí matarlo como un verdugo, y le dí un par de recaitos por el chaleco, a la dezbandá, y lo rematé de un goli, que fué er

goli padre, y antes de que doblara el guazón ya me habían doblao a mí de un leñazo.

—Pero ¿llegaron a pegarle?

—Poz ¿no ha oído uzté?... Palos, pinchonzos en los vasíos y en la ezpada... Como que zi no me detiene la autoridá, me zucumben ayí.

—¿Y le `ocurría algo extraordinario al toro de Urcola?... Porque se refieren ciertas cosillas de una perversidad tan grande... Por ejemplo, se dice que echando polvos de pica-pica en los capotes acaban las reses por no embestir; se dice que tirando tachuelas en los chiquereros, para que se las claven en las pezuñas los cornudos, se consigue que después, doloridos o molestos, no «igualen», con lo cual se perjudica al que ha de matarlos, y se dice también que en algunas cuadrillas no han faltado Judas, capaces de mellar los estoques del matador.

—Zí, zí que se dicen ezaz gracias. Zino que lo de las tachuelas no ze hace hoy. Zon oídas que tiene uno. ¿Me comprende uzté? Pero yo de ezo no puedo hablá. Lo de meyarse los estoquez es distinto. Como loz toros tienen en er morriyo tierra, muchas veses los aseros de mala calidá se embotan y se güerve uno loco pinchando. Hay que rezinarse. Por lo demá, ze habla mucho y la gente ez

mu afisioná a las parodias. No crea ni la ortava parte de lo que le digan.

—Entonces, lo de que usted es supersticioso...

—Una papa, hombre. Una papa como er peñón de Gibrartá.

—¿No le molesta encontrarse con un entierro cuando va a la plaza?

—Ni tanto azín. Claro ez que prefiero toparme con un bautiso; pero si me topo con un ataú, no me ze arruga ná, porque demaziao zé que, como cantaban los frailes, «morir habemos». La gente, cormigo, janda máz equivocáizima!... Una vé, en mi primer año de mataor de toros, me lusí en Valensia, y, aprovechándome, le pedí al empresario por toreá otra corría mir duroz. Y el hombre, un poquiyo cabra, tiró pa ayá y tiró pa acá, queriendo convenserme, y por fin, amozcao, sartó y me dijo: «¡Mira, Rafaé, que voy a mandá que pongán calaveras en las papeletas!» Y zarté yo: «Por mí que pongan también ataúdes y sipreses y lechuzas. Iguá me da.» Y, con calaveras en las papelétas, toreé con Emilio Bombita—que ze despidió aqueya tarde de los valensianos—y eztuve ar pelo.

—Bien. Pero, ¿y lo otro? Las «bichas».

—Nómbrelas por zu nombre, zin miedo, que no me importa. ¡Poquitas mato yo en

er campo! Y las cogería y las corgaría zi fuera menesté. Argunos enemigos, figurándose que yo me echo a temblá al verlas, me las tiran. En toa España me laz han tirao.

—¿Y qué ha hecho usted?

—¡Toma! Reirme. En Graná, toreando yo con «Machaco» y con el «Cocheo», me tiraron una liaíta en un papé y yo me la metí en un borziyo y banderiyeé y maté a un toro superiormente. Ahora, en Barselona, me mandaron una «de gran trapío» al hoté, con una carta que chorreaba mal ange por las cuatro cariyas. Ziento que la hayan partío, porque pensaba ponerla, con la «bicha», en un cuadro pa adorná mi dezpacho. ¡Zi anda la gente más equivocáizimal!

—Pues hablemos de otras cosas. ¿Cuáles son los toros que ha lidiado mejor?

—Er de Alea que maté en Madrí er 15 de mayo de 1912, y er de Veragua que maté en la úrtima corría de la Prensa. Er que me cogió por curpa del aire. Yo eztoy en que la faena mejó fué la que hise con el alea. De eze toro quiero que me haga un buzto Mariano Benyiure.

—¿Y cuáles son las reses que ha lidiado peor?

—Laz que tenían mi contraeztilo.

—¿Su «contraestilo»? Explíquese.

— Ez mu fácil. A los toreros lèz tocan bi-choz que zon a propósito pa que luzcan zu eztilo de torea y bicho que no zon a propósito. ¿Ze preza er toro a que el mataor lusca zu eztilo? Poz, aunque sea un marrajo, el mataor lo dominará. ¿No ze preza? Poz, aunque zea bravízimo, el mataor perderá los papeles y dará er mitin.

— Y de esos de su «contraestilo», ¿le han tocado muchos animales?

— ¡Cál! Con media dosena que me hubiesen tocao, zería ahora canónigo mejó que torero. De un contraeztilo arzolute, he tropezao con dó: uno de Miura y otro de Tová, prosedente de Arribas. Er de Miura, un cárdeno de 400 kilos, con dos garrochas en er teztú, me lo zortaron el año 10 en las fiestaz der Pilá. Zalió, ze dió un paseíto por el reondé pa convensernos de que podía con tós nozotros juntos, vorteó a Galea, que lo quizo poné en zuerte, y ze quedó de amo. Los quitez, huyendo; las banderiyas, huyendo; los capotazos, ar galope..., y, tararí, a matá. Y me ze ocurrió darle un ayudao, a ve zi lo ponía zuave, y, máz pronto que la lú, me empaló y me tiró ar zanto zuelo, con cuya arvertensia me puze a jugá al ezcondé, porque yo no zoy tonto. Y, a los tré minutos, «Blanquito» que mete er capote y zube por el airé como zi lo

hubiesen disparao con una honda... ¿Qué hubiera zido de mí, zi no descuerto ar toro, como lo dezcordé ar primé pinchaso?

— Y el de Tovar, ¿se portó lo mismo que el de Miura?

— ¡Peó! ¡Si er de Tová fué un monstruo, un fenómeno de lo que no ze ve, ni permita Dió que ze veal... Pué uzté escribí con letraz como zandías que er «Gayo» no ha roído un güezo maz disformízimo. Poz zalió... En Irún ¿eh? Castaño, grande, gordo, con dos pitones... Unos lansesiyos, y tardeando, pero con la fuerza de una máquina der tren, tomó cuatro varas. Y a banderiyeá... la arena, porque er castaño dijo que a er no lo banderiyeaban ni entre er Gran Capitán y er Zi Campeadó, y luego a jugarme yo la vida. Que le pregunten ar «Cuco», que hizo títeres entre aqueyos cuernos, y que las dos cuadriyas hablen. No lo pazé ni una vez: lo abanicaba con er brazo muy estendió, mientras los peones, en guerriya y mú descompuestos, lo aguantaban, y no tenía ánimo ni pa mandá... Y vengan aflir-siones y vayan espantos, con er corasón como un higo y mas empapao en sudó que una torrija en mié, hasta que yegó er momento de arreá candela. Però, ¿quién le arreaba candela a aquel ladronzízimo, que, a coses, no me dejaba ni ponerme atrás?... Y dezesperao,

en un zegundo en que ze descuidó, le entré a la media güerta, como un automoví, pa atizarle un mandaiyo y ezcurrirme; pero él, máz ligero que un ciclón, me largó un machetaso en las costiyas y me quitó las medayaz de un derrote y no me hizo pazá a la Hiztoria porque, como ar. de Miura, tuve la zuerte de descordarlo. ¡Di un zuzpiro, me caigo en la má!... Y eztoz zon los bichos que deben mentá loz que eztudien er toreo y que meresen ser citaos en la Prensa. Digo, me ze orvidaban los portugueses.

—¿Y qué hicieron esos portugueses?

—Espichá: pero ¡vaya si noz dieron que hasé!... Eran viejos y grandes, los habían toreo en Portugá y tenían cayos en los morryos, de las cicatrises. Pero yo, que empezaba, y un tar Peguero, nos metimos con los zabios en el reondé de Huerva, y no lez valió zu zaviduría. Verdá ez que como los picaron quitándole la guita a las garrochas, ca vara valía por una eztocá.

—¿Cuál ha sido el toro más valiente y más noble que ha visto usted?

—«Palmero». Se lidió en Seviya el año pasao en una noviyá. Era de Rincón, un desconosido, y no azombraba por zu lámina. Pero dijo el animá «aquí estoy yo», y aqueyo fué imponente. Lo sitaron pa er primé puyaso

y ze arrancó, y vorteó ar penco, y lo vasió en el aire; en er zegundo ze cargó la mizma faena, y en el tersero, el cuarto y er quinto, recargó, vorteó y vasió. Escuso desirle a usté que después de la zesta vara, con er público de pié y ronco de chiyá, empesó la música a tocarle ar bicho. Y con rasón, porque «Palmero», que ze pazeaba por aqueya carnisería con una tripa reliá a los pitones, no ze había agotao. ¡Qué había de haberze agotao!. La zétima la tomó arrancádoze a cinco metros como un esprés y partiendo por el eje ar potro; en la ortava manejó ar cabayo como a una pluma; pa resibí la novena persiguió a un picaó que zafía de la cuadra, y azín aguantó dose y ze vengó enfriándole er sielo de la boca a nueve sardinas. Güeno; al animalito le jumeaba er taco; pero la gente ze portó, porque ayí hubo oles, y chaquetas tirás, y zombrosos por el aire, y parmas que zonaban a gloria. Como que er ganaero, afertaízimo y yorando, ze tuvo que retirá.

—Y, a propósito de cañonazos: usted, ¿cuándo se retira?

—Hombre, ezo depende de los públicos y de loz toros. Yo tengo ahora afisión y salú; pero zi me echan toros de mi contraeztilo, y zi a la gente le dá por machucarme... Porque,

la verdá, yo no me azusto de un tuerto, ni de un entierro, ni de una «bicha»; pero frente a un toro como er de Irún, o frente a un publiquito revolusionao, me zurro iguá que un niño de teta.

LO QUE CUENTA PASTOR

LA VOLUNTAD Y EL MIEDO

EL «PARROQUIANO» QUE SE ASUSTA.—LO QUE TRANQUILIZA JOSELITO.—LA COLETA DE VICENTE.—EL TEMOR DE LOS QUE TOREAN.—LA NECESIDAD DE JUGARSE LA VIDA.—EL ULTIMO PERCANCE: COMO Y POR QUE LE COGIO EL MIURA.—LO QUE DUELEN LAS CORNADAS.—EL HORROR DE SER TORERO: UNA CORRIDA TRAGICA, UN ENTIERRO Y UN VIAJE.—LA MEJOR FAENA: UNOS PUÑETAZOS, UN VOLAPIE Y DOS OREJAS.—LA COGIDA MAS GRAVE.—LAS TARDES MALAS.

En una alcobita muy alegre de la casa del ascensor. El torero de Madrid, en la cama, mucho menos adusto que en el ruedo, fuma filosóficamente y paladea unos sorbos de cognac. El apoderado trae una carpeta y unos plieguecillos de papel; Vicente se incorpora y empezamos.

—¿De qué vamos a charlar?

—Si a usted no le molestase, amigo Pastor, charlaríamos del miedo.

—¿Molestarme? ¿Por qué?... ¡Si a mí el miedo ni siquiera me deja ir a la plaza «de parroquiano»!

—¡Ah! Eso ¿es verdad?

—Tan verdá como que ahora nos alumbraba el Sol. Claro que ir a la plaza, teniendo alguna categoría, es comprometidillo. ¿Que los toreros quedan bien? Pues nunca falta entre la gente un buen corazón que le grite a uno: «¡Fíjate, pa que aprendas!» ¿Que los toreros quedan mal? Pues seguramente alguno de esos partidarios, que debían quedarse mudos por lo que joroban, chiya: «¡Baja y enseña a esos tumbones!» Y de un modo o de otro, uno, si es delicao, sufre. Pero, pa mí, esto no es lo peor. Pa mí, lo peor es el pánico que me entra. Me parece que el toro es más listo que los hombres, y cuando se viene abajo un picador, o cuando clava un banderiyero, sin que haya nadie a la salida, o cuando se mete en terreno apurado un matador, me figuro que los va a coger y estoy botando en la almohadiya.

—¿Cuánto tiempo hace que no va usted a los toros?

—Mucho. Seis o siete años. Fuí una tarde a ver una novillada; el primer animal volteó

a un banderiyero, y me impresioné de tal manera, que me salí al pasiyo y me puse a pasear. Y en el sexto me asomé por darle gusto a un amigo, y apenas me había asomado, «Celita», que era el matador, subió por el aire como un cohete. Conque tomé la puerta, y hasta hoy. Vamos, en ese tiempo he ido a la plaza dos veces: a despedir a «Regaterín» y a tocarle las palmas a Joselito el día que mató los siete toros. Por cierto, que al verme, se echó a reir y me preguntó: «Pero, ¿no decía que se quedaba siempre en casa?» Y le contesté, riéndome también: «Contigo, no, porque contigo no hay cuidao.» Sino que hay cuidao con to el mundo y no volveré más.

—¿Ni cuando se retire?

—Ni cuando me retire.

—¿Y ocurrirá eso pronto?

—Cualquiera lo sabe. Una vez me yamó un torero de muchas campaniyas pa decirme que se cortaría el pelo al acabar la temporada. «¿Qué te parece? ¿Hago mal?» «Haces mal én no cortártelo hoy mismo.» «¡Hombre, hoy mismo!» «¿Y pa qué esperar? Tos nos vamos, más o menos pronto, por miedo a la muerte. Si tú tienes ya ese miedo, agarra las tijeras, porque la muerte está en toas partes: en la coz de un caballo, en un resba-

lón, en una boteya...» Bueno; pues el espada de campaniyas tardó en retirarse tres años. De modo que yo, que aun no he pensao en la muerte...

—Luego usted, toreando, ¿ignora lo que es el miedo?

—¿Yo? ¡Pero si yo tengo miedo tós los días! Y muy regular. ¿Soy yo de bronce? El valor, ese valor furioso que le encoge el ombligo al público, nace de la ignorancia. Al principio, con la ceguedá del que ignora, hace uno mil burradas. Pero en cuanto pinta uno algo, y yeva gente a las taquiyas, y conoce su responsabilidad... se entera de lo que es el miedo. No hay uno que se vista de luces y tenga sentido común que no tiemble como un azogao. El único que no tiembla es el toro.

—Es decir, que usted...

—Yo almaceno tanto azogue como el que más. Ahora, que como el que está colocao, en ocasiones, ha de jugarse la vida a cara o cruz, y yo estoy colocao ..

—¿Recuerda usted alguna de esas ocasiones?

—Claro. Como que no hay quien las olvide. ¡Pronto voy yo a olvidar esta última!

—Cuénteme lo que le ocurrió.

—Pues verá usted. Yo, esta feria, cuando

más hubiese querido lucirme—por complacer a la afición de Seviya, que tenía el disgusto de no aplaudir a los «Gayos» y a Belmonte—, no había conseguido entusiasmar. Y con ganao bravo, y noble, y chico. Ya comprenderá usted que cuando pisé el aniyo el día de los miuras mi cara no podía ser más larga, y se explicará usted que al convenirme de que el primer toro era difícil se me alargase más. Tan difícil era, que, de haber yo quedado bien, bien, en las corridas anteriores, lo hubiese matado con habilidá, por cariño al pellejo; pero como repito que no había quedado bien, bien, decidí no acordarme de habilidades y lo toreé lo mejor que pude, y le entré derecho en el primer pinchazo. No me dejó pasar, y la segunda vez quise meterle medio estoque alargando el brazo y quedándome en la cara; pero esta segunda vez ni siquiera humilló, y volví a pinchar... y empezó el público a enfadarse. Entré de nuevo, y el bicho se «embebió» y me quitó la muleta; al cuarto viaje, ya con la gente enfadá del to, repitió la gracia con la misma seguridá que si hubiese tenido una mano en ca cuerno, y excuso decirle a usted cómo me puse. El manso, enterao ya por completo, era imposible que se descuidara; le tenía que asesinar, entre la rechifla del

público, o exponerme a una cogida, y, por decencia, para que el público no se burlase de mí, me expuse a la cogida. Claro es que contando con meter, como siempre, la estocada, porque el toro que me ha mandao a mí a la enfermería se ha quedao patitioso en el redondel.

—Y metió usted la estocada.

—¡Natural! Pero, mire usted si estaría prevenido el manso, que en vez de cogirme por la pierna o por el muslo, como cogen los toros al que entra a matar, puesto que humiyan, me cogió por el estómago. ¿Eh, si me hiere entonces?... Pero me echó sobre el testúz; me despidió, haciéndome bailar de un cuerno a otro; me empuntó en el aire por la corva, y quedé cabeza abajo, clavao, y, por fin, me dió tres vueltas y me despidió. El atontamiento que me produjeron esas vueltas, y no el dolor de la herida, fué el que me hizo caer después de haberme levantado.

—¿No le dolió mucho la herida?

—Al pronto, no duelen. Casi no se notan. En Bilbao me atravesó el brazo un urcola, y hasta que la sangre no empapó la manga ni me enteré.

—Y las cornadas, ¿asustan demasiado?

—Asustan... «lo suyo». Y más que las que recibe uno, las que ve uno dar. Y hay otras

cosas que también asustan, y hay trances que cuestan años de vida... Una vez... Bueno; esa vez ha sido la única en que he sentido yo el horror de ser torero. Estábamos toreando en Albacete, y uno de mis picadores, el «Artillero», después de una caída, se desmayó. Enseguida, yo, que quiero mucho, como es justo, a la gente de mi cuadría, pregunté. «Nada. Un golpazo.» Pero aqueya noche, en la fonda, me dijo el medico que si el picador no vaciaba la vejiga no podría vivir, y me espanté. Y no hubo quien me acostara, y junto al «Artillero» me estuve, oyendo sus quejidos, hasta que, ya muy tarde, el infeliz desagüó y se animó un poco, y con esto yo me fuí a descansar, contentísimo. A la mañana siguiente, en cuanto abrí los ojos, me informé: «¿Y «Artillero»?» «Igual. Le han puesto inyecciones de cafeína.» ¿Qué torero no sabe que se echa mano de la cafeína en los instantes de gravedad?... Me levanté de un brinco, me vestí y yamé al médico. «Pero, oiga usted, ¿no era un buen síntoma que desaguará?» «Pues está fatal.» «¿Y qué hacemos?» «Por ahora tener paciencia.» Y, con mucha paciencia, estaba yo poniéndome la taleguiya para irme a la plaza, y de pronto sonaron unas voces, y corrieron los camareros, y se largaron de mi cuarto los amigos...

¿Ha comprendido usted? Pues lo mismo comprendí yo. Me negaron la muerte; pero me la negaron mis compañeros con los ojos como tomates, y no necesité que hablaran con claridá. Y así cogimos el coche, y sin mirarnos, como si hubiésemos reñido, llegamos a la plaza.

—¿Y pudo usted torear?

—¡A ver! Escalofriao, pasando con angustia por el sitio donde reventó a mi compañero el toro y moviéndome igual que si me hubieran partío los huesos, toreé. ¿Cómo? En el primero corté la oreja, y en el segundo me abroncaron: pero ni oí la ovación ni la bronca, ni pensé aqueya tarde mas que en el pobrecito «Artillero». Y después, teniendo yo el corazón en un puño, acude a mí el fondista: «Pastor, ¡que se me va tó el mundo, que me arruino si no se llevan el cadáver! Y, gracias a un señor de influencias, se arregló lo que había que arreglar, y a las once de la noche enterramos al amigo. ¡A las once de la noche, en una tierra que no era la suya, en un cementerio que ni pudimos ver!... Y a los pocos minutos desde la tristeza del cementerio, a la alegría de un tren yeno de feriantes... ¡pa torear a las veinticuatro horas!

—Es tremendo, sí.

—Pero más tremendo fué torear con la impresión horrible de la desgracia. Como que, sin el compromiso adquirido, aquel día, por no pisar la plaza, me hubiese cortado la coleta.

—Bien. Hablemos ya de algo menos desagradable, o de algo agradable del todo. ¿Cuál ha sido su mejor faena?

—Pa mí, una que hice en Barcelona con un bicho de D. Estebán Hernández. Era un buen mozo, berrendo en negro, con magníficas armas. Cumplió con los jinetes, se defendió en banderiyas y, cuando tocaron a matar, se metió entre dos cabayos muertos. Yo, en contra del público, que se empeñó en que sacaran al toro, y en contra de los peones, que le daban la razón al público, me fuí al terreno del animal, por amor propio y por dejarle en el sitio de la querencia, y principió la batalla. «¡Ju!» Por cada mulatazo me tiraba un derrote, que me hubiese abierto en canal; pero yo, rabioso, confíao en mis piernas y decidido a no dar mi brazo a torcer, conseguí atontarle, alternando la de cobrar con la zurda, y en cuanto igualó entré con la violencia de una bala, sin preocuparme de la salida, resuelto a meter la mano en el morriyo, y la hundí hasta la muñeca.

—¿Y qué pasó?

—Pues pasó que, como si le hubiese caído un rayo al berrendo, se aplastó contra la arena. Nunca he visto morir a un animal más instantáneamente.

—¿Y el público?

—El público me premió con las dos orejas. Fué la primera vez que se concedieron... y creo yo que sin una injusticia muy grande. Faenas más lucidas, más bonitas, las he hecho; más difíciles, más arriesgadas, mejores, no.

—¿Y cuál ha sido su percance más grave?

—El que sufrí en el «Crédito Lionés». Una cogida de 60.000 duros, señor. Pero del Tejada y su robo no quiero hablar.

—Pues hablemos de sus malas tardes.

—¡Ah, no! ¡Tampoco! Le contestaré, como el del cuento, que no me importa recordar las bofetadas que dí. Las otras, las que aguanté, que las recuerden los que me las atizaron.

LOS ESTOQUEADORES



A ESTOCADA LIMPIA

LA RESURRECCION DE MARTIN VAZQUEZ

EL ARTE DE MATAR TOROS.—LOS CALDERONES.—LA SERIEDAD DE «EL DENTON».—EL MAESTRO «CRISPIN».—LA PRIMERA ESTOCADA.—EL TRIUNFO DE SEVILLA.—LA SUERTE DE RECIBIR.—UN BUEN AÑO.—LA CORNADA DEL PUERTO: ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE.—UNA OPERACION ESPANTOSA Y UN HOMBRE INUTIL.—A LA DESESPERADA.—EL BUEN CIRUJANO.—VUELTA A EMPEZAR.—CUESTA ARRIBA.—EL EMPUJON DE MADRID.

—Señor Martín Vázquez: Usted, que sucumbió moralmente de una cornada al año de su alternativa, que resucitó el 20 de mayo en Madrid, y que anteayer, también en Madrid, subió al quinto cielo taurino, hoy por hoy es para «la afisión» el hombre del día y de la noche. Charlemos, pues, para darle a «la afisión» un plato de gusto.

—Como usted quiera. Pero coste que yo ni me engrío ni me engreiré.

—Magnífico. Pues, sin engreirse, dígame cómo se matan los toros.

—Y eso, ¿quién no lo sabe?... Se coloca uno; hase que er toro, cuando está cuadrao, se fije en la muleta, porque, si no se fija, no hay quien mate bien; se arrastra er pie izquierdo, se entra con velosidá, o despasito y recreándose, si la res lo permite; se manda con la muleta, mientras se hunde la espá..., y si la espá ha entrao en su sitio, pos er toro se quea en er sitio.

—Bueno. Ahí falta lo principal. El toro se queda en el sitio; pero el matador, ¿dónde se queda?... Porque se puede quedar encima o debajo del cornudo, o en el suelo, con algunas brechas en la piel. Matar así, no careciendo de valor, es fácil. Mas usted no mata así, a lo bruto; usted no sale atropellado por la cara; usted no cuarteo para evitar el peligro, ni brinca para evitar el cuarteo; usted cruza, porque, como decía el padre de los «Gallos», «al que no hace la cruz, se lo lleva el demonio»; pero cruza a ley, sin trampas, artísticamente, a lo Mazzantini, a lo «Algabeño»... ¿Cómo se realiza esta operación? ¿Cómo se mata cruzando y sin brincar? Contesté, ya que es usted de los pocos que lo saben hacer.

—Pos, mire usté, me pone usté en el apuro

hache... porque, la verdá, yo cruso sin enterarme de cómo cruso. Es una cosa istintiva: la mano isquierda va pa atrás al ir pa alante su compañera y lo libra a uno. Yo no he aprendío ese movimiento, y me figuro que no se aprende. Es que se nase con esa habilidá. Y la prueba es que en el primer toro que me sortaron...

—Perdone. Ya llegaremos a ese toro. Reffiera antes cómo y por qué quiso ser matador. ¿Hubo en su familia algún torero?

—¡Digol! ¡Menúos toreros! Los Carderones. Los que han picao mejó desde que se pican reses. Yo conosí, ya retiraos, a Pepe y a Curro. De Pepe, a quien le yamaban er «Dentón» porque tenía los dientes sacaos pa fuera, me dijo er «Chuchi», cuando vine yo de noviyero a Madrí, que había sío a cabayo er león de los leones. Y, además, una ensina por lo fuerte, un pájaro por lo ligero, y un sorro por lo listo. Yo de chiquilín, lo miraba con sierto reparo por su entadura, y por su serie-dá, y por sus patiyas de boca de hacha, que eran las únicas que había en Arcalá; pero le sacaba las perras. Tenía un colmenar y veinticinco o treinta mir duros en olivos.

—¿Y él le dió a usted las primeras lecciones?

—¡Cál! No, señó. Ni le of hablá de toreo.

Y, en picaor, no me dijo más que una cosa. Un día iba pa su colmenar y me piyó corriendo por el malecón der Guadaira, que es mu estrechísimo y que tiene una artura grande. Conque se detuvo y me sortó, más serio que nunca: «Pero, niño, ¿tú no ves que desde ahí no se pué caé reunío? ¿Y tú no ves que aunque se caiga reunío se hace uno porvo?» Y siguió andando.

—Entonces ¿no tuvo usted maestro?

—Tuve maestra. Una vaca que sabía más que Meslín. Como la carnisería de Arcalá era de mi padre, en er mataero mandaba yo y me hinchaba toreando. Vamos, toreando no está bien dicho: pamplineando, porque en aqueya época inoraba yo hasta la a der toreo. Pero, en fin, pegaba brincos delante de las vaquiyas, les saeudía las moscas, y me quedaba tan ancho. Y una tarde trajeron a la vaca Meslín, toreá y retoreá, y en dies minutos me enseñó con los pitones lo que hubiera podío enseñarme un catedrático, y ar día siguiente, pa que no la jeringara otra vé, me pegó un puntasiyo en la barriga, con lo cuá pensé que me hasía farta un profesó.

—¿Y recurrió usted a sus tíos?

—No. Recurrí a un torero de a pie que había en Arcalá, al que, por guasa, le desían «Crispín», porque era tan chiquitejo como er

tío Crispinito de las aleluyas. Pos «Crispín», que por haber toreao una vé en la capitá, puso una escuela taurina en la que no entraba ni un gato, me prometió haserme torero en un dos por tres si le compraba en sien reales la muerte de un toro, y le compré la muerte, y me sortó un bicho en er corrá de su establecimiento. Era un media sangre de Candón, tenía cuatro años, y a la gente que se había subío a la tapia de la escuela le paresió grandote. A mí no, y con la capa y la muleta hise lo que me aconsejó «Crispín», hasta que me se cuadró la res.

—¿Y cuando se cuadró?

— Pos cuando se cuadró arrastré er pie izquierdo, entré con la rertitú de una bala, metí la espá hasta la pelota en las abujas y salí por el rabo más limpio que una patena. Por eso le aseguraba antes que esta habilidá es de nasimiento. Que hay quien nase mataor de toros, ¿está usté?, como hay quien nase tocaor de violín o presidente de los ministros. Güeno; en er pueblo imagínese usté la que se armó: una armósfera grandísima. Y mi tío Curro, porque mi tío Pepe ya se había muerto, dijo aqueya noche: «Mire usté por dónde se va a honrá la familia con un güen torero de a pie» Y le hisieron caso, y mi padre compró la muerte de otro toro, ar que le sampé

otra estocá, y me cargué, también de un sambaso, ar toro del aguardiente, y ya, hasta soñando, repartía estocás. Pero como no era más que una criatura...

—¿A qué edad se presentó usted al público?

—A los dies y ocho años. Tres después de lo que he referido. Y me presenté en una gran plasa: la de Seviya, y en una fecha que pa mí no pué sé más sélebre: la der 20 de mayo. Toreaba, con er «Vito» y con er «Moreno de Arcalá», toros de Otaola. Mi primero, ar darle un pase ayudaç por bajo, me cogió y me vorteó; pero le soplé un volapié que lo hiso harina. Y como a mi segundo lo apiolé de la misma conformidá, pos di un estirón bárbaro. ¡Qué tiempo aqué, y qué manera aqueya de subí y de trabajá!... ¡Hasta maté toros resibiendo!... En Seviya, a uno de Murube, le partí la herraúra de media estocá; de otra media en lo arto tumbé a uno de Clairá en Madrid, y en Vitoria le metí en las péndolas tó el estoque a uno de Parladé. Y vengan parmas, y después de la arternativa, venga competí en lo mío con tos los mataores, hasta con er fenomenalísimo «Argabeño», y vengan contratas, y sueñe usté, y entusiásmese usté... y de pronto, la ruína, la desesperasién y el acabóse: la corría der Puerto.

—¿Cómo fué? Cuento.

—Toreábamos ganao de Gamero Cívico, antes de Torres Cortina, el «Argabeño», el «Regaterín», Visente Segura y yo. Y salió mi toro—un toro negro, mú grande y mú bien armao — y fuí a doblá con él en er primé quite, y me enganchó por una pierna y me dió tres surríos y me estampó en er suelo, y me busco ayí, sin fijarse en los capotes, y me asertó de pronto con una corná en el rezto. Yo sentí lo mismo que si me hubieran atisao una patá en er güesesito que tenemos aquí, en sarva sea la parte, y me levanté sin mucho trabajo, y me yevé la mano atrás, naturarmente, y, al vérmela coloraísima, quise apartá a corré. Pero no había hecho un movimiento cuando me entró el sudó de los insurtos y me caí, y me metieron a puñaos en la enfermería, y me tendieron en una banca grande, único aparato que había en aqueya sahurda. Y no fué esto lo peó; lo peó fué que se aturruyaron los médicos. Yo, que oía caé mi sangre de la banca a las losas, les pedía caridá: «¡Curarme por lo que más queráis ustedes! ¡Curarme, por Dió!» Y, por fin, me taponaron con unos argodones, me pusieron en una camiya y me yevaron a la carrera al hospitá. Pero ¡la que en el hospitá me esperaba!...

—¿Por qué?

—Porque yegué con las venas tan vasías, tan acabaísimo, que no me se podía aplicá er cloroformo. Y sin cloroformo, con una barbaridá de suero que me inyestaron pa que no me las guiyara al otro mundo, me hisieron la cura. Güeno; yo nasí despué de suprimía la Inquisisión; pero yo sé lo que fué la Inquisisión, como er moro martirisao que más pasara, porque me enteré en aqueyos momentos. Er pitón me había yegao casi a la artura de los riñones, y los deos der médico seguían er camino der pitón, y a mí se me antojaba que entre sus deos se me iba a ir la vida, y el doló me hasía temblá como una hoja. «¡Agua, agua!» Y me ponían entre los labios un turransito de nieve, que desapare-sía como si cayera en un candelorio, y vorvía er sirujano a hurgá. «¡Agua, agua!». Y se acabó la cura, y se me fueron haciendo mortesi-nos los dolores, y me fui privando, privando, poquito a poco, hasta que me quedé mu bien. Tan bien, que me dieron er santolio a las cuatro horas, pa que no me muriese como una bestia.

—¿Se acuerda usted?

—No. De lo que me acuerdo es de que abrí los ojos a los tres días y me vi entre mi madre y mis hermanos, en una sala mu larguí-sima. A mi madre se le caía ca lagrimón

como una pesla, y le pregunté yo: «Mama— porque en mi pueblo desimos mama y no mamá—; mama, ¿por qué yora usted?» «Hijo, por ná; porque me miras y me alegro». Yo comprendí que yoraba por mí y quise también yorá; pero no tenía fuersas ni pa yorá. Y así pasamos nueve días, y a los nueve días me trasladaron a Seviya, y una semana después gorvieron a olearme, y mejoré y empeoré en veinte ocasiones, y, a los cinco meses, pa ver lo que impedía que me curara, me cogieron por su cuenta los médicos y me abrieron en caná, y pasaron otros tres meses, y por fin, gracias a Dios, entré andando en mi pueblo. Pero, ¿sabe usted cómo entré? Pos entré con el fistre roto.

—¿El fistre?

—¿No se yama así? Pos como se yame. Er caso es que con ná, con que tosiera, se salía de mi cuerpo lo que de ningún cuerpo se debe salí.

—¡Ah! Era el esfinter lo que tenía usted roto.

—Eso. Y figúrese mi situación toreando con semejante avería.

—Pero, ¿toreó usted así?

—¿Y qué iba a haser? Toreé dos veces, al año y medio de la corná. El primer día fué en Mursia. Salí taponao y vendao, y ni de

esa manera evité lo que no podía evitarse. En la plasa procuré que me reventara un toro, y luego, en la fonda, rompí a yorá como un niño chico. Y trabajé en Nimes con idéntico resultao, y, con la desesperación ya, me fuí a Barselona pa retirarme y morirme en un rincón si no me curaban, y Raventó, un médico catalán, me compuso el fistre, o como se yame, y no sé cómo no me vorví loco de alegría. ¡Pos no era ná ser un hombre otra vé lo mismo que los demás hombres! ¡Me entró un való y una satisfasión y una confiansa!... Había gastao unos miles de duros en la enfermedá: había hipotecao una casa que le compré a mi madre, y había aumentao mi familia con tres chiquiyos que dejó mi hermana al morí; pero tenía mi fistre y podía corré y brincá y ganarme nuevamente un sitio entre los toreros, y tó me importaba un comino.

—Y, ya sano, ¿dónde empezó usted a torear?

—En Saragosa, y me gané una oreja. Aquella temporá toreé dies y nueve corrias, y onse, na menos que onse, fueron de Miura. A la siguiente, con más facurtades y más suerto, yegué a veintinueve; a la otra, el año 14, me puse en treinta y una; el año 15, contraté dos más; el 16 me salió malejamen-

te la cuenta, porque, aunque no bajé, no subí, y del 17 no hablemos. Me lo he jugao tó al as de espadas; pero con más suerte que un quebrao.

—¡Ah! ¿Cree usted que le debe su triunfo a la suerte?

—En muchísima parte, creo que sí. ¿Es que no ayudan las sircustansias? Cuando yo empesé, dijeron que era gente con la muleta. ¿Por qué lo dijeron? Porque entonses no había ni quien soñara en los prodigios que iban a ejecutá Joselito y Belmonte. En cambio, a nadie le asombró mi manera de herí, porque, entre los de arriba, de un modo perfesto o de un modo valiente, mataban el «Argabeño», «Machaquito», Fuentes y Visente Pastor, y entre los otros había que tocarle las parmas a mataores como «Regaterín», «Masantinito» y Visente Segura. Hoy se mata menos; y como se mata menos y yo no mato muy mal—y lo digo porque lo han dicho el público de Madrí y D. Luis Masantini—si Dió me ayuda subiré argo en la escala. Por lo pronto ya no cobraré 2.500 pesetas por jugarme la vida. Puesto que la afición opina que también tiene mérito la estocá, que paguen ese mérito los empresarios.



LA GENTE DEL BRONCE

DON LARITA Y SU CABALLO

LOS SUBMARINOS Y EL MIEDO.—PARA LO QUE SIRVE UN CABALLO.—LA ALEGRÍA DE PIAFAR EN LOS CAFES.—LA VALIENTE ESCUDERA.—A GARROCHAZOS Y A GOLPES.—UN BLOQUEO.—LOS GUAPOS Y LAS PULGAS.—EN EL PAIS DE LOS VIRREYES.—EL CORONEL TORERO.—JUERGAS Y CONQUISTAS.—LOS PALHAS.—UN HECHO EXTRAORDINARIO Y ALGUNAS HEROICIDADES.—DESAFIO A LOS FENOMENOS.—NI ADULACION NI RESPETO.—AL TORO, QUE TO ES MENTIRA.

—Tú, camarero, otras seis de Casaya, que si este señó se repucha, beberé yo por él. Ea, a su salú. Y ahora, esta, a mi salú. Y ahora un buchito de agua y un puraso, y a viví.

—Bueno, «Larita». Empiece usted.

—En un desí pín. Yo no soy como tó er-mundo, gracias a Dió, porque tengo cosas. Y, como tengo cosas, pos en ves de embarcarme en un vapó españó, me embarqué en

un vapó fransé, en er «Flande», y salimos navegando con mir toneladas de tranquilidad, lo mismito que si Alemania no esistiese. Pos señó, que yegamos a la artura de las islas Terseras y que vemos un trasarlántico tan irmovi como una isla. Cuar será, cuar no será, qué le habrá ocurrió, qué no le habrá ocurrió... que nos arrimamos y la sorpresa hache: era un trasarlántico iguá que er que nos yevaba, con la máquina inuti y con seientos pasajeros asustaos y jambríos. Conque tiró der vapó nuestro vapó y nos pusimos en la Habana con un retraso de ocho días.

—Pero sin percances.

—Naturarmente. ¿Es que usté se ha tragao la bola de los surmarinos? Yo no aseguro que no haya. Habrá tres o cuatro. Pero, como no los he visto... ¡Y tenía unas ganas de verlos!... Sí; hombre. Pa probá esa emoción. Toas las mañanás, ar pisá la cubierta, daba yo un viva con tos mis reaños: «¡Viva er Kaise!»

—Pero ¿es usted germanófilo?

—Yo soy españó y respeto a tó bicho viiente. Hasta a los húngaros. Y eso que siempre me los he encontrao con una pandereta y un oso. Pero los húngaros, lo mismo que los alemanes, y los franseses, y los ingleses,

y los rusos, han yegao ar tersio fina con dos riñones, y hay que quitarse el sombrero. De manera que mi viva no era más que un rajo, esplicable por las dosis de amílico que me atisaba yo.

—Y al oirle, ¿qué decían los franceses?

—Que estaba loco. Y los españoles amigos míos de la Habana, también dijeron que estaba loco cuando me fuí a Lima en un paquebó inglés, y por loco me tomaron en Lima cuando ejecuté las primeras hasañas, a pesá de haberse enterao de mis cosas por el periodismo. Pero en seguida vino la rertificación, y me hise tan populá o más populá que en España por mis rajos. Me ayudó una sosiedá de amigos afisionaos a la juerga, en la que entré, y una jaca que me vendieron...

—¿Y para qué compró usted la jaca?

—¡Toma! Pa darle gusto a mi cuerpo, paseándome en eya. Pero usté ¿no se ha enterao de mis costumbres?... Toa la afisión sabe que sin un cabayo entre las piernas, un duro en el borsiyo y unas copas en el buche, «Larita», no sería «Larita». Sí, señó. Porque yo creo que pa viví hay que viví alegremente, que tiempo tendrá uno pa ponerse triste cuando se muera. ¿Verdá?

—Verdad.

—¿Y hay argo que divierta más que un caballo? ¿Hay argo más bonito y más hombruno?... Pa mí que no lo hay.

—Quizás pensara de ese modo «Frascuelo». «Frascuelo», con las copas en el buche, el duro en el bolsillo y el caballo entre las piernas, en ciertos arranques de júbilo varonil, solía meterse en los cafés para admirar con las corvetas de su potro a los parroquianos.

—Alegrías de los hombres.

—Y se asegura que en cierta ocasión, deseoso de maravillar al público, disparó unos tiros.

—¡Alegría de la de chipén! Yo no he tirao tiros; pero si me dieran una onsa por ca ves que he entrao de un bote en un establecimiento... Con plata o sin plata, porque el que está parmao deja a debé, y con orguyo, puesto que debé es un don de gentes. ¡Gusta de tar modo eso de colarse en un café, en una serverería o en una taberna ensima de un animal... Mi caballo favorito «Machaco»—que se reventó en una sanja, por no sartarla bien—, relinchaba de satisfacción. Y uno ¡se engrío de tar manera!... Tanto como si yevara a una mujé, y con más serenidá, porque a la gachí puen trastearla, y ar bicho, no.

—¿Y, por esas alegrías, la gente se ha enfadado con usted?

—Arguna gente, sí. Pero como yo siempre he entrao y he salío con la finura de un neutrá, y como yo soy hábi en er don de la palabra... Así arreglé una vé un asuntiyo dificutoso. Era yo noviyero; me compliqué en Málaga con una mosita valiente, y la enseñé a montá y la convertí en mi escudera, y en toas partes vieron su jaquiya emparejá con mi jaca. Una tarde, yo, que buscaba los biyetes, no sólo como diestro, sino como empresario, venía de enserrá una corría, como se viene de enserrá una corría cuando hay humó y juventú, es desí, con una jumerá espantosa, y empujao por la costumbre y por la jumerá, me sampé con la mosita en un café. Y, con claridá, con claridá, no sé lo que pasó: no sé si «Machaco» pisó a uno o si le estornudó a un flamenco en las narises; lo que sé es que voló hasia las mías una boteya, y que volar la boteya y ponerme yo jechito un Kaise fué la misma cosa. Y ya jechito un Kaise, como yevaba la garrocha empuñá, doblé de un puyaso ar flamenco y tumbé a otro que me sumbaba—con lo cuá se juntaron veintisínco o treinta contra mí—, y entonses, en defensa legítima, con el purso de un Carderón y la rabia de un Don Quijote,

emprinsipié a picá en morriyos y en espar-
das, y ni un rejoneadó se hubiese cargao una
faena como la mía.

—¿Y qué pasó?

—Pos que con mi harbilidá y mi don de
la palabra—que reconosen hasta los sere-
nos—firmamos las pases.

—Pero ¿y los garrocheados?

—Amiguísimos a la segunda convidá. En
habiendo humó, juventú y mansaniya...

—Y la escudera ¿se asustó?

—¿La escudera? ¡Ni der demonio! En Pana-
má la he dejao. Aunque por eya no abando-
né a mi familia—porque tó tiené un límite—,
comprendí que me perjudicaba. La yevé de
rejoneadora; la anusié en Panamá... y el
rejoneao fi yo, que maté sinco toros y perdí
tres mir duros. Y por la noche, sin superti-
siones ni pamplinas, reflersioné. Aqueya
hembra, ¿me ponía más alegre?... No. ¿Me
ayudaba? A resbalá. ¿Me servía pa darme
postín? ¡Como no se le yame postín al de-
prestigio entre los amigos!... Y en casa hay
una mujé mu güena, y dos niñas mu salás, y
un «Larita» chiquirritín, como un cromo...
Conque me lansé y despedí a la rejonea-
dora...

—¿Sin riña?

—Como me largué a Lima, sin que nadie

lo supiera, en un barco japoné... A pesá del bloqueo, porque pa bloqueao, yo. Y. será lo que sea; pero cambió la suerte. Y entonses fué cuando me hise sosio de la Sosiedá de juerguistas y compré er cabayo pa visitar los cafés.

—Y en Lima, ¿tampoco hubo quien se enfadase?

—Al prinsipio, antes de conosé mis costumbres y mis cosas, tuve y tuvieron que lamentá varios altercaos peligrosos. Un señó, tomándome por un duque, me mandó la tarjeta de duelo. Yo me la guardé y le mandé la mía, sitándolo en un botiquín, y ni pareció él ni paresí yo. En Lima, quisás por lo rematao que es er vino, le yaman a las tabernas «botiquines».

—¿Y no recibió más tarjetas de duelo?

—No; pero me ví las caras con los matones. Un día, en un botiquín, se reunieron unos pocos y empésaron a grasná: que si las chulerías, que si los cabayos, que si los toreros... Y yo bebé y bebé, cargándome de estereras. Y cuando estaban más en las nubes, me dí cuerda, trinqué una siya, me disparó y ni purgas quedaron donde metí un gorpe. Y yo sin armas, y eyos ca uno con un arsená.

—¿Y no le buscaron después?

—Pa estimarme. ¿No ve usté que comprendieron que mi fórmula de tratá era hija de mis alegrías y que se convensieron de que yo no guardaba rencón?... Ni eyos tampoco, que fueron mis intimísimos y mis armiradores más grandes. Güeno; de aqueya gloria de país, tan presioso y tan andalú como Andalucía, se cuenta y no se acaba. ¡Con declará que es el país de los virreyes antiguos!... Quita la cabeza.

—¿Es el que más le gustó?

—Hombre, si Su Divina Majestá no hubiese puesto en América a Caraca... Porque... ¡vaya caló con Caraca! ¡Y vaya un presidente de la República el que tiene Caraca! ¡Y no es na el hijo del presidente! ¡Naiya! ¡Y no torea bien el angelito, que es coroné de Estao Mayó, además de ser el afisionao más colosá der mundol... Por él me largaron seis bichos, y metí seis estocás hasta la pelota, y cobré, en oro americano, dos mir duros como dos mir soles, y me tiré una temporá que ni un virrey. Juergas, banquetes, lunches, jiras... Y con la fló de la fló, y mirao con lentes, y tratao con la fraternidá padre, porque Caraca es el país donde más valen los españoles, en particulá si son toreros.

—¿Y lo agradeció usted?

—Con la vida y el arma. ¡Pero si hise los

estragos de un Don Juan Tenorio, amigo! Me pusieron «Don Larita el conquistadó»... Conque ya ve usté. Y entre el seso fuerte, las simpatías a montones. ¿Se fija usté en este corgantiyo, que tiene media arroba de oro? Pos un regalo de ayí es. Y cuando vuelva, que vorveré, porque me he comprometío a inauguraré una plasa monumentá, matando seis palhas...

—¿Han de ser palhas?

—A la fuersa, porque los pido yo. ¿Y quié usté sabé por qué los pido ayí y aquí? Pues porque no los piden los de arriba. ¿Y quié usté sabé por qué no los piden los de arriba? Pues porque son grandes y porque tienen más fuersa en el rabo que otros bichos en er testú. Y esos son los toros que a mí me conviene pedí, pa vestirme de torero argunas veses ¿No ha caío usté en que esto der toreo es ya una política? Una política y na más que una política, y er que no dispone de padrino se quea sin bautisá. ¿Más claro? Hay tres figuras que mandan, y mientras los espás no se revolusionen, esas tres figuras se comerán hasta las estopas del olio.

—Pero los espadas deben revolucionarse en el redondel.

—¡Chipendil! Esa es la mía; y en el redondé me he revolusionao yo. Sino que, bien,

bien, aunque quiera, no pué uno revolusionarse argunas veces, porque uno torea poco. Si usted escribiera una intervié pelá al año, ¿tendría mucho sentío esa intervié?... Pues lo mismo es torea que escribí. Ahora que, cuando uno se hecha el arma a la esparda, el dijústiyo lo da. Así he ejecutao yo cosas de sierto intrínguli. ¿Se acuerda usted de los seis pases que en una noturna le dí a un olea con las banderiyas? Sitaba, se me venía er toro, y yo, ¡ole!, un pase; me se venía otra vé, y otro pase, desafiándolo con er banduyo... Y er público, horrorisao—que es como debe está—, me hasía una ovación y me desía sarvaje. ¡Y si los periódicos siquiera hubiesen relatao mi invento!... Pero el único que lo relató fué er señó Barbadiyo, que dijo: «Si esto lo ejecuta otro, estamos hablando diesisiete día.» La chipén. Y coste que entre Barbadiyo y este ciudadano no hay ni amistad. Un adiós por adiós, como esife la finura, y gracias.

—Y sublevado, ¿qué otras heroicidades ha podido usted realizar?

—Pues, en Badajó, me enserré con seis catedrale de D. Felix Gómez, y armé la escandalera; en Córdoba, mano a mano con los fenómenos, estuve colosalísimo...

—Pero usted, toreando con los fenómenos, ¿no se achica?

—¡Yo!... ¡Ahora sí que me ha matao usté!... Que me saquen. En provinsias no me sacarán, porque en provinsias mandan eyos, y como yo no adulo ni ar toro, pues no quieren na conmigo. Pero, ¿y en Madrí? Don Retana, que sabe que yo le soy simpático a la afisión y que nunca pediría por frascasá dies mir pesetas, ¿por qué no me saca una tardesita con los fenómenos? De barde torearía—ya que traigo mucho oro de América—si er ganao fuese dirno de los fenómenos: es desí fenomená. Palhas, urcolas o miurras de cuatrosientos kilos, con árboles en el testú y jartos de habas, pa que abrieran en caná ar que se descuidase.

—¿Y si se descuidaba usted?

—Pues requiesca. Tar día hiso un año.

—¿Y si le tocaba un toro de esos que asustan por su sabiduría?

—Déjese usté de sabidurías, que no hay toros sabios, sino toreros cobardes. Si la jin-da fuera carva, ni Sansón que se metiese a torero tendría un pelo en la cabeza. Porque la verdá es que to es mentira, y si me dan mimbres pa demostrarlo, yo lo demostraré. Yo, que, aunque me ría chufleándome, mato como er primero y banderiyeo ídem. ¿Que no? Pues que don Retana me saque en Madrí con los fenómenos y sin sortá cabras...

Cornúos de cuatrosientos kilos, con árboles en er testú y alimentaos como canónigos. Yo los mataré sin cobrá y... sin reirme. Sí, hombre: voy a ponerme serio, pa que me tomen en serio de una vé...

CÓMO SON LOS MIURAS



LA OPINION DE «MINUTO»

INTRODUCCION.—EL VICTIMARIO Y LA VICTIMA.—LA CUESTION PALPITANTE.—SEAMOS DISCRETOS.—LA INTELIGENCIA BOVINA.—OTRO ASPECTO DE «MINUTO».—TAREAS LITERARIAS.—LA OBRA FUNDAMENTAL.—DIEZ MIL REALES EN PAPEL.—¡MISTERIO!—HABLEMOS DE «EL SEVILLANITO».—SEÑOR VARGAS, SALUD.

El Sr. Don Enrique Vargas «Minuto», ex niño sevillano, ex muñidor electoral, hombrecito de pelo en pecho, bravo frente a los jaques y frente a los toros, es una personita muy pintoresca y muy interesante. Don Enrique, por su bondad, por su humildísima condición, por sus simpatías y por su ingenio, tiene tantos amigos en las regiones celestiales como en los reinos de Lucifer. Don Enrique es pacífico, jocundo, hablador, gracioso, indulgente; sabe aguantar una broma y devolverla con afable cortesía, sabe corcusr unos chistes que no hieran, sabe trasegar

unas copas y perdonar una impertinencia y corregir una falta.

Y como el bueno de Don Enrique es, además, el decano de la torería, cuando me propusieron ir a interrogarle, acepté con regocijo. ¿Qué nos diría el hombre valeroso y pequeñín? ¿Encrestaría, orgulloso, como uno de esos publicistas que nada tienen que publicar? ¿Negaría a respondernos, como uno de esos varones, gloria y regalo de nuestra famosísima tribuna, que son la propia discreción hecha carne de político?

No, respetables lectores. Don Enrique, en el cómodo y lindo salón de «Los Gabrieles»—uno de sus lugares de esparcimiento—, nos recibió con gentil cortesía y se dispuso a resistir el chaparrón de nuestras interrogaciones.

—Venimos a hablar con usted, Sr. Vargas.

—En el arto. Con permiso, cabayeros.

Entramos en una especie de gabinete-galería, después de contestar con una cabezada al gallardo saludo de los conmlitones de Don Enrique, miembros todos influyentes y autorizados de la «afición», y pedimos unas copas. El Sr. Vargas, con su «bombín» de los más duros, su gabán de burgués, su cazadora de gomoso y su señorial corbata, acomodóse junto a un velador.

—Asiento.

Nos sentamos, luego de recorrer la estancia, frente a una magnífica fotografía del «Espartero», bajo el hocico de una testa de toro. Es la de «Perdigón», el miureño que acabó con la vida del infeliz sevillano.

—¿Se fija usted en los pitones?... ¡Abujas!

Sí; me fijaba en los pitones buídos, alessados; en la robustez de la cepa, en el negror de las puntas; de aquellas puntas que se habían hundido con bárbaro empuje en los vientres de unos animales apacibles, que habían desgarrado con furor las entrañas de unas bestias inermes, que habían, por último, destruído una juventud en flor, sana, valiente y victoriosa.

—Ustés dirán.

—Pues, hombre, queremos...

—Basta. Lo de los miuras. ¿Aserté?

Y seguro de que asentiríamos, guiñando maliciosamente los ojos llenos de fuego y componiendo un mohín admirable de perplejidad, encogióse de hombros y encendió un pitillo, dando muestras de una hondísima preocupación.

—¡Si pudiera escurrirme!... Pero no, amigos, no. He dao mi palabra de hombre. Miren ustés: yo escribo. Ayá en Seviya, ha sío la má y los peses. Artículos y suertos y el

delirio, sin poné la firma, por el aquel de que uno vive der público, y ya «sabéis ustedes» lo que es er público. Bueno; pues yo, que escribo, y que soy con la pluma de lo más carnisero que ha parío madre, le he mandao dos artículos al amo de la crítica.

—¡Hombre!

—Lo que estáis oyendo. ¿Les da curso? Bien. ¿No les da curso por esto, por aqueyo o por lo otro?... Me achanto. El, que es amiguísimo mío, sabe lo que me conviene, y chanfli.

—Entonces...

—Entonses, ¿qué? Como amigos, lo que se os antoje; como periodistas... ya «veis us-tés»... El respeto al amo.

—Pues charlemos en buena amistad.

—Ole.

«Minuto», resplandeciente, nervioso, manoteando, golpeándose el tórax para dar más fuerza a sus argumentos, con una elocuencia cataratesca, y una pasión que hacía vibrar todo su cuerpecillo acerado, pronunció un maravilloso discurso. Enumeraciones brillantes, comparaciones ingeniosas, frases humorísticas, párrafos irónicos, recuerdos sentimentales, chascárrillos y apólogos narrados para iluminar los pasajes oscuros de la oración, interjecciones que la clavetea-

ban, y pícaras vacilaciones que acuciaban el interés, brotaban, atropellándose, de sus labios, y nos dejaban suspendidos y boquiabiertos.

—Los miuras son intoreables; pero los mataores son... lo que no quiero desir. ¿Se ha visto nunca el arte tan retecochinamente como se vé? ¿Se las ha tragao más gordas la afisión?... Un espada tié que matar tó lo que sarga de los chiqueros. ¡Aunque sarga er toro e San Marcos, que ya sabrá de martingaliyas pa darle a uno lo suyo! Señor, tenemos vergüensa. ¡Tó no va a ser jamarse peritas en durse!

--Y los toros de Miura ¿son, efectivamente, más difíciles que los demás?

—¡Intoreables! ¿Por qué? Eso me lo cayo. Que me pregunte el ganaero.

—¡Caramba! Y nosotros, ¿no hemos de saber?...

—Pero si es sensiyísimo. Hablo al amigo, no al periodista. La casta de Miura es la más fina de las más finas. ¿Comprende usted? Es una casta formá con nueve castas de buena sangre. ¿Estamos? De manera que cá toro ha ido sembrando lo mejó de su istinto, y ahora un animá nase con er talento de nueve rasas de animales. Es desí, que er toro de Miura no es tan bruto como los demás toros.

Tiene inteligencia. Y si le da usted inteligencia a un toro, ¿qué va usted a dejarle a un mataor?

—Pero, hombre, tanto como inteligencia...

—¡Inteligencia! Pregúntele usted al «Argabeño»; que le diga a usted lo que le pasó una tarde... Se arrima a su toro. ¡Ju!... Quieto el arma mía. Le mete la muleta en los josicos. ¡Ju!... Y se retira er bicho, y con los ojos mú abiertos, empieza a mirarle la muleta y luego empieza a mirarle la barriga, plantao como una estatua, que el hombre perdió er coló. «Pero ¿qué es esto, Dios mío? ¿Sabe este animá que voy a engañarlo? ¿Por dónde se va a arrancá?...» Pues como aquer sabio de Miura salen cincuenta sabios que le hasen a usted verse con el ombligo partío. Ahora, que eso le gusta al público, y hay que «currelar».

—¿Qué opina usted de la actitud del de Sevilla?

—Como no voy hase tiempo... no sé. Vivo en Madrí. Tengo un negosiyo en planta. ¿A que no se lo figuráis?

—¿Relacionado con el toreo?

—¡Pchs!... En er mundo tó es toreá. Con er capote o con la pluma...

—¿Con la pluma?

Sonrió satisfechísimo de nuestro asombro, y asintió humildemente.

—Con la pluma.

Recordé entonces cierto bravo tomazo que vi en la maleta de un gracioso escritor taurino, y comprendí la insinuación del espada.

—¡Ah! El reglamento.

Esta vez fué Don Enrique el sorprendido.

—¡Cómo! ¿Lo sabe usted?

—Lo he visto.

—¿Y de lectura?

—Nada.

Respiró como si le quitasen del pecho una losa de plomo.

—Ese reglamento—dijo—es la revolución del arte. Y es la riqueza, y es... Pero, chitón.

—Y usted espera...

—De la venta del «libreto», veintisinco mirduros. Me he gastao dies mir reales en imprimirlo y tengo un cuarto yeno de tomos... Después, por mi invención, eche y no se derrame, camará.

—Pero ¿cuál es la invención?

—¡Ah! Eso cuando yegue er momento se sabrá. No es por tonterías ni por soberbia, sino por cárculo. Si los periódicos hablan sin estudiá er «libreto», pues se cuelan. Y no hay que colarse. La cosa es mazna. Tres años de escribir; toas las suertes der toreo; siento setenta clases de estocás... Y en su sitio y con orden todo, chayó. De modo que al haser

usté las apuestas no hay quien le engañe ni le robe.

—¿Las apuestas?

El lidiador calla muy risueño y nosotros preguntamos: ¿A qué apuestas se refiere? ¿De qué trata el misterioso «libreto»? ¿Qué ha inventado «Minuto»? ¿Qué agradable sorpresa ha de alborozar a la «afición»? ¡Misterio!... Don Enrique truécase en una esfinge; Don Enrique apaga hasta el brillo de sus ojos; Don Enrique pone un freno a su indiscreción de meridional y límitase a sonreír... ¡Misterio!

En cambio, otra de sus empresas de plumífero es pública ya. El Sr. Vargas ha compuesto un sainete. Esa obra, que han escuchado con respeto hombres muy sesudos, se representará en Apolo, en Eslava o en un salón acreditado, y dará gloria y dinero a Don Enrique.

Se titula «El sevillanito», es dramática, sentimental, cómica y humorística. Hay escenas de inspiración y escenas de observación y de estudio. Hay sus migajas de análisis psicológico y su buen cacho de romanticismo libresco. La pintura fiel de la realidad alterna con las divagaciones de la imaginación y con los vuelos de la fantasía. «El sevillanito» es un muchacho noble que mata reses bovinas; «El sevillanito» se enamora de unaman-

chega y le da unos lapsos a un matón que la pretende; «El sevillanito» sufre las persecuciones de una gitana cuyo corazoncito perturbó, y tolera las insolencias de un gitano «frescales», herido en su amor paternal...

Ved si el asunto es o no es rico; ved si se presta a lances de una asombrosa novedad, ved si con tales elementos es dudoso el triunfo. Pronosticándoselo nos despedimos del lidiador, que nos apretaba las manos efusivo y cariñoso, bajo la cornamenta afilada del de Miura, frente al rostro inexpresivo de su víctima.

—Adiós, señores, adiós.

—Adiós, Don Enrique. Suerte...



LO QUE SOSTIENE «BOMBITA»

EL SEÑORITO DUERME.—LA MANZANILLA DE RICARDO.—HABLEMOS DE MI PLEITO.—LA SABIDURIA DE «PAÑERO».—LA GIMNASIA Y LOS TOROS.—LA PRIMERA PRUEBA.—EL SEÑOR WALMY, EL ASADOR Y LA ESPADA.—QUE NO SE APURE EL NIÑO.—CERVANTES, GALDOS, BLASCO, VERNE.—ROCAMBOLE Y LAS MONTERIAS.—DEL FOLLETIN A LA ESCOPETA.—POR ESOS MUNDOS.—¡VIVA YANQUI-LANDIA!

Don Ricardo Torres es un caballero amigo de exquisiteces, bien apersonado, fino de gustos, de trato señoril; Don Ricardo Torres goza con unas «jaberas» y se conmueve oyendo una ópera; deléitase con una poesía y sabe paladear el arte de un novelador; aunque derriba toros, no es un pillastre que ha subido a fuerza de quiebros, capotazos y estocadas, ni un gañán que se ha elevado por su temeraria intrepidez... Es un mozo redañudo, pero es también casi un señorito. ¿Cómo preguntar por él en su casa? ¿Cómo

llamarle? ¿«Bombita»? ¿El Sr. Torres? ¿Don Ricardo?...

Con cierta perplejidad tiré de la campanilla, y vacilante, no supe qué decir. Una buena mujer pingüe, crasa, con esa indulgente sonrisa de las personas que no tienen preocupaciones y que están de buen año, me sacó del apuro.

—¿Pregunta usted por el señorito?

—Justamente. Me citó ayer.

—¡Ay, Dios mío! Pues está durmiendo.

La excelente mujer, alterada, apurada, pidiéndome mil perdones y suspirando profundamente para que no dudase de su contrariedad, aporreó una puerta; crujieron unos muebles, rechinaron unas sillas, gimieron las maderas del balcón y poco después presentóse un varón cetrino, adormilado, de barba tan espesa que le teñía de azul el rostro, y de ojos morunos, humildes y fieros.

—Entre usted... Anoche vine tarde, y me he quedao traspuesto.

Pasé a un gabinete adornado con sencillez y modestia. Unos divanes, unas butacas, una mesa con hojas de telégrafos, periódicos y montones de cuartillas, unos cuadros ingleses, un tapetillo de pana aterciopelada... Antes de sentarme, Don Ricardo, en pantuflas, con un recio chaquetón sobre la camisa de

dormir y con una gorrilla a cuadros, salió de su alcoba.

Un saludo cariñoso, una sonrisa, un pitillo, y comenzamos a charlar del pleito; del pleito que sostienen espadas y criadores, y que preocupa a Don Ricardo más de lo que él mismo se imagina.

—Ya leí lo que hizo usted del «Minuto». Muy bien. Pero hay que desir muchas cosas del conflicto. La «afisión» va reaccionando. Mire usted. Toda no sigue con los ganaderos.

Me enseñó unas montañuelas de papel con millares de firmas; leímos unas protestas ardorosas e indignadas—porque no hay ser más ardiente, ni que más pronto se indigne que el aficionado—, y formulé yo, cogiendo la ocasión por los cabellos, algunas preguntas.

—¿Es cierto que no quiere usted torear los toros cárdenos de Miura?

—No es sierto. Los cárdenos, y los verdes y los amarillos, si los tuviera, los mato yo. Se afirman muchas tontadas.

—Entonces, usted ¿cree que los miuras son como los demás toros?

—El peligro es grande siempre, y con los miuras es mayor por las dificultades que presentan para la lidia. Hay quien asegura

que en el Empalme, con el pretexto de que no hieran a los mansos, los chaquetean para que vayan aprendiendo a cornear. Y como son durísimos, como los llevan a beber todos los días a una distancia de ocho o nueve kilómetros, y al galope, para evitar que echen vientre y para conseguir que sus patas sean de galgo..., pues figúrese, amigo. Pero no importa; por lo mismo que son duros y peligrosos, los toreros disfrutamos haciéndolos rodar.

—¿Y si son ustedes los que ruedan?

—Algunas veces, sí, rodamos; pero en eso también hay su poquito de exageración. No son el cólera los miuras. A mí sólo me hirió uno, «Pañero», y tengo 27 sicatrises.

—¿Bien herido?

—Una cornada muy desente. Aquel bicho... ¿Recuerda usted el que le miraba la barriga al «Algabeño»? Pues era así o peor. Fué en Madrí. Salió el «Pañero» con la velosidá de un automóvil. Dió unas vueltesitas; tomó, engañado, una vara en los tersios, y esa vara le enseñó más que dies cursos en una Universidá. Dos cosas, unos bramidos, unas carreras, y se plantó en los medios, y empesó a mirar con sien ojos... Pues señor, que, como ocurre en estas ocasiones, se puso la cuadriya seria y perdió la desisión y se

acordó de la familia. No son de bronce las personas. Se arrimaba uno. «¡Jul!»... El «Pañero» olía el capote sin moverse, arrancaba de pronto como un huracán, pa comerse al hombre, y al llegar al sitio donde le habían puesto el puyazo, se paraba y se volvía a los medios. A foguearlo. Cuarenta carreras, cuarenta sustos, palos desde la palomiya al testús... Y a matar. Me arrimo. «¡Jul!»... El «Pañero» huele la muleta, y en ves de embestirme mira. «¡Ju!»... Igual operación. Me aserco más, le pongo el trapo en los hosicos, alegrándolo con la vos y metiéndole la pierna, y se para el trapo con un pitón, y se queda muy fijo, mirándome, como disiendo: «¿Por dónde te voy a enganchar?» Y al retirarme, se me viene ensima, tirando puñalás, sin haser caso de los capotes, con la rabia de un asesino, y me atropeya y me pone alas en los pies. De este modo, sinco muletasos. Pues a herir. «¡Ju, «Pañero»!»... Le entré con ventaja, cuarteando, seguro de escaparme, y volvió la cabeza y estiró el cuello y me cogió lo mismo que un pelotari coge a una pelota difísil.

—¿Y se acuerda usted mucho de «Pañero»?

—Nunca. Yo me he metido en este fregado por mis amigos, no por mí. No me asustan los toros. Confío en lo que sé y en mis facultades, que son enormes.

Y Don Ricardo me cuenta sus esfuerzos para vencer la debilidad de su constitución, para convertir a un muchacho alcorzado y poquita cosa en un mozo atrevido y hercúleo. «Bombita», en sus primeros años, no soñó siquiera en vestir el traje de luces. Quería ser médico; quería que le consultaran las mujeres bellas; que le llamasen los burgueses ricos; que se pusieran en sus manos los lidiadores cuando una buida cornamenta les hubiese hendido las carnes. El triunfo de su hermano le sorprendió, y sus éxitos clamorosos le alegraban, y su popularidad le envanecía. Lentamente fué evolucionando, y poco a poco fué desvaneciéndose su ideal de chiquillo, combatido por nuevos deseos y nuevas ambiciones. Vivir como el espada era enriquecerse, era despertar envidias, era cimentar un crédito y forjar una posición. Era desvanecerse inundado de luz, fulgir como una estrella, alzar tempestades de palmadas... Y «Bombita» decidióse a trocar el bisturí por el estoque, y a curar prefirió ser curado.

Sus más crueles peleas fueron contra su debilidad. Ingresó en un gimnasio, fortaleció sus músculos, robusteció su pecho, aumentó de un modo inverosímil su ligereza y, seguro de sí mismo, aguardó la ocasión

de exhibir en las plazas su destreza y su valentía.

Hizo algunos ensayos en los tentaderos, en los cortijos y en un corralón del matadero de Sevilla, y empuñó por primera vez los trastos de matar en el circo de Madrid. Un galo, hombre listo, resuelto y valeroso, que sostenía en España la bandera gloriosa de la cocina de su país, quiso cambiar las cacerolas por los capotes, el asador por la espada y el delantal blanco y el albeante gorro, por las taleguillas áureas y la rufa montera. El galo era ambicioso; su cocina—la de la marquesa de Manzanedo—le rendía unos miles de duros al año; pero aspiraba a ganar millones. Y a ganar millones, no entre el humo de la lumbre, sino bajo la greña del Sol; no sacrificando gallinas inermes, sino toros armados; no dirigiendo a unos pusilánimes marmitones, sino acaudillando a unos bravíos piqueros y a unos chulillos salerosos.

El cocinero, —un Sr. Walmy,— soltó unas pesetas; compráronse dos becerrillos, se tomó la plaza y organizóse una gentil fiesta para que demostrara su bizarría. Pero ¿quién le había de ayudar? ¿Quién había de compartir con él la victoria? ¿Quién se prestaría a ser su compañero? Indagaron los amigos del

francés; recorrieron todas las cocinas de Madrid en busca de un pinche con sangre toreira, y cuando rendíanse, aburridos y desilusionados, un piadoso miembro de la afición propuso a «Bombita».

—No sabe guisar; pero debemos perdonarle ese crimen al pobrecillo. Es posible que no se deshonre con la capa en la mano.

Y no se deshonró, pero no le faltó un jeme. Don Ricardo, después de admirar al riñonado Sr. Walmy, que mechó portentosamente a su res, convirtió a la suya en un palillero. Pinchazos, estocadas, arañazos, puñaladillas traperas, picotazos en los belfos, y entre los pitones, y en el lomo y en los ojos... ¡Un desastre! Los amigos, viendo aquel picadillo de choto, juraron que «Bombita» sería con el tiempo el Dios del arte cocinero y que manejaría la cuchilla como el matarife más hábil.

El se apuró oyendo estos nobles elogios, y tal vez aún seguiría llorando, si no hubiese intervenido una columna de la «afición»: el ingente Bartolo.

—No te apures, niño. No yores. Mal, mú mal, mú mal, no has quedao. Yo te sacaré en otras beserrás, pa que daprendas.

Y salió en otras becerradas, y se hizo novillero, y alcanzó el doctorado, y subió a las

cumbres de la notoriedad y de la fama... ¿Vamos a narrar aquí la historia taurina de Don Ricardo? ¿Hay quien la ignore? ¿Hay quien discuta su mérito?

Diremos algo de sus aficiones y sus gustos: «Bombita» es un gran cazador—un rifletero terrible, como Roosevelt—y un lector formidable. Ha leído cinco veces el «Quijote» y se ha conmovido con las desventuras del caballero sin par, y ha creído sentir en las costillas los golpes que le dieron, y ha reflexionado gravemente, después de sonreír con el humorismo del manco sublime.

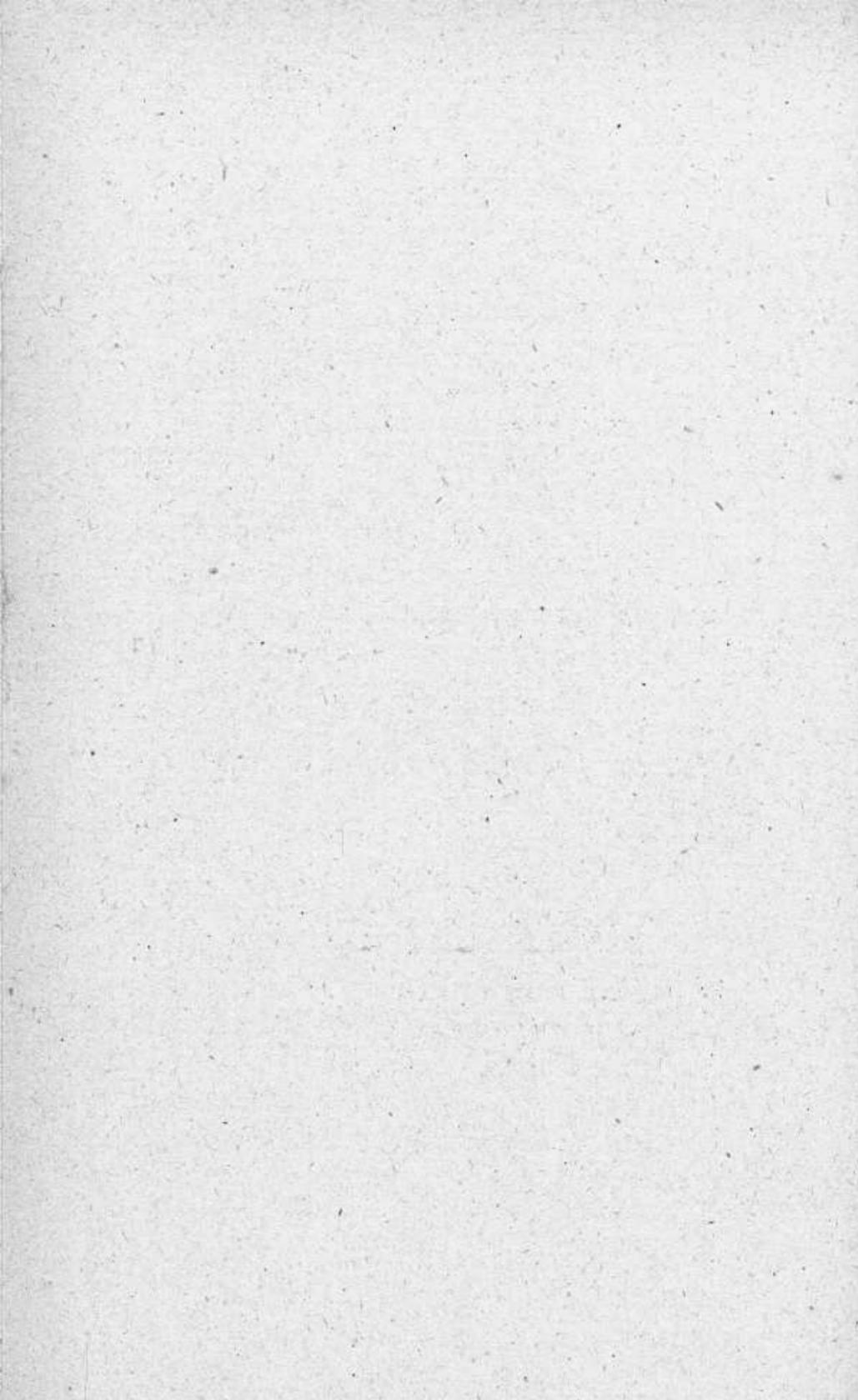
Conoce los «Episodios Nacionales» y muchas obras de Galdós, a quien reverencia y admira; se ha entusiasmado con los libros de Blasco Ibañez, y especialmente con su novela «Entre naranjos»; ha disfrutado con Palacio Valdés, a quien pone sobre su cabeza; con Alarcón, Pereda, Fernández y González, Julio Verne—«que ilustra mucho»—y otros escritores de aquí y de fuera de aquí.

«Rocambole» es una de sus obras predilectas. Sorbiéndose las barrabasadas del truculento personaje, con la escopeta al brazo y el morral a los pies, escondido entre los matojos del puesto, ha pasado largas horas en sus cacerías, en la soledad del monte, sin oír mas que el silbido del mirlo, la huída de

una liebre asustada, o el estridular de los insectos... Cuando sonaba el estrépito de la fusilería, y el latir de los canes, y el vocear de los hombres, y la res, acosada, aparecía ante su vista, desprendíase de sus manos el folletín y empuñaba nervioso la escopeta. «¡Ahora verás, «Rocambole!» Y pun, pun, desplomábase la res.

«Bombita» ha estado en Méjico, en Francia, en Inglaterra, en Yanquilandia... Pero ninguna ciudad le gusta lo que Nueva York. Porque en Nueva York, donde ha visto cosas estupendas y se ha divertido como un torero, ha sido tratado como un rey.

EL MEGALÓMANO



LUCHADORES CALLEJEROS

EL ARTE DE «SILVELA»

LA ENFERMEDAD DE D. EDUARDO VII Y EL DESDEN A LAS CORNADAS.—LA COLETA.—LA BONDAD DE JOSE MARAVILLA, LA ENVIDIA DE GAONA Y EL ODIO DE BELMONTE.—LO QUE SUBLEVA A LOS TOREROS.—UN BRINDIS ORAL.—ANTE LA INFANTA: EL SALUDO PALATINO Y EL PASEILLO A LO GENTILHOMBRE.—UN TOREO NUEVO Y UN ESPADA FILANTROPO.—LOS GASTOS DEL ARTISTA.—EL REFUGIO DE LAS «VARIETES».

—Señor de «Palermo», a mí me parece, dicho sea sin faltar a la respetuosidad, que ha yegao la hora suprema de mi interviu... Usté sabe cómo la aguarda, con serena pulcrituz, la afición, que me concetúa diestro de primera fila, y que ha leído interviuus, hechas por usté, de espadas sin visualidad. ¿Me espreso con certidumbre?

—Como un Cicerón, Silvela. Principia.

—Le diztaré, pa que usté haga el escogi-

miento o escrutinio. Ponga que me yamo Emilio Sodorniz, sin Senciya... Sí; porque hay quien me dice Sodorniz Senciya, lo cual que es una virulencia de las apestosas, que pue traer sangre. Emilio Sodorníz, alias «Silvela». Profesión: arte taurino y varietés variadas; agarramiento, pa ir tirando hasta que las Empresas exclamen ole: periodista vendedor.

—Adelante.

—Enfermedaz: Acabo de tener—como si torease ya ochenta y cinco corrías al año—la que padeció el tío de su beya majestá la Reina, don Eduardo VII: apindicitis. Me ha operao en la Princesa el dotor Flan y For

—¿No será Blanc y Fortacin?

—Quizás que lo sea, y si lo es, no seré yo quien se oponga. Lo cierto es que me ha lidiao la apindicitis como un «Lagartijo». Me abrió como se abre desde luego a un cochinete; me sacó del interior una bicha, o más bien un cacho de entestino, y me cosió con una barbaridá enorme de puntos. Y apunte usted que, por esa causa, ahora, aunque esté cinco minutos dando vueltas en la punta de un pitón y aunque el cuerno me se cuele hasta la cepa, me reiré. Porque, por mucho que ahonde un toro, no ahondará tanto como Flan y For. De manera que ya no le

doy importancia, en el sentido asoluto, a las cornadas, y que estoy deseando de tomar una pa complacer cuanto antes a la afición.

—Bravo, Emilio.

—Gracias, señor de «Palermo». En la intimidaz me gusta que me yamen Emilio, así como, en lo relacionante con la profesión, me gusta que me apelativen «Silvela». Y que «Silvela» ya trai su ruido. Y si no, que se lo pregunten a Silvetti, que en Méjico fué «el Belmonte mejicano» y que aquí es Silvetti, porque, pa el elemento sin ilustración, Silvetti se confusióna con «Silvela» y da cartel y público. Pero, perdón pa los desamparaos y a otra ficha. ¿Sabe usté que no he perdío la coleta por una aberración, o, como se dice más vulgarmente, por una casualidad?... Sí; porque si me trinca el barbero de la Princesa, pues el infrascrito, sin que nadie lo remedie, soy yo; pero como ese barbero, con una ansiosidá repunante, yeva un real por el afeitao y otro por el pelao, y como usa, además, pa la toilé—ponga claro eso de toilé—de los vivos las mismas navajas que emplea pa limpiarles el seso exterior a los difuntos, yo, que soy un asqueroso, lo repudié.

—Bien. A lo que importa, «Silvela». ¿Cuándo empezaste?

—A los doce años, el primer domingo de

abril del 1900. Aunque en cuestión de chufia, a un chico que tenía muchos pies le dí unas verónicas tan inmensas que todavía no se las he podido dar a ningún toro. Y eso que el chico sabía lo suyo. Me ilusioné, y el 14 de marzo de 1902, día de Santa Matilde—no me se olvidará—, hice con otro chico, de una lidia difícil, porque era jorobado, una faena de muleta, de tal modo colosalísima, que no ejecuté un pase que no fuera de mi originalidad. Y desde entonces, arriba, arriba y arriba, como la espuma.

—¿Y por qué no estás colocado?

—Por mi tropieso, en causa mayor, con los ases, quitando a mi compañero faternal Joselito. Joselito, en una encerrona, ha alternado conmigo familiar y maestramente, dándome los trastos sin que se los pidiera. Creo que, si dependiera de él, ocuparía el puesto que me corresponde, ya que José comprende que la afición está por él y por mí. Por él, porque mi compañero Maraviya es el santo pontífice y papa de la tauromaquia del siglo; y por mí, porque soy el rey entre paréntesis, de dos cláusulas de arte sin relación: el género modernista en las «varietés» y el clásico o rondeño en la fiesta nacional. ¿Lo he descrito bien?

—Magníficamente. Continúa.

—¿Vale la verdaz. aunque me yeve una idea sátira?

—Claro que sí.

—Pues escriba. El señor Rodolfo Gaona, propietario y miyonarísimo, a un bohemio como yo —porque no me puedo desinar como golfo, sino como bohemio, o séase periodista vendedor—le ha cerrado el camino con rentoyes y hechos de asurda notoriedad. Así, el día que me iba a ganar mi laureola en la plaza de Carabanchel, ante la presentación oficial de España, me quitó cobardemente los rehiletos—rehilete significa banderiyapa que no los clavara en el morriyo con grandiosidá. Y añada que en el delito le ayudó Juan Belmonte, y escriba que ese Belmonte, yamado «el Fenómeno», que es mi enemigo, en la plaza de Madrí, cuando organizamos la fiesta pa socorrer a las tropas heridas en Marruecos, me dejó de caer veinte veces encima de los toros utreros con zancadiyas, empujones, patadas y puñetazos en las finalidades del costiyar, seguro de mi nobleza y de que yo delante de los bichos y encargado de una misión, no podía revolverme contra él.

—¿Y te hizo daño?

—No, porque no atizaba fuerte. Que coste. Y que coste también que, aunque soy su

rival, le azmiro por la emoción que efeztúa, y que por defenderlo me mataría con mi madre. Me parece que, sin tirar como me tiran a mí, digo y esteriorizo.

—¿Y por qué te odian los toreros?

—¡Andá! Porque soy un hombre culto y razonable, que hasta se mete en la cuestión matemática y que tiene algo de oratoria. Ejemplo: el día que toree, mirado por los Reyes, diré este brindis oral: «Brindo por sus Reales Majestades Don Alfonso XIII y doña Vitoria Ugenia, que es la española—porque la han bautizao de española—que es la española más castiza, como soberana beya, eburnia y juncal que en nuestra viya y corte esistió; como, a la par, brindo por toda la concurrencia que ve al artista con honor en el redondel.»

—Admirable, Emilio.

—Será la continuación de lo que hice en Carabanchel con la Infanta la tarde de mi laureola. Ni se había hecho ni lo repetirá nadie.

—Cuenta.

—Primero, pa que lo copie usted, voy a ditzar el brindis. Hinqué mi rodiya en tierra, y poniendo la cara con simpatías, como si me fuesen a retratar, lo solté: «Brindo por su serenísima señora Infanta doña Isabel de

Borbón; por las beyas mujeres bonitas que como damas nobles han venido a examinar-me, y brindo acetando su honor.» ¿Hay oratoria?

—A torrentes.

—Pues lo otro, lo del principio, fué mejor. Iba a empezar el festejo, y los aristócratas que alternaban con menda, como el hijo de Romanones y el sobrino de Silvela—ponga sobrino, no sea que por mor de mi alias nos confunda la gente—; digo que esos aristócratas, en vez de moverse con valentía, se pusieron a cuchichear. Si no resultara muy fuerte, diría que a la hora del compañerismo se accidentaron. Y suenan los clarines y vaya conflizto. Su serenísima Infanta, esperando; la afición con las uñas al aire y nosotros en la cueva. Conque me decidí: «Señores, ¿no hacemos el paseíyo?» Y van y se ríen. «Señores, ¡¡que nos aguarda la presentación nacional!!» Y van y se ríen otra vez. Y entonces yo me lío con gracia en el capote, me aprieto la montera, salgo solo, atravieso el redondel con volutuosidá—con más volutuosidá que nunca, por ir solo y encorajao—y yego frente a su serenísima doña Isabel, y me encojo dando una cabezá y me sale el saludo palatino que ni a Don Eduardo Dato. Con esto me hice con la multitud; pero como

yo quería que la lección fuera completa, no me puse a un lao pa que abriesen el chiquero, sino que me retiré, reculando hacia atrás con respeto, a fin de no perderle la cara a su serenísima, y de este modo crucé con gyardía y a lo gñtilhombre el aniyo y me junté dentro con Romanones y Silvela.

—Fué una maniobra sorprendente.

—Como la ovación. No fué unámine, porque fué total, sino estrenduosa. ¿Pues y el saludo de doña Isabel? Saludó con una risa de real majestá y con un meneo de mano elegante. Así. Vamos, como se saluda cuando hay filosofía y sentimiento. Verdá es que yo le tiré el capote, pa osequiarla y no por adulación. Aqueya tarde, si no hubiera sido por Gaona...

—Paciencia, que ya triunfarás.

—¡Si es que le enrabian a uno las cochinerías!... Claro que triunfaré. En cuanto ejecute las suertes, no vistas por la opinión pública, que tengo ya inventás y que se las train. En las verónicas haré la operación verbal; es decir, que el toro vendrá por mi carne con plenitú, y que yo, quieto, lo haré pasar como si estuviéramos hablando. Esto será bastante grandioso. Con la muleta daré todos los pases ideales que se hayan podío instrumentar, aunque los toros no sean idea-

les, porque con mi estilo el peor toro será un toro ideal. Luego yevaré ganada la pelea antes de salir.

—Bien vas a divertirte con los millones que reunas.

—Sí que me divertiré; pero no a lo tore-ro. Me divertiré levantando cuarenta alber-gues pa que coman los apetitosos y duer-man, porque no quiero ver esos cuadros de la golfería que duerme en las calles, que me repercuten, señor de «Palermo». Dormir y comer de balde o por una cantidad minimí-sima. Con este poblema me cargaré.

—Pero resolver ese problema te costará mucho.

—¿Y qué, si no habrá torero que gaste me-nos que yo? ¿Mujeres? Las mujeres, debido a mis simpatías, me son gratuitas. Nada más, ¿eh? Gratuitas, pero con miramientos de per-sona selezta. Lo de macrós, que es igual que chulo, pa otros.

—¿Y el vino?

—En ese renglón, el más simpático pa mí es el valdepeñas castizo, y con dos pesetas lo costearía. El champán, un día que lo pro-bé, me hizo de estornudar como un aire co-lao. En el renglón de juergas no iría más que a las aristocráticas, y eso por compla-cer. Tabaco me sobraría con el que me tira-

sen por las buenas faenas, porque casi no fumo. Y lo que es el automóvil ni me lo miente usted, porque desde que uno mató en la caye Seviya a un compañero mío, rastándolo de la acera, delante de mí, la verdá, me sensacióna. El landolé, o sea la berlina, arrastrá por dos cabayos, es lo mío. Ahora, que yo compraría un tronco de cuatro cabayos.

—¿Coches y caballos, manteniendo a medio Madrid? La ruina, Silvela.

—¡Si yo no puedo arruinarme! ¿No comprende que cuando me quite de los toros seré el amo de las «varietés»? Que perfecciono yo los duetos, que no los he perfeccionao por no tener pareja, y hablaremos. Porque lo que es el baile... Todos los que se ejecutan con celebridá en el tablao, o palco escénico, los domino. De manera que los garbanzos y las patatas les van a durar un rato larguito a los pobres de mi Madrí.

LOS PAYASOS



CHARLOT Y LLAPISERA

HABLA CHARLOT.—UNA TRAVESURA.—LOS PRIMEROS AÑOS-
DEYA, PAGES Y LOS QUEIROLOS.—A PESETA POR SALTO
MORTAL.—LAS FIERAS DE VICH.—LO QUE PRODUCEN LOS
CUERNOS.—HABLA LLAPISERA.—AFICIONADO DE OFICIO.
DEL TOREO TRAGICO AL TOREO BUFO.—«FORTUNA», AN-
TES «FRESQUITO».—EL BECERRO BANDERILLERO Y EL BE-
CERRO COMEDOR DE PASTELES.—EL MOLINETE INTERMI-
NABLE Y LA ADMIRACION DE «TERREMOTO».— ONOFROFF.
EL TANGO ARGENTINO.—LOS MATADORES BUENOS, LOS
MATADORES MEDIANOS Y LA NOVILLERIA.— LA TORRE Y
LA BARRACA.

—Adelante, señores.

—El amigo Charlot.

El amigo Charlot, pequeñito, con unos ojos relampagueantes bajo unas cejas como las del «Machaco», avanza con dejadez, cual si estuviese rendido de saltar, ofreciendo su mano fuerte y musculosa.

—El amigo Llapisera.

El amigo Llapisera, alto, magro, risueño de ojos, efusivo, parlero, se aproxima de

una trancada, dice veinte cosas agradables en veinte segundos y déjase caer en el diván.

—Bueno, caballeros. Charlaremos un rato ¿Cómo se llama usted, Charlot?

—Tusquellas. Carmelo Tusquellas. Pero me pareco a Charlot, el de las películas.

—¿Y por eso ha elegido usted el mote?...

—No, no. Yo estoy inosente de eso. Charlot, que estaba en Lión, iba a matar un beserro en Barselona para impresionar una película y explotarla en los Estados Unidos; pero se marchó de repente a América. Entonces el empresario, a quien le habían hablado de mí, me pregunta: «¿Quiere haser un negosio?» «Quiero haser un negosio.» «¿Saliendo de Charlot?» «Saliendo de lo que sea.» Y salí.

—¿Y gustó?

—¡Ooooh!

—¿Le aplaudieron mucho?

—¡Ooooh!

—Y usted, antes, ¿qué era?

—Saltador. Desde pequeño, ¡upla!, saltar y saltar. Yo me crié en la calle del Conde del Asalto; ¿me comprende? Es una calle de artistas, ¿sabe? En los «tupis», en los cafés, en las tabernas, se encuentra usté—vamos, si va usté—, se encuentra usté hércules, barristas,

payasos, trapeceistas... Yo empecé a los trese años, con Pagés y Deyá. ¡El gran Deyá! ¿No le conose? Ellos eran los bases y yo el volante. ¡Upla, arriba! A los hombros, a la cabeza, al aire. A las manos, y al aire. Y en el aire, un salto de frente, de espaldas, de costado. ¡Ooooh!

—¿Y ha trabajado mucho tiempo?

—¡Huy, huy, huy!

—¿Con el gran Deyá?

—Con muchos. Yo he sido un hermano Queiroló; ¿me comprende?

—¿Y ganaba?...

Charlot replica con viveza:

—Para no morirme. Dos duros por función. Ni a peseta me salían los saltos mortales, y luego me llevabá cada porraso...

—¿Mayores que los de ahora?

—¡Ooooh! Y que yo había toreado. Esto del toreo me entusiasmó desde que yo era una ranita. Presentarse con una carga de oro, ¿eh?, y al son del pasodoble, ¿eh?... Tará tararero, tara tararero, tará tachín... El famoso Deyá se indignaba: «¡Vas a desgrasarte, bobo! ¡Te va a reventar un bicho!» Pero como yo sabía lo que eran los bichos, porque toreaba a los más terribles...

—¿En Barcelona?

—En Vich. ¿Sabe usted cómo son las va-

quitas navarras que llevan a Vich? ¡Tremendas!

—¿Y dan cornadas?

—¡Huy, huy, huy!

—¡Caracoles!

—Pero ellas me enseñaron... y hoy mis saltos no se cobran muy mal. ¿Eh, Llapisera?

Llapisera se pone las manos en el sitio donde los demás mortales tenemos la barriga, y se ríe.

—Y usted, heroico Llapisera, ¿cómo se llama?

—Rafael—¡ole!—Dutrús.

—¿Y qué era usted?

—Aficionado.

—No. Me refiero a su oficio.

—Pues aficionado. Para mí no ha habido más carrera que la taurina, ni más ideal que el de contratarme de banderillero. ¡Ole! Pero de banderillero «con cosas», para llegar a matador y aterrar a la gente con mi toreo dramático. Porque, en mi opinión, el toreo enía que ser dramático.

—¡Hombre, Llapisera!

—¡Qué! ¿Se figura que no hablo con seriedad? Pues se equivoca usted. ¡Toreo dramático! Yo quería asustar al público, peleando con los toros como un león, para que, des-

pués de brindar, dijese mis amigos: «¡Cuidado, Llapisera!», y para que los revisteros, al bombearme, sacaran a relucir la tila. De eso podrían hablar «Saleri II» y «Fortuna», que han sido mis compañeros en bastantes capeas. A «Fortuna», entonces, le decíamos «Fresquito». ¿No lo sabía usted? Pues, sí. Pero «Fresquito» y otro compañero que iban una vez a Bilbao, sin billete, perseguidos por el revisor, se tiraron del tren, y, mientras su compañero se mataba, «Fresquito» no se hizo más que unos chichones. Por eso le pusieron «Fortuna».

—¿Y cómo pasó usted de lo dramático a lo búfo?

—Por casualidá. Yo me presenté en Valencia, que es mi pueblo, en una novillada sin picadores, como Belmonte. Llegué a la plaza dispuesto a torear a una catedral y a enredarme con ella a bocaos, y al aparecer mi novillo, que era una insignificancia, me entró una tristeza tan grande que por milagro no me tiré al suelo. Pero si no me tiré al suelo me decidí a despreciarlo, y para despreciarlo empecé a dar vueltas en su cabeza, y luego le sacudí dos patadas, y luego lo besé en el morro... y aquella misma tarde firmé dos contratas y me corté la melena de león.

—¿Contento?

—Yo necesitaba alimentarme. Además, eso de tener ideas gusta. Mi primera idea fué la de salir de frac y chisterómetro. Fué una invención mía. No habrá quien lo discuta.

—¿Cuáles han sido sus mayores éxitos?

—¡Cualquiera sabe! ¡Con todo lo que me se ocurre se tiran de risa!... Y con lo que se les ocurre a los becerros.

—¿A los becerros?

—¡Claro! Mire usted: en Sanchón de la Sagrada hay una ganadería, la de Don Manuel Santos, que eche usted pa. atrás todas las ganaderías. Y no porque sea un prodigio de bravura. No. No tiene más que media sangre. ¡Pero si viera usted el talento que le dan a los bichos los pastos de Sanchón!... Una tarde iba yo a banderillar a un becerrete de Don Manuel y hacía juguetes a lo «Gallito», hurgándole en las narices con los palos y persignándole. Entusiasmo por lo que se divertía el público, me paré y me puse a saludar; y ¿qué cree usted que se le ocurrió al becerro?

—¿Darle una cornada?

—No, señor. ¡Banderillarme!

—¡Por Dios, Llapisera!

—¡Banderillarme, rediez! Le pegó un hocicazo a los palos y me los clavó en la pantorrilla. ¡Aquí está la señal! Pues ¿y el de

los pasteles? ¡La gracia que tuvo el torillo de los pasteles!... Se había aburrido de soltarme trastazos y de que yo le atizara patás y me huía como al demonio... Y entonces yo, con una inspiración, pedí una silla y una docena de pasteles y me fuí pa el becerro y lo convidé. «Anda, hijo, que estamos de chufra. Come, que yo te aprecio.» Y él me miraba y movía la cabeza. «Vamos, sin cortedá, que tú te lo pierdes. No seas lila.» Y me arrimé otro poco, y olió el pobre la crema, y estiró el hocico, y lamió el pastel, y lamerlo y perder la diznidá de toro fué la misma cosa. ¡Cómo se relamía el ladrón y cómo me miraba! Parecía una vieja golosilla... «Ea, Llapisera, otro poquito. ¡Otro poquito y no pido más!» Y hasta me mordió en un dedo.

—Bien. Pero me está usted contando gracias de los animalitos de Sanchón, y yo quiero que me cuente usted otras gracias. Las que hace usted. ¿Cómo prepara sus sainetes?

—Si no los preparo. Yo soy un artista de inspiración. Voy a la plaza sin saber lo que he de ejecutar. Y sale el toro y me ispiro.

—¿Siempre?

—¡Ah, eso sí! No sé cómo me ispiro; pero me ispiro siempre. Tengo «ocurrencias cómicas momentáneas», como ha dicho un crítico que me ha calao. Lo de pegarme los tiros pa

morirme con el becerro y lo de moverme como el becerro cuando lleva una estocá en la cruz fueron ocurrencias cómicas momentáneas. Está bien dicho eso, ¿eh? Y que me ayudan los toros. El invento mío de más celebridá, el molinete tiple o el molinete interminable--porque dura lo que yo quiero--, lo ejecuto ayudao por los toros. ¿No ha observao usté que al dar vueltas entre los cuernos me hocican? Pues, al hocicarme, sin querer, me ayudan. Cuando hice la suerte delante de Belmonte, se pasmó.

—¿Se reía?

—Con la boca de oreja a oreja. Pero me regaló 20 duros. A Joselito también le gustó mi molinete. ¡Es naturá!

—¿Y qué otras suertes notables ha inventado usted?

—Notable, notable, la de hinotizar.

—¿La de hipnotizar? ¡Pero Llapisera!

—Hombre, yo no soy un Onofró; pero si no hinotizo a los toros, parece que los hinotizo. Ya he hecho la suerte con tres becerros de Santos. Los llamo con un deo y vienen; corro, y corren; me paro, y se paran; señalo pa que vuelvan la cabeza, y la vuelven. . . El público se cree que son bichos amaestraos. Y es que me entra la ispiración. Lo del tango argentino fué otra ispiración de éxito. No

baila el torete; pero parece que baila, ¿verdá? Como tanguemos pegaos a su cuello y nos quiere coger... Son vivezas de uno. Lo del crítico: «Ocurrencias cómicas momentáneas».

—Y con los toreros, ¿cómo están ustedes?

—¡Pchs! Regulá. Y eso que los protegemos.

—¿Ustedes?

—¿No abrimos las plazas en días de trabajo?

—Es verdad.

—Las abrimos y las llenamos. Y, gracias a nosotros, se torea más. Y ni por esas. Al principio todos los toreros hablaban bien de nuestro arte. Y ahora siguen hablando bien Belmonte, los «Gallos» y Vicente Pastor. Los novilleros nos están haciendo fu.

—¿Envidias?

—Hemos contratado tantas funciones...

—Y... ¿producirá mucho la mina? Ya hay por esas plazas un Charlot y no tardará en aparecer un Llapisera. Hambre.

—Sí; pero los auténticos somos nosotros, y cualquiera nos quita 40 funciones este año, y 80 el que viene, y dos viajecitos al otro mundo... Y como vamos por nuestra cuenta a muchas partes, y como no soñamos en ga-

nar millones... Una «torre» en su pueblo para éste, una barraca de lujo para mí, unos miles de pesos para cada uno, y después que siga el toreo cómico. No será Llapisera el que lo critique.

EL HOMBRE DEL PEDESTAL

LAS DOS CORONAS DE DON TANCREDO

LA FE DE BAPTISMO.—EL TOREO DRAMATICO.—DE COMO EL SEÑOR LOPEZ TROPEZO CON LA FORTUNA EN CIENFUEGOS.—LA PRESENTACION Y LA VICTORIA.—LA NEGRA AVENTURA DE SEVILLA.—EL CUERNO, LA PANTORRILLA Y EL SOMBRERITO.—LA PRIMERA CORONA.—LOS TOROS NO SON GATOS, GRACIAS A DIOS.—EN LA CORTE.—EL PITONAZO DEL MIURA, LA FAMA Y EL DINERO.—LA FAENITA DEL TORO DE ANASTASIO Y SUS CONSECUENCIAS.—LA POPULARIDAD; EL AMOR Y LOS MALOS NEGOCIOS.—LOS IMITADORES.—DE CORONILLA.—EL PLAGIO DE LLA-PISERA.

Don Tancredo, que luce en la corbata una perla falsísima del tamaño de una ostra; que sesea un poco al hablar, porque se le han muerto algunos dientes, y que se peina con tufos, como cuando no tenía arrugas, penetra en el «Lion», con su paso chulo y menudito—de bayadera india de verdad, y a la vez de tigre del Grao—, y nos honra sentándose junto a nosotros.

—Le traigo mi fe de bautismo—exclama solemnemente.

—¿Para qué?

—Para quitarle la cabeza a muchos envidiosos que murmuran. ¿No sabe usted que hay quien dice que no me yamo Don Tancredo, que Don Tancredo es un alias que escogí pa darme lustre?... Pues ahora, en esta intervié, que tendrá seriedad, van a caerse con tó el equipo, porque no me yamo sólo Don Tancredo—mírelo usted—, sino Don Tancredo León Pedro Blas Juan López y Martín. López y Martín son ya los apeyidos; pero me parece que hay nombres auténticos, de los que costán en la iglesia, pa escoger. Y ahora, aclarao con documentos ese punto, vamos a la biografía, que nunca me la han sacao bien. Yo fuí zapatero y no fuí zapatero, porque no me parió mi madre pa zapatero. ¿Comprende? De modo que un día solté la lezna y el tirapié y me puse a torear. Pero por lo dramático, ¿eh? Tan por lo dramático, que hubo güey que me dejó en calzoncillos y con las espaldas quebrantás. Y como del arte no sacaba aquí más que porrazos, tomé un vapor y «A la Habana me voy—te lo vengo a decir»—me planté en Cuba.

—¿Y ganó usted mucho en Cuba?

—Na; pero me hice rico, aunque no papablemente, porque descubrí un descubrimiento pa hacerme rico. Escuche y sabrá cómo

pasó. Había ido a Cienfuegos pa torear, si caía una chapuza, y me «introducí» en la plaza, donde daban una funcionciya. Lidiaron dos toretes como su Divina Majestá quiso. Bueno. Y yegó la ultima parte final, que era una mojiganga que, relativamente, se la traía.

—¿Por qué?

—Porque el ruedo—¡mire usted si es idea!—simbolisaba el cementerio de la obra «Don Juan Tenorio», que usted conocerá. Y bien, bien, pa no haber decoración. La sepultura, de bulto, de la monja, con la monja al lao; los pedestales, con las estatuas encima, superiormente blanqueás, sobre todo la del Comendador—«¡Comendador, que me pierdes!»,—que me gustó muchísimo, y, entre las estatuas y la sepultura, paseando, Don Juan Tenorio, la señorita Inés, una que creo que se yama Doña Brígida y el sepulturero, con su azaón y su faroliyo y vestido de época, igual que los demás. Y vino aqueyo que cantan los chiquiyos en Andalucía:

«Salga el toro
del chiquero,
que lo maten
los toreros
con la punta
de la espá...
¡Salga el toro
que no vale ná!»

Y salió el toro, que era chiquitín y braviyo, y, al minuto, estaban, Don Juan, espata-rrao, y Doña Brígida, hecha un globo, en el aire; y la señorita Inés, hecha un trapo, en la arena; y la monja, nadando en las tablas, y el sepulturero, en el callejón, con el faro-lio roto, y las narices esbaratás, mientras que las estatuas se reían tranquilamente del bicho, que se figuraba que eran de marmo. Y entonces me se ocurrió a mí la idea de reirme de los cornúos encaramao en un pedestá.

—¿Y dónde hizo usted el primer experimento?

—En Valencia. Al regresar de Cuba, en vísperas de feria, visité al empresario. «¿Quiere usted una atracción de asolutísima novedá?» «¿Qué atracción?» «Pues la de que un hombre, que se yama Tancredo, aguante, subido en un pedestá, y amarrao de pies y manos, la arrancá de un toro.» El empresario, creyendo que había perdío el juicio, se echó a reir; pero mediá la temporá, y con «perdises» en la taquiya, se acordó del loco: «Hola, Tancredo. ¿Te atreves a cumplir lo que me ofreciste?» «Mañana mismo, y con cornúos, con elefantes o con leones.» Y salí.

—¿Con algún miedo?

—Sin ningún miedo. Riéndome. ¿No comprende usted que yo sabía que si vuela el

Tenorio no vuela el Comendador?... Así es que con mi traje blanco de estatua y con mi cara como la nieve, me subí en el pedestá, y tan tranquilo como si estuviera en el café, ví arrimarse al toro, y pararse, y olerme, y correr pa otro lao, y entonces me moví yo pa saludar a la afición.

—¿Le aplaudieron con ganas?

—Como si tó el público fuera de la claqué. Y me elogiaron más que me aplaudieron, y lo que pasa: me crecí y me puse moños en lo relativo al «cobren», y luciendo estos moños le escribí a las Empresas, y una, que se formó en Seviya, tragó el anzuelo. Pero ¡con qué intenciones lo tragó, y cómo me lo quiso devolver, convirtió en asta de marrajo!... El más «influyente» de la Sociadá, un señor don Francisco Mata, hombre de muchos posibles y muy guasón, pero de los de guasa negra, se propuso reirse de mí, y ¿a que no sabe usted lo que me preparó?... Pues me preparó un toro «sabaneao» en los corrales días y días, que en cuanto divisaba una cosa blanca, aunque fuera una paré, se partía la cabeza a cornás.

—¡Arrea!

—Yo, inocente como una paloma, me planté, cruzao de brazos, en el pedestá, y el toro —que era de Collantes y Bustillo, grandote

y cornalón, no me se olvidará — se presentó divinamente: un salto, una carrerita, otro salto, y, al fijarse en mí, otra carrera, hasta las tablas de mi púlpito. Lo ví yegar sin azararme, y estiré los labios con ganas de reír, cuandó se paró, seguro de que se iría. Pero el «sabaneao» levantó un cuerno poco a poco, rozando el pedestá; me lo pasó por el tobiyo, me lo dejó pegao a la pantorriya, y, al notar la blandura de la carne, derrotó, me hirió en la pierna y me tumbó como a un pelele. Tratándose de una primera cogía, figúrese usté mi sorpresa y mi alocamiento. ¿Qué había ocurrido? ¿Se había equivocao el animal? Pensé esta y otras muchas cosas en un segundo, y me equivoqué también, porque en vez de quedarme agazapao, me espuse a que el bicho me matara a cornás, levantándose y saliendo de naja.

—¿Y no le persiguió el toro?

—No, porque me hizo el quite... ¿Quién se imagina usté que me hizo el quite? El sombrero, mi sombrero de Comendador, que se quedó en el suelo pegando botes y bailando como un trompo, y que, dándole en la nariz al animal, le obligó a perseguirlo. No lo hubiese hecho mejor un torero.

—¿Y le perjudicó a usted la cogida?

—¿Perjudicarme? ¡Si me puso a la altura

del Sol! ¿No ve usted que los aficionaos se creyeron que las cornás eran seguras y que yo no los desengañé, por la cuenta que me tenía? Y al puntazo le debí mi primera corona: la de «Rey del Valor».

—Pero ¿no le asustó el percance, Don Tancredo? Porque usted ignoraba que le habían enseñado al toro a embestirle a las cosas blancas.

—Es que lo supe después. Y que, además, yo soy muy «périto» en el estudio de las ideas de los toros. El toro, créame usted a mí, es un bicho inculto, que no sabe lo que se pesca. Gracias a Dios, los toros no son como los gatos, que saben lo que es un tapete, y un oviyo y una sardina; ni como los perros, que, «dígase lo que se dígase», son unos intelectuales, ni siquiera como los borricos, que en mi opinión, no son tan borricos como cree la gente. El toro es un completo irracional, y de ahí que podamos con él.

—Y siendo un irracional completo, ¿cómo respeta las estatuas?

—Pero ¿es que las respeta, quizás, por el arte? Las respeta porque su instinto le dice que están costruídas en marmo, y que en el marmo se parten los pitones. Y como a mí los toros me toman por un busto de marmo... Pero seguiré mi relación. Aclamao en Sevi-

ya, verifiqué el experimento siete veces, y con mi celebridá nonata en crescendo, aquel mismo año me presenté en Madrí. Con poquí-sima multitud, porque era el 30 de diciembre y el frío pelaba. Ahora que aqueya multitud se entusiasmó de tal manera al ver que el bicho se paró junto a mí, me olió por delante y por detrás y se fué pacíficamente, que se hinchó las manos en el circo, aplaudiendo en mi honó, y que, fuera del circo, me hizo, «gratis y en amore», una propaganda colosalísima. Y yegó la segunda esibición, que fué el día de Año Nuevo, y aunque el frío cortaba más que una navajiya barbera, la plaza se yenó. Y me soltaron un miura, y el miura me miró fijo, fijo, pa machacarme si pestañeaba, y como no pestañeé, sin mala idea, por broma na más, me dió un pitonazo en una espi-niya, tan suave, que ni me derribó, y apretó a correr como un primo detrás de un capote. Y después de eso, figúrese usté: la popularidá, la fama, el espartarazo de los periódicos, los convites, el dinero... Me sacaron en Madrí consecutivamente en doce corridas seguidas, a mil pesetas por función, y empecé yo, confiao, a trazar planes, cuando, por culpa de un sentimiento de bondá, me vino la negra. La negra, que entonces, más que negra fué cárdena, y que luego se puso como el hoyín.

—Cuenta usted.

—En mi esibición número doce, realizada el 23 de junio de 1901, debía yo entendermelas con un toro de Anastasio Martín, y me puse contento en el pedestá, porque, en los corrales, me había parecido nobletón y bravo. El bicharraco, abanto, entró de un brinco en el redondé, se vino pa mí como una centeya, aflojó la velocidá en mis inmediaciones, y pasito a pasito fué acercándose, hasta que me encunó. Yo, con los ojos cerraos, sentía el resueyo del martín en los muslos, y ni respiraba; pero no me valió, porque el ladronazo del cornúo, convencido de que era carne y no piedra lo que olisqueaba, dió una cornaiya, me hizo perder pie, me levantó, me tiró al aire, me volteó dos veces y me dejó en el suelo con una galería suterránea de catorce y pico de centímetros aquí en salva sea la parte trasera.

—¿Y no se movió usted?

—¿Moverme con el susto que tenía, cristiano? ¡Y que cualquiera se movía después de ver lo que yo ví, más muerto que vivo!

—¿Qué vió?

—Pues ví que el toro se le echó encima a mi peón, el «Pollo de Valencia», que había acudido al quite, que lo alcanzó, que se lo pasó de un cuerno a otro, partiéndole la fa-

ja, y que lo arrojó a la arena como se arroja una coliya. Y no se acabaron aquí los terrores, porque el bicho, que çampaba por sus respetos, se revolvió contra mí y me hizo ver las estreyas de un pisotón en las tripas y un palo en el cranio. Y esto fué lo que me mató.

—¿El pisotón y el palo?

—Con la corná y el zarandeo del «Pollo». La totalidá de estas acciones, porque la Infanta, que había ido a armirarme, se emocionó, de lo buena que es, y, pa que no se volviese a emocionar, me prohibieron el experimento, y estuve dos años sin que me tocaran las palmas en Madrí. Pero hinchándome de dinero, porque en provincias me eshibí más de cien tardes y ganando mil pesetas por tarde. ¡Qué tiempecito aquél! ¿Se acuerda usted de mí?... Treinta y siete años, armirao, celebrísimo, populá... Usaba chaquetas de terciopelo, capas de mataor de toros y gabanes de duque, y se peleaban por convidarme. Y hasta escribieron mi función: «El juicio oral». ¿A que no se le han olvidao los cuplés?

«¡Hay que ver a Don Tancredo subido en el pedestal!»

—No, no se me han olvidado.

—Ni se le olvidarán a nadie. Y a mí, que

recogía toas las noches una ovación cerrá en la Zarzuela, carcule usté.

«¡Hay que ver á Don Tancredo subido en el pedestal!»

Y había que verlo, y aquí, pa nosotros dos, muchas lo quisieron ver sin pedestá pa enterarse de sus simpatías en la vida privada. Como la francesa que fué en coche a mi casa pa complicarse conmigo. La Olga Mignon. Mig, con ge, y luego, non. Se pronuncia Mig-non. Pues la señora Mig-non quiso hasta presentarse en mi compañía en el pedestal...

—¿Y gastó usted mucho dinero con ella?

—¡Cá, hombre! ¡Ninguno! ¡Si eso de que yo me he arruinado por correrla es una mentira!... Como yo soy «un previsor», en cuanto encuaderné los primeros biyetes pensé en sacarles el jugo y puse una fábrica de gorras en la caye de San Onofre. Pero, desde que la puse, empezaron a nacer en Madrí los chicos sin cabeza, y, naturalmente, en dos años perdí unos miles de duros. No me desengañé del comercio, y en la caye de la Visitación, en lo que hoy es «La Mezquita», abrí mi colmado; sino que entonces enfermaron del estómago tós los curdas, y me quedé sin unos miles de pesetas. y, claro, se impuso el

diñen. Por añadidura, el pedestá daba poco de sí, porque me habían salido qué sé yo cuantos imitadores, y tuve que forzá la marcha, pa complacé al público, que esige novedá, ejecutando la suerte sentao y de coroniya. ¡Y si usté supiese lo difici que es ejecutarla de coroniya, viéndo al toro al revés—cosa que impone—y sintiendo que la sangre se sube—o se baja, ya que está uno cabeza abajo—al cerebro!... Además, seguí arrimándome al Hospicio y alejándome de la Prosperidaz—y usté dispense el calembur—y en esta situación me desterraron por injurias al señor Gómez, lo cual «que» pudo ser pa mí la puntiya.

—¿Y no lo fué?

—No, porque en Valencia, mi tierra, me agarré al toreo cómico aztual, que está basao en invenciones mías. Me agarré a él acordándome de lo que me había lucido en mi juventú en pantomimas como «El doctor y el enfermo» y en juguetes como «El hombre-yerba».

—¿Qué es eso de «El hombre-yerba»?

—Una guasa que puso de moda su servidó. Salía con muchos manojos de yerba amarraos a to el cuerpo, me ponía en un taburete y soltaban al toro, cuya obligación era pararse junto a mí y comer.

—¿Y comía?

—Unas veces comía antes de voltearme y otras me volteaba antes de comer. Y precisamente el haber sufrido tantos volteos fué lo que me decidió a torear en cómico. Porque el toreo cómico, el que yo he fundao, ganándome mi segunda corona, la de «Rey de la Risa», no consiste en ridiculizar a los astros de la tauromaquia, sino en dejarse coger, haciendo mal las cosas. De mi éxito de fundador ni hace falta hablar. El salir de levita y chistera es invención mía y lo mismo el sacar un «Botones». Y no lo negará Llapisera, a quien saqué de «Botones» y a quien eduqué téznicamente, y que me ha pagao como ya sabe toda España.

—¿Cómo le ha pagado?

—¡Toma! ¿No lo ve usté? Plagiándome y triunfando con lo mío en Madrí antes de que yo viniera. Pero no me quejo. Vivimos en la tierra del plagio y de la ingratituz, y no me quejo. Me contentaré con pelear y ya estoy peleando. ¿Hay una trupe «Charlot-Llapisera»? Pues frente a esa trupe se ha presentao la de «Don León-Mas Lindér». Y como Don León es Don Tancredo, porque mi segundo nombre es León, ¿habrá que decir que no será Llapisera quien yeve el gato al agua?



EL EX SUICIDA



LA SANGRE FRÍA DE SILVETTI .

PUNTAZOS, GOLPES Y CORNADAS

DE LOS VENADOS A LOS TOROS.—LA ENSEÑANZA PRIMARIA.—
EL APURO DE MOROLEON.—VOLTEOS Y COSCORRONES.—
LA PRIMERA COGIDA Y EL ORGULLO DE LA CICATRIZ.—
EN LA PLAZA GRANDE.—EL SECRETO DEL TOREO.—TRES
HERIDAS DECENTES.—LA SALVACION DE UNA PIERNA —
UNA CARICIA Y UN «CORNALON».—MAS PERCANCES.—
EL TORO DE LA ALTERNATIVA.—EN ESPAÑA.—EL BO-
QUETE DE VALENCIA.—PIDIENDO PELEA.

En un quinto piso, al final de la calle del Carmen, en la alcoba de Juan Silvetti. El mejicano, muy pajizo, acariciándose la espesa melena o pellizcándose el gordo y cárdeno labio inferior, contempla las nubes. Charla con lentitud y frialdad, pero amablemente.

—¿Podrá usted torear pronto?

—Aunque no estoy completamente bueno, podría torear mañana. Con menos facultades he toreado. Soy muy fuerte.

—Y que usted habrá hecho una vida muy activa.

—Según.

—En el campo, ¿verdad? ¿No ha trabajado usted en el campo? Eso es muy saludable.

—Sí, será saludable; pero eso de trabajar... No me ha convensido a mí nunca eso de trabajar en el campo. Ni en la poblasi6n, ¿comprende? Una ves me quise aplicar a un ofisio... Sí, sí... ¡Como si yo sirviera pa un ofisio! Otra ves estuve en una mina... ¡Lo que cansa una mina! Y entonses me fuí al Estado de Jalisco, y me hise casador.

—¿De qué?

—De venaos. Daban un peso por cada piel. Corría uno, se divertía uno, comía uno... Y uno era un casador bien mirao, no un minero.

—¿Y cómo se aficionó usted a los toros?

—Porque me dijeron que matar toros produía más. Yo había ido a Guanajuato, que es mi tierra, para ver a mi madre, y allí me hablaron de lo que es el toreo y de lo que da el toreo, y me entusiasmé. Conque, aconsejao por uno que sabía un poquito, ensayé en el matadero, y al mes ya toreaba.

—¿Regularmente?

—Qué sé yo. Estuve de banderillero con un tal San Millán y con «Alvarito de Córdo-

ba», y banderilleaba solo, sin matador, cuando querían los empresarios. Y por haber ido así a Moroleón maté dos toros.

—¿Hirieron a los matadores?

—No. Los matadores no llegaron. Y como yo me brindé a matar...

—¿Y qué pasó?

—Que maté.

—Pero ¿con facilidad?

—Al segundo lo maté con facilidad. Un estoconaso arriba y al suelo. Al primerito, no. Lo pinché mucho, mucho, y con mucha fuerza. Como si hubiera sido una muraya, ¿está? Me dolían la muñeca y el hombro, y, por dentro, hasta me enfadé.

—¿Y siguió usted toreando por su cuenta?

—Sí. De noviyero. Recorría los pueblesitos y procuraba imitar a los matadores de España. A los que había visto, vamos.

—¿Y no le cogían las reses?

—¿Cómo no? Al matar, en los pases naturales y de pecho, en los quites, en las verónicas... Pero no me perjudicaban; porrasos, volteos, contusiones y nadita más. Hasta que un día, en Morelia, me hirió un bicho. Era castaño, cornicorto, chiquitín y muy bravo. Le había dado yo cuatro o cinco pases recreándome, y en uno de pecho me clavó un pitón en el muslo y me derribó. Ahora, que

yo le clavé el estoque en las péndolas y lo derribé también. Y en cuanto me cosieron la cornada, que era superfisial, salí de la enfermería y maté otros dos toros. ¡Me alegré más aqueya tarde!

—¿Por qué?

—Por la cornada. Yo estaba deseandito de que me hirieran pa probar qué era un toerro de verdá, pa que viesen que no tenía miedo y pa lusir la sicatris. Un matador sin cornadas, ¿en qué va a poné su orguyo?

—Sí, es cierto. Y una vez conseguida la cicatriz, ¿no se hizo usted más prudente?

—¡Pero si yo siempre he sido prudente, señó! ¡Si por gusto nunca me he dejao coger!... Lo que pasa es que como el arte tiene sus reglas y hay que cumplirlas, cuando al toro le da por impedí que se cumplan, le coge a uno el toro. Y no hay que asustarse, porque el papel del toro es repartir cornás, lo mismo que el papel del matador es repartir volapiés.

—Repartir volapiés, librando el pellejo.

—Pero sin faltar a las reglas.

—¿Y cuáles son esas reglas?

—Yo no se las diré como un libro, pero las conosco. Pa mí, las prinsipales son no huir nunca y parar siempre.

—¿Y si no se puede?

—Se hace un podé. El secreto del toreo es parar. Evita uno que le rajen los pitones, no con los pies, sino con el capote y con la muleta. Y si fayan el capote y la muleta, a volar. Pa eso hay doctores en las plasas.

—Es que volar es muy peligroso.

—Pero el público ¡lo agradese tanto!... De esa manera me gané yo el cartel de Méjico. A la tersera corrida cobraba 500 pesos, y era el amo de los de mi clase y me desían «el Belmonte mejicano».

—Y con su respeto a las reglas ¿pudo usted torear tres tardes sin averías?

—Y cuatro también. Y si no hubiera sido por un torete negro de San Diego... Pero en la quinta corrida, al rematar yo un quite poniéndole al bicho un codo en el testus...

—¿Un codo?

—Sí. Yo quería apoyar la cara en la palma de la mano, como si me fuese a retratar. Pues, al poner el codo, tiró un derrote el novio y me hirió sobre la primera herida. De modo que ni me gané otra sicatris.

—¿Y fué dolorosa la cornada?

—Algo. Me dolió más la que tomé a la décima corrida, toreando a un cárdeno, de San Nicolás Peralta. Sin enmendarme, aunque me comía el terreno, le largué dos verónicas, y a la tersera me soltó en el brazo tal

puñalada que me yegó al hueso la punta del pitón. Por sierto que, al año siguiente, en Guadalajara, también al engendrar la tercera verónica, un toro castaño, de Guadalupe, grande y con muchos cuernos, me caló en un muslo bien calao. Me quedé sentaito en la arena, igual que en Madrí, tan inútil como un mamón. Pero lo grave ocurrió después. Como la enfermería era pésima y como mi cornada asustó a los dotores, en cuanto me pusieron unas gasas me llevaron en automóvil a un sanatorio, me hisieron la primera cura y me dejaron en una habitación. Recuerdo que aqueya noche me vi yo en Jalisco, vestido de torero y con muleta y espada, junto al toro de Guadalupe, que tenía cabeza de venao. Y me desía el animal: «Silvetti, coge la escopeta o te rompo las tripas.» Y le explicaba yo que los matadores no usan escopeta, y me corneaba él. Así, hasta que salió el sol. Luego pasé tranquilo muchos días, y una mañana, creyendo los dotores que no había despertado, se pusieron a hablar: «Es presiso cortarle la pierna.» «Sí. Ya no hay sensibilidá en el pie.» «Se la cortaremos, aunque se oponga. Hay que salvarle la vida.» «Se la cortaremos, sí.» ¡Figúrese!... Completamente seguro de que me la cortarían, en cuanto se marcharon yamé a la criada, la

puse a mi favó regalándole unas monedas, hise que avisara un coche y que quitase de en medio al portero, que solía beber con frecuencia, y a medio vestir logré fugarme.

—¿Y dónde se refugió?

—En un hotel. El cochero yamó a otro dotor que no se enamoraba de las piernas pa cortarlas, y a los veintisiete días salí andando, y a los cuarenta volví a torear.

—¿En el mismo circo?

—Sí, señó. Estaba tan débil, que me tuve que quitar la chaquetiya, porque no podía con eya, y el quinto bicho, un toro de Gallardo, nervioso y pequeñín, me cogió por la entrepierna al rematar un quite y me sacudió como a un trapo. La herida fué leve. Pero la otra, la que me gané a las dos semanas en la capital... ¡Valiente «cornalón»!

—¿Y cómo se la ganó usted?

—Ejecutando una suerte de lujo. Llevaba dos corridas sin percanse, en lo mejor de mi competencia con los novilleros más desididos, y una tarde, loco porque tó me salía bien, quise dar el quiebro de rodillas. Y lo di, vamos, le inisié, porque el toro, un castaño cornigacho y grandóte, me hundió en la ingle dies sentímetros de asta y me arrastró como un perro a un conejo. Verdá es que yo perdí el sentido.

—¿Y tardó usted mucho en curar?

—Serca de dos meses.

—Pero, sano, de seguro que no pasaría usted tanto tiempo.

—No. Sano pasé un mes.

—¿Y dónde adquirió usted la nueva cicatriz?

—En la capital. Entré a un quite, salió rebotado el toro, un berrendo de San Nicolás Peralta, y me abrió en el muslo izquierdo, una cañería de dose centímetros. Pero después, ¡tuve una suerte!... Me arrimaba más que nunca con el capote y con la muleta; me dejaba caer encima de los bichos para matarlos, y los bichos, como si tuvieran los cuernos de pan, ni me rompían la piel.

—¿No acertaban a cogerle?

—¡Claro que acertaban! ¡Todas las tardes! Y me habían volar y me golpeaban con los cuernos y con las pesuñas. Pero sin herirme. Así toreé veinte corridas.

—Es portentoso.

—Como que yo estaba asombrado. Pero llegó la tarde de mi alternativa—me la dió Luis Freg, con toros de Piedras Negras— y se acabó la suerte. Había toreado y matado con poco asierto, y para lusirme con el último animal, que era bravo, lo recibí con un pase de pecho, lo quebranté con tres natura-

les y, al girar en un molinete, me enganchó; pero, sin sentir el puntaso, con una rabia que me segó, me levanté de un bote, igualé con el cuerpo al bicho y le metí la estocada más grande que puede meterse. Y se cayó como un árbol y yo me gané sus dos orejas. Y en seguida cogí el vapor pa España.

—¿Con dinero y con recomendaciones?

—Con 8.000 pesetas y con una carta pa Juan Manué, el apoderao de Belmonte. Juan Manué me sacó en Barselona; de Barselona fuí a Valensia, y en Valensia un bicho de Palla, grande, cornidelantero y bravo, me hiso un boquete en el pecho que asustó a los doctores. Ya sabe usté que el asta me partió la pleura y el pulmón y que tuvieron que quitarme un poquito de hueso de las costillas. Pero sin ese poquito se torea bien, y la prueba es que toreé yo con la herida abierta.

—Y miuras, si no me equivoco.

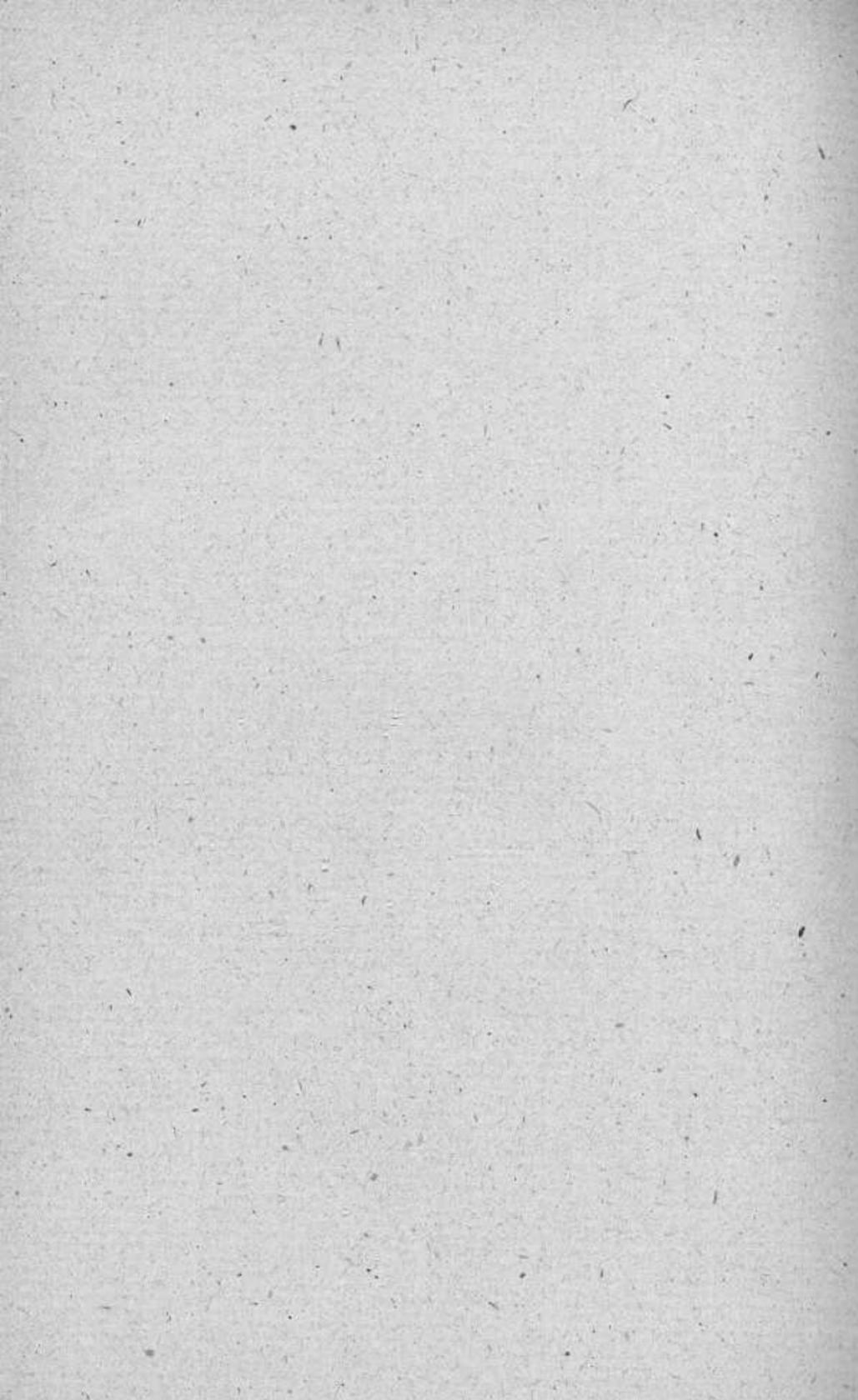
—Sí, señó. Por sierto que uno me desabrochó el chaleco de un pitonaso.

—¿Y aun no se ha asustado, Silvetti?

—Hasta ahorita, no, señó. Los toros de aquí son más duros que los de mi tierra; pero todavía no he tenido miedo... y me parese que, por mucho que me cojan, no lo tendré. Como es inútil afligirse, no me aflijo. Ya lo verán cuando me saquen en Madrí.



EL COMERCIANTE



CALCETINES Y MULETAZOS

LOS TRIUNFOS DEL «CAMISERO»

¿HAY ALGO QUE MATA?—SIN CATARLAS.—EL «POLLO RELLENO».—EN EL ATAUD.—LOS SOTOMARINOS.—LA VIRGEN DEL ROBLEDO Y EL SEÑOR DEL GRAN PODER.—EL SUIZO DEL MALETIN.—EN LIMA.—DOS COSTILLAS, UN PAQUETE Y UN BUEN JUEZ.—JIPIS, SEDAS Y CALCETINES.—EN CARACAS.—EL TALENTO DE «BIENVENIDA».—LA CORRIDA INTERNACIONAL Y EL VOLAPIE DEL NEGRO.—EL SEGUNDO PERCANCE.—EN LA HABANA.—UNA JUERGA A LA ESPAÑOLA.—EL TERCER PERCANCE.—EL ESCEPTICISMO DE LA AFICION.

—¿Es el «Camisero»?

—¡Sí, hombre! ¡El «Camisero» es!

—¡Eh, «Camisero»!

—¡Por aquí, Angell

Y unos cuantos señores de los que frecuentan el Lion se levantan para saludar al simpático torero, que, con las cejas más espesas que cuando se marchó, con los labios hinchados, con un diente de menos y con

una flamenca cicatriz en la barba, formula su pregunta de siempre, como si el día antes hubiese estado en el café:

—¿Hay algo que matá?

Los amigos se ríen. No, no hay nada que matar. Ni una chinche, ni una pulga, ni una rana... Y nadie se acuerda de los toros, porque sabido es que los toros sirven para que se enriquezcan Joselito y Belmonte con fabulosa rapidez, para que otros espadas de categoría reúnan pronto el millón y para que el vulgacho de trenza coma y presuma. A los «Camiseros» que por descuido no triunfaron, pudiendo triunfar, no se les menciona. No, no hay nada que matar. Ni una corredera, ni un caracol, ni un ratoncillo. Y tampoco hay nada que hablar... y así lo reconoce el varón del diente de menos y de la flamenca cicatriz.

—Si yo tuviera tronío—exclama—, vaya una interviú que podíamos hasé.

—¿Le han pasado cosas interesantes?

—¡Colosalísimas! De gracia y de desgracia. Y de suerte y de peligro y guasonasas... Pa tós los gustos.

—Pues venga de ahí.

—¡Ole! ¿Empieso por el viaje?... Porque tiene que contá er viajesito. Usté jugará. Como no las cataba—hablo de las corrias—,

a pesá de la proterción del fenómeno y de su apoderao, Juan Manué, ar cuá, por tené tantísimo buche, le desimos er «Poyo reye-no»... Ponga usté lo der «Poyo reye-no», que es un puntaso pa Juan Manué... Pos digo que, como no las cataba, lié los bártulos y salí de Madrí. Me había gastao 800 pesetas —¡pobresitas de mi corasón!— en un biyete de segunda pa er «Bolonia», de la Veloce, que debía dejarme en Panamá, y fuí a Barcelona a fin de cogé er barco. Bueno. ¿Vamos a sartá sobre un insidente de guasa negra que me puso las tripas lo mismito que la pes?

—¿Con los del «Bolonia»?

—Con los der «Bolonia», que, tomándome por un bolonio, ¡mar tiro les den en er tacón de un sapato!, quisieron sacarme un 25 por 100 de má. Pero los convensí, y ar vapó. Y aquí emprinsipia Cristo a padesé.

El «Camisero» enfosca las cejas, se rasca un poquito la cicatriz y continúa con irónica gravedad:

—Usté habrá visto un ataú—¡lagarto, lagarto!—, ¿no es eso? Y a usté, como a ca hijo de vesino, le jeringará un ataú y no querrá meterse en semejante paletó, ¿verdá?... Pos figúrese mi alegría cuando vi que er «Bolonia» era una caja e muertó. ¡Madre de mi

armal! Si estaba tó tan negrísimo que jasta er má paresía de betún. Las pinturas blancas, teñías de negro; los palos, teñíos de negro; los metales, teñíos de negro; er título der vapó, teñío de negro. Y ensima, pa un trasarlántico iguá que una caye, dos luses como dos mariposas. Conque, escamaíyo, voy y yamo a un camarieri: «¡Eh, camarieri! ¿Me quie usté desí por qué está esto tan oscuro? ¿Me he metío yo en un barco o en un tintero?» Y va y sarta er camarieri: «¡Los sotomarinos!» ¿Los surmarinos? Mire usté, me quedé helao. De modo que a un hombre desente que ha pagao 800 pesetas, ¿lo pué ajo-gá un surmarino? ¡Toavía no sé cómo no me eché abajo der vapó! Pero, en fin, le ofresí dos misas a la Virgen del Robledo, patrona de Constantina, donde yo nasí, y serré er pico. Sarpamos. Los viajeros, que eran quinse y que no me ganaban a való, mosqueaos por la escuridá, se encaran con un ufichale—ya ve ústé que he cogío argo de italiano—. «Señó ufichale: que no hay manera de navegá sin lú, que pué ocurrirnos una esaborisión.» Y sarta el ufichale, como el camarieri: «¡Los sotomarinos!» Me se abrieron las carnes; le ofresí otras dos misas ar Señor der Gran Podé, de San Lorenzo, de Seviya, que, como usté sabe, es el amo, y no seguí ofresiendo

porque, como yo soy güen pagadó, caí en que iba a torea pa los curas.

—Y ¿le duró mucho el miedo?

—Más que un pantalón de pana. A mí y a tós. Y con razones: Escuche usté. Yo, que caí en grasia, me pasé a primera de primera—donde va uno de primerísima—con er consentimiento der capitán—ar que en italiano se le dise comodoro—y me hise amigo de los pasajeros, que, por si había que diñarla, nos tratábamos con una confiansa fraterná. Pos, hijo mío, que entre los pasajeros había uno casurrón, mal encarao y misterioso que se nos atravesó. Le preguntaban en fransé, y ná; en alemán, y ná; en italiano, y ná; en españó, y como una piedra, porque el mal encarao, que era suiso, no hablaba más que en suiso. Y uno de nosotros, un D. Jesú der Corrá, diputao colombiano, que había venido a Barselona a echá discursos sobre la madre patria y toa esa pesca, se fija en que er suiso yevaba un maletín y en que dormía con er testú sobre er maletín, y se nos mete en la cabeza que er suiso era un espía alemán y que con er maletín iba a volá er vapó.

—¡Peró, hombre!

—Lo que oye usté. Conque nos reunimos, nombramos una comisión de nuestro seno, y voy yo, que nunca he tenío pelos en la len-

gua, y le largo ar comodoro: «Señó comodoro: mire usté que ese tío de Suisa, que ni habla ni paula, ni suerta su maletín, es er terró. Mire usté que no quíe contestá ni por señas y que esto es pa que se ponga cabra er mismo Sí, y mire usté que estamos más que cabras y que aquí no hay quien pegue un ojo.» ¡Cómo diría yo esto, que impresioné ar capitán!

—¿Y qué hizo?

—Pos mandarle a un marinero que no se apartara un jeme der tío del maletín... que luego resurtó una beyísima persona, más inosente que una vaca de su tierra. Las equivocaciones der soruyo, amigo.

—Y dígame, ya que ha nombrado al «soruyo»: ¿Se lo dejó todo en el «Bolonia»?

—¡Quite usté, hombre! ¿Qué persona racioná anda por el mundo sin mieo, sobre tó si torea? Pero ar mieo, cuando no se pué elegí, se le vense, como lo vensí yo en Lima delante der toro. Por la novedá me dieron dos funsiones: la primera con bichos de Oliva, que son los miuras limeños, y la segunda con ganao de Asín, que no pué con el rabo y es nobletón. Güeno. Pos «tararí» y sale er mardita arma de oliva, que así no hubiera salió nunca der vientre de su madre, porque tenía un olivá en la cabeza. Y a vé los hombres.

¡Pun!, vengan verónicas, y ¡pun!, vengan quites, y luego, ¡pun!, vengan muletazos, y después, ¡pun!... venga árnica.

—¿Cómo árnica?

—¡Tres costiyas que me hundió er ladron-sísimo del cornúo! Y er caso es que a la Empresa le gustó la suerte, porque me quiso orsequiá en la sugunda ershibisión con más güeyes de Oliva. «¿De Oliva? ¡Alíñelas usté pa entremeses!». Y no tragué er paquetaso, y cobré sin toreaá, gracias a un juesesito que visa las contratas: el doctor Flore, que es una rosa de oló.

—¿Y se marchó usted?

—A Panamá. Pero «aliquindoy» pa defenderme, porque el negocio torero no hervía. Y así, desembarqué en Catacaos y compré 200 jipis, y en Curaçao me hise de un sinfín de carsetines chinos, de seda, que quitaban er sentío, y cuando yegué a Caracas tenía además unas piasas de seda y unas corchas, también de seda, que no las habría despresiao un mandarín, y esto me sarvó. ¡Figúrese usté lo que es pasarse dos meses parao, contándole chascariyos ar «Chiquito de Be-goña», mientras el «Arcalareño», por su való, y «Bienvenida», por su talento, se jar-taban de toreaá!

—¿Por su talento?

—¡Por su talento! Pero usted ¿no sabe lo vivo que es «Bienvenida»?.. Tós los escapates los yenó de retratos suyos presiosos, con letreros chipén. «Bienvenida» el Papa Negro»; «Bienvenida», el único que compite con Bermonte y Joselito.» Y debajo de un retrato, en el que estaba de esmokin, ponía: «Bienvenida», bachiyé en artes, matadó favorito de la aristocrasia.» ¿Quién iba a luchá con un hombre así? Er «Chiquito» y yo, ni resoyábamos. Y menos mar que yo, con una suerte fenomenalísima, vendía colosarmente a los particulares. Argunos días vorví al hoté destocao ocho veses porque vendí ocho veses en medio de la caye er jipi que yevaba de muestra...

—¿Y no toreó usted?

—Sí, hombre. La corría internasioná. Salimos er «Niño», un negro más negro que er joyín, por Venesuela; por Méjico, el «Reverte mejicano», que es amariyo tirando a verde; por el Perú, Cerruti, que es cobriso, y por España, un servidó. Una ensalá de colores. Er negro se vió negro; pero mató un toro por las abujas como si no hubiá sío negro.

—Y España, ¿cómo quedó?

—A güena artura. Subí por el aire, iguá que un rejilete, lo menos sinco metros.

—Pero ¿se volvió usted loco en América?

—Representando a España, me güervo yo loco aunque sea en los Chirlos Mirlos, y a mucha honra.

—¿Y cómo fué el percance?

—Pos verá usted. Cogí la siya pa cambiá, porque en eso—póngalo usted sin modestia—sigo siendo el amo, y me senté, y mú retrepao y mú tranquilo, pero mú retranquilo, sité. «¡Juu!» Er toro, que estaba pronto, me se arrancó, y cuando me levanté pa quebrarlo noté—¡mire si es patal!—que la siya, ¡mardito sea su corasón!, me se había pegao ar reondé póstumo. Yo, sin preocuparme, debí quebrá con la siya en er misferio o juí; pero ¿y el ridículo?... Conque me echo una mano atrás, y atiento un clavo, ¡mardito sea su padre!, y en aquer momento yega er toro como un esprés, y ¡purrumplún!, ar vasío.

—Pero eso ¡es horrible! Ha salido usted a trastazo por función.

—¡Ajolá! Porque el más gordo, el que me hundió cuatro dientes, y me quitó un cormiyo, y me hiso un tune en er sielo de la boca, me lo mamé en una juerga, y en un sitio—me pongo colorao al declararlo—donde no hay toros. Sí, señó. En la Habana. Yo fuí a la Habana porque perdí un vapó; es desí, que

me yevó mi mala suerte a la Habana. Ya en er puerto sudé tinta de calamá pensando en que me quitaran mi contrabandiyo. Figúrese usté que aqueyos güenós hombres de la Aduana se empeñaron en ver una espá. Y ¿cómo iba yo a tirar de una espá si toas estaban liaitas en carsetines chinos? Pero salí con bien der transe, me colé de guagua en la poblasión y aquer mismo día conosí a unos seviyanos, de los que me hise amiguísimo. ¡La pata, hombre!

—¿Cómo la pata? ¿Eran malos?

—La fló de la canela. Tan superiosísimos, que organisaron en mi honó un juergaso, con un beserro y tó, esponiéndose a que los metieran en chirona, porque los yanquis persiguen ar toreo más que a la fiebre amariya. ¡Que no hubieran ajorcao al beserrito! Pero ¡qué beserrito, si era un chácá! En cuanto me vió en er suelo—porque me caí ar suelo en un lanse—, fué y se echó ensima de mí como una senteya, y no me quiero acordá. ¡Yo creí que me había facturao una mandíbula!

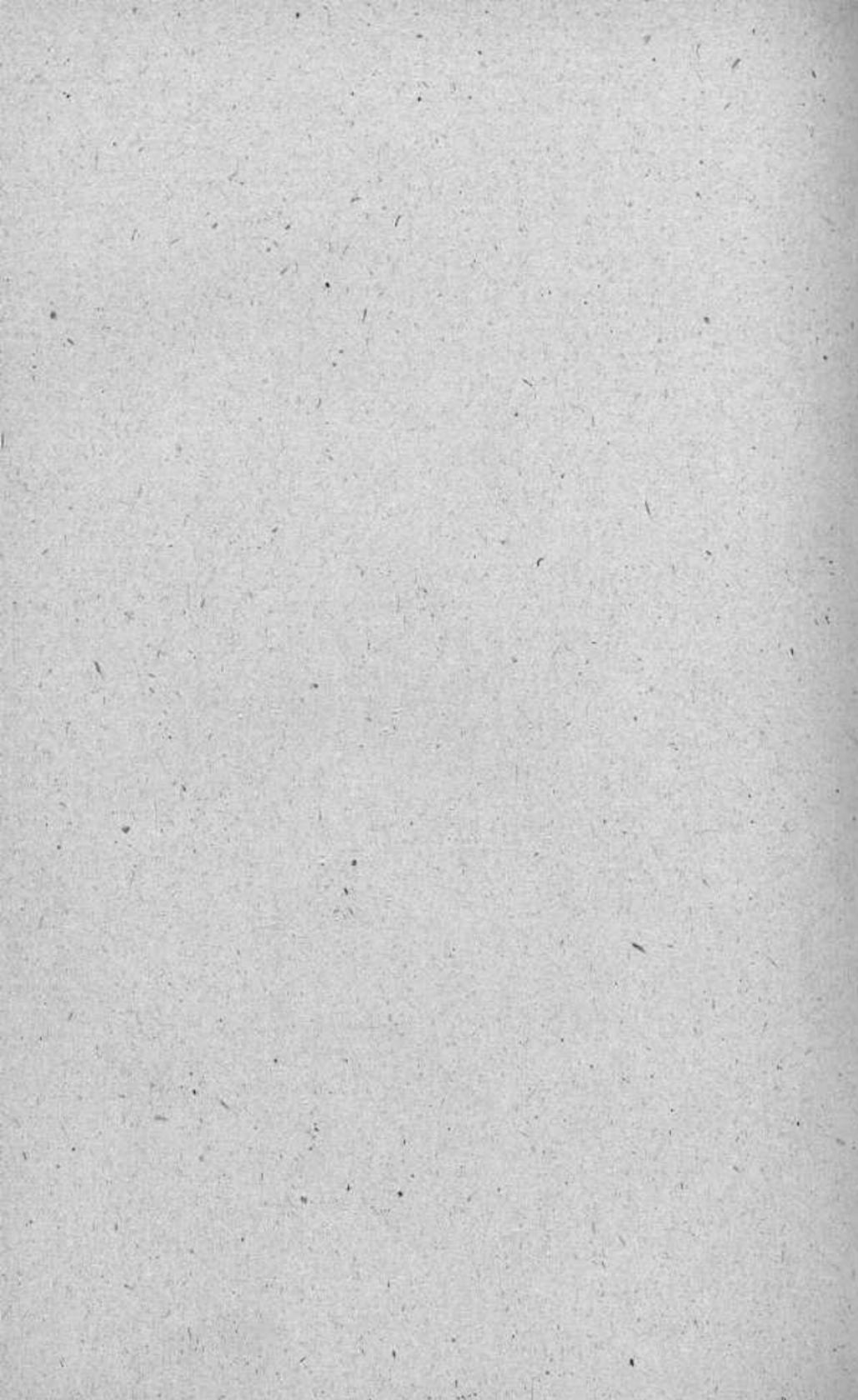
—Pero ¡qué desgracia!

—Pos no es eso lo peó. Lo peó es que los afisionaítos han tomao a chufila el percanse. «¿Te has enterao de que han cogió ar «Camisero?», dise uno. «¿Donde?» «En la Habana.» «¡Pero si en la Habana no hay toros! «Pos

mírale la boca y le verás la hería.» «¡Le habrá pegao dos palos un munisipál!» ¿Eh? ¿Tiene o no tiene cáscara la cosa? Sea usté torero con esta afisionsita.



EL LUCHADOR



MONSIEUR SUÁREZ

BRAZOS CONTRA CUERNOS

MONSIEUR SUAREZ ES EL «SEÑO MANUE».—LOS PUÑETAZOS DE ADORNO DEL «MARINERO», DE ALCALÁ.—POR AMÉRICA.—EL «TRONI» Y EL BOXEO.—REVERTE Y EL TORO DE MARAÑÓN QUE SE FUGO POR UN TEJADO.—MADAME MELANIE, LA PROSPERIDAD Y LA «QUENA» VIDA.—¡LA PICARA GUERRA!—OTRA VEZ A LUCHAR.—LA LUCHA ES DEMASIADO SERIA.—CONDICIONES QUE HA DE TENER UN TORO PARA QUE SUAREZ SE ATREVA CON EL.—LA BRUTALIDAD DE LOS CORNUDOS DE PURA SANGRE.—VALLADOLID Y UTIEL.—EL BICHO DE MADRID.

—¿Quiere usted conocer a Suárez el luchador?... ¡Eh, Suárez! Acércate, hombre! El señor «Parmeno».

—Tantízimo guzto.

—¿«Tantízimo guzto»? Pero ¿ha aprendido usted a hablar en andaluz?

Monsieur Suárez, que es un cuarentón cen-ceño, morenote tirando a rojo, con los ojos azules y con los dientes muy blancos, sonríe con esa inconfundible expresión de timidez

y cortesía que delata al campesino sevillano, y dice:

—Amos a precindí de lo der muziú. Zon guazas de mi apoderao, ¿zabe usté?... Mi apoderao, que chanela de las cosas der mundo, fué y me dijo: «Zuare, en esta tierra, pa zubi hay que zé estrajero. De modo que, ya que has vivío en Fransia, jate er muziú.» Y como vide que hablaba como un libro, pos me hice er muziú.

—Pero ¿sabe usted francés?

—Como zaberlo, la verdá, lo que ze yama zaberlo, no lo zé; pero ar fin estoy cazao con una fransesa, y ya comprenderá usté que argo me ze ha pegao. Y con eso y con no abrí er pico... Ahora, que en las luchas me acaloro con los animales y me ze orvida tó er fransé. Pero ezo es iguá.

—Dé manera que usted...

—Yo zoy de Arecalá del Río, paizano de Reverte... ¿No ze acuerda usté del «Marinero?... Zí, hombre. Manué Zuare «er Marinero». ¡Pos zi tuve un «dibú» en Madrí de lo más zonaísimo!... «Don Modesto», que en gloria esté, escribió: «Ar zesto con ná lo mata a puñetazos er dibutante.» Y es que traía yo de mi pueblo una valentía... ¡me caigo en los moros judíos!... Ezta mano me ze esgonzó de atizarle gofetones a los toros.

—Y ¿para qué los abofeteaba usted?

—Pa adornarme, criatura. Hacía un quite. ¡Pim! Gofetón en los jocicos. Hacía otro quite. ¡Pam! Gofetón en er testú. Daba un pase. ¡Pom! Cate en la calamocho. ¡Zi venía yo jovenzísimo y rabiando de valiente! Me ze hinchó la mano de un modo...

—Y ¿cómo no se impuso usted?

—¿Zin ayuda, cristiano? Si me hubiera protegío Reverte...

El ex «Marinero» se tira melancólicamente de la nariz y calla unos instantes; pero se domina al momento y, encogiéndose de hombros, prosigue:

—En cuantito que me vi borrao, zalí dando cambayás por ezos mares de Dió y me plantifiqué en América. ¡Y vaya caló en América! Ayí lo mizmo zaca uno arreándole gofetás a los toros que matando cotorras. ¡Vaya ducas, amigo!... Jasta que en Várparáiso, República de «Chili», me topé con er «Troni». Er «Troni», un torero viejo de Zanluca, que zabe más que las ratas, era el imprezario de la plaza e toros y ze ganaba los duros con er bozeo. Me alcuerto de que entonses un chileno y un negrito como un güey ze zumbaban ca trompá que ze le arrugaba el ombligo jasta a la Intermerata. Conque le digo ar «Troni»: «Oye, Troni: ¿quiés jacerte

poderozo? Pos no tienes más que anunciá, dezpué der bozeo, la pelea de un noviyo con un ciudadano ezañó». ¡Loco ze gorvió er «Troni»!

—Y usted, ¿había ya luchado con algún toro?

—¡Digo! Vera usted por qué. Reverte, que tenía en su caza una placita pa enzayarse, le compró un toro a un zeñó Marañón, un rica-cho de ayí. Güeno. Pos zale er toro, que era una gayina de manzo, y nozotros lo dezafiamos, y aparta a corré. «Ju, ju, ju.» Y er toro corre que corre. «¡Ju, torooo!» Y er como zi le dijeran pringe e zorra. Y de pronto, tira unos palos que tapaban un bujero, ze cuela en un corrá, ze zube por un montón de escombros—porque estaban haciendo obra—a un tejaiyo, paza der tejaiyo ar tejao, y cuando yo me zubí detrás de er eztaba recreán-doze, como un canónigo en un miradó, en contemplá la plaza der pueblo y el río.

—¡Vaya un toro indecente!

—Y chiflao. Tan chiflao, que ze tiró a la plaza, como zi quisiera zuisidarse, y apretó a juí, después del jardazo, con más patas que un poenco. Pero a lo que vamos. Lo perzequimos, Reverte en una jaca y los demás a pie, y Antonio, que lo arcanzó antes, le puzo la barriga en er teztú, lo trincó por los cuer-

nos y así estuvo aguantando cabezás hasta que er manso ze rindió. ¿Comprende uzté ahora el por qué de mis luchaz? Yo, que por diversión había hecho lo que Reverte con toros de España, ¿no lo iba a hacé con toriyos americanos?

—Y ¿ganó usted mucho?

—Regulá tar cuá. En Fransia tampoco me fué mu dezesperamente, y como me casé con asierto... Mi zeñora, madán Melanie, es conosidísima en Madrí. Tuvo más de cinco año un tayer de modizta, de lo zuperió, zuperió, en la Carrera, y nos retiramos a Fransia con tanta comodidá como los primeros; pero la cochina guerra... Y que quiere uno andá junto a los toros. ¿Zabe uzté lo que tiran los toros?

—¿De manera que usted lucha con toros? Yo creí que luchaba con becerros.

Suárez pone en su réplica un magnífico desdén:

—¿Con beserros? Me sardrían cuarenta mil imitadores, como ar Rey der Való. No, no... ¡Con toros! Yo no soy una irrisión, ni hago una irrisión. ¡Toros! La lucha es demaziao zeria y ca día va a zer más zeria. En las plasas lo que vale es la zeriedá, porque la zeriedá trae la emosió, que es lo que ze paga. Er público zuerta la mozca pa que le tenga

usté sin rezoyá de puro azustao... ¿Rezueya por zu curpa de usté? Pos ze mete con usté, y chanfli.

—Y ¿no resuella con usted?

—¡Ca, hombre! Yo me prezento zolene-mente, deztocao, con mis pantalones cortos, mi camiseta—porque con americana no tendría zortura —y mis medias de biciclizta. Er público, que en toas partes ze figura que yo zoy un cameyo, en cuanto mē ve ze pone a rajá, tirando a rebajarme. «¡Ay qué tíol!» «¡Pos si no vale un riá!» «¡Lo va a jacé astiyas er toro!» Y sale er toro, y un peón le da dos carreras, y sito yo y ejecuto dos o tre verónicas. «¡Ju, toroooo!» «¡Je, toroooo!» Y ze para er toro, y al pararze er toro ze acaba lo del rajá, porque voy yo y tiro er capote, y me zampo en la cuna, y me agarro a las mazorcas y ya no se oye más que er zumbío de las avispas, donde hay avispas. ¡La emoción der zusto, camarál!

—Y... ¿se asusta el toro?

—Ze azusta. No vaya usté a creé. Er toro no es tan animá como parese, y ezo de que le cojan la vé le procupa. Zino que ze le paza la preocupación y empresipia a defenderze con tós sus reaños, y ahí disen que está lo bonito:

—Y ¿qué es lo bonito?

—Pos lo bonito es verme a mí zamarreo, como zi yo fuera una rata y er toro un perro, y ver al bicho que cabesea iguá que si eztuviera loco, y ver que mis brazos se pegan a los cuernos lo mismo que lapas, y ver que por fin er toro, dezengaña, ze rinde. Porque ezo ez lo mío: rendí. Lo de creé, que yo derribo ar toro ez una incurtura. Yo lo deixo irmovi y me contento.

—¿A todos los toros?

—Hasta er día, a todos, menos a dó, que me dejaron irmovi a mí. La verdá ez la verdá y no ocurto que he perdío dos luchas. Y añado que escojo los toros.

—¡Aaah!

—¡Naturarmente! ¿Voy a peleá con un toro corniapretao? ¡Me echaría las morcones afuera! No. Yo escojo un amigo ancho de cuna y que pese de 18 a 20 arrobas, como loz que matan los fenómenos.

—De más arrobas ¿no?

—No, porque podría no canzársele nunca er pezcueso, y entonse, como se dice vurgarmente, «a resá los cabayeros y las damas a cosé». Pedir toros de 30 arrobas zería también una incurtura. Y otra toavía mayó empeñarse en que me zortaran bichos de cazta. No. Er bicho ha de ze de media zangre, y franco, y con la inosensia der que no zabe

ni lo que ez un capote. Ezos zon los que ze dezengañan con prontitú.

—De modo que los de pura sangre...

—¡Diablos coloraos! ¡Veinte cornás por minuto, y cincuenta botes y una de carrras!... Y eche usté fuerza. Y luego afloje usté una mano o maréeze usté, ¡y er santolio! Con animales de eza conformidá he perdío mis dos luchas

—¿Dónde?

—En Vayadolí y en Utié. ¿Pa qué ocultarlo? En Vayadolí, un zobrero de las corrias, me paece que de Pablo Romero, colorao, con cinco años y con 26 arrobas, me arreó un tantarantán de tar manera enorme, que me zorté, caí como una rana y cuando quize defenderme ya tenía un regalo de nueve sentímetros en un muslo. Y en Utié, un bichito de Flores, hijo de otro de Murube, me arreó también candela de firme. Pero no importa. Que me pagen y lucho con un toro de caza, aunque zea de Miura. Todo es custión de dinero.

—Y ¿de quién es el de Madrid?

—De un tar Don Manué Zanto. Es un toro castaño, güen mozo, con er número 23. Ze parece un poquiyo ar de Marañon que ze escapó por el tejao; pero tiene cara de valentón.

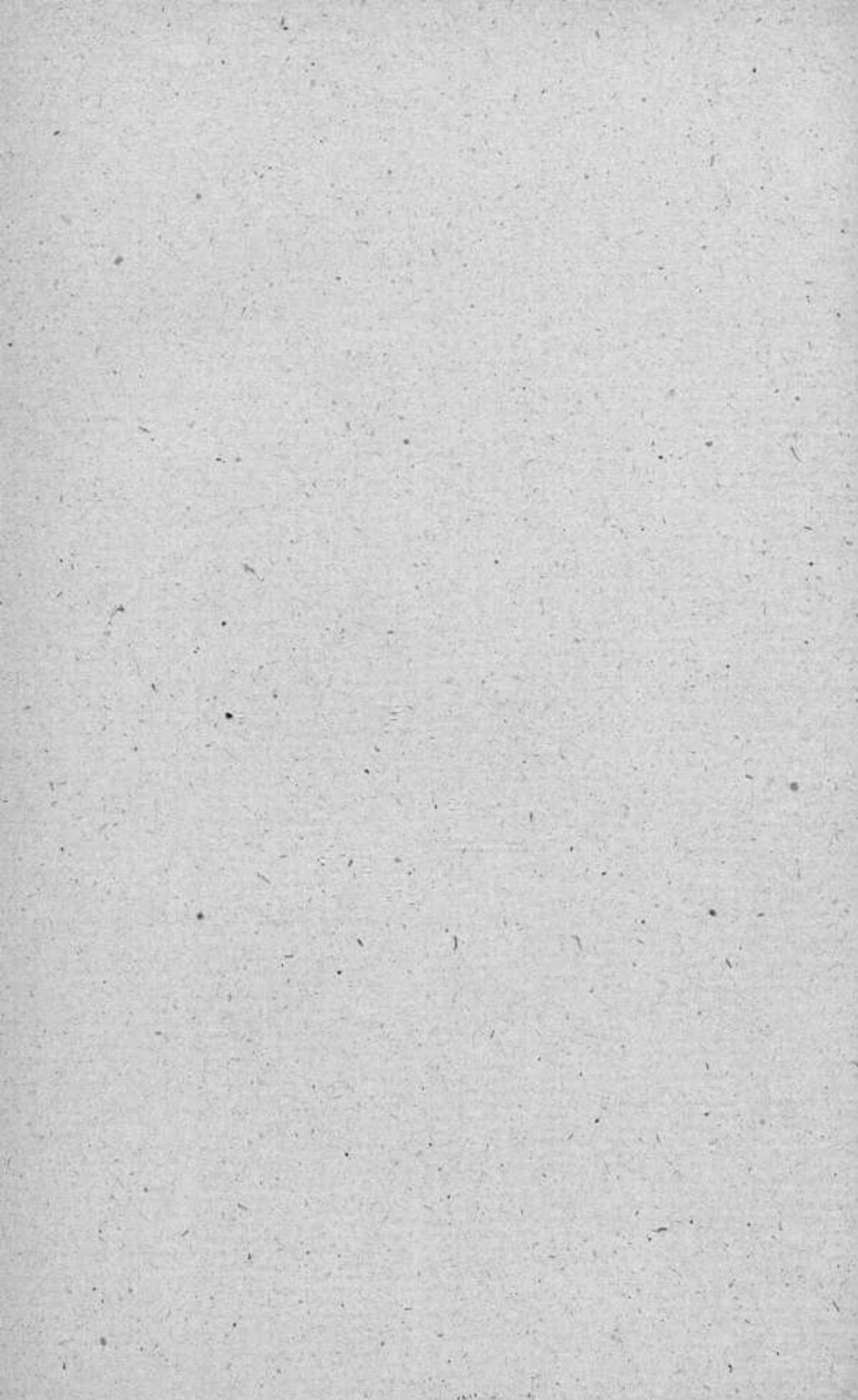
—Pues ojo. A ver si desciende de algún hijo o nieto de un pura sangre y pierde usted otra lucha.

—¿En Madrí y con la importancia de Madrí?... ¡Aunque fuera tataranieta de «Perdigón»! ¡Lo que ez como no me ze caigan los dos brazos! Ya verá usted er domingo.

Y Suárez, mirándose las muñecas, se ríe.



EL COMICO



DE «MALETA» A COMEDIANTE

EL TORO DE HIDALGO

EL NUEVO PAPEL.—LOS TRIUNFOS DEL IMITADOR DE TOREROS.—LA EXPLICACION.—LOS BILLETES DE TOPE, LOS AYUNOS, LOS APLAUSOS Y LAS PEDRADAS.—LOS ESTOCONAZOS RECIBIENDO.—UN MES EN LA GLORIA.—LA ENTRADA EN SAN SEBASTIAN DE LOS REYES.—«LUCERITO», EL TORO DE MARFIL.—LAS NOTICIAS DEL VAQUERO.—EL MILAGRO DE LA VERBENA: UN TORAZO QUE HABLA.—LA MUERTE DE «LUCERITO» Y EL ESTRENO DE «EL MEDIO AMBIENTE».

Hidalgo, fingiendo la cojera de los callos, como si estuviese en escena junto a «Margarita la Tanagra», bromea con las meritorias, silba mejor que un mirlo y se ríe para celebrar los más letales chistes, mientras sus ojos brillan de júbilo.

—¿Qué alegría es esa, amigo Hidalgo? ¿Le han subido el sueldo?

—Me lo subirán.

—¿Ahora?

—En cuanto estrene el papelón que me van a escribir Torres y Asenjo. Figúrese usted: un torero de Madrí, al que le dicen «el delirio de Pardiñas», que es guapo y que tiene cada golpe como un martillo pilón... ¡Una insignificancia!

—Y, ¡claro!, usted, después de su triunfo en el picador de «Goyescas»...

—Y después del que conseguí en el gañán de «El medio ambiente». Aquel gañán que quiere ser torero. ¿No se acuerda usted? ¿Ni del tipo que hice en el mayoral de «Los ídolos»?... No es que fueran cosas fenomenales; pero, vaya, dentro de mi categoría...

—Sí, hombre, sí; me acuerdo del picador, del mayoral y del gañán.

—En tratándose de gente que toree o que sea aficionada a los toros...

—¿Y por qué causa interpreta usted esos papeles con tanto acierto?

—¡Toma! Por lo que conozco el paño. ¿No sabe usted que yo quise competir con «Bombita»?... Fué mi chifladura.

—A ver. Cuente, cuente. ¿Ha toreado usted alguna vez?

—¡Natural! ¡Como que he sido torero!

—¡Usted!

—Yo mismo. Pablo Hidalgo, su seguro servidor. Torero. Eso del toreo es lo más

peligroso del mundo. Tira usted un capotazo, y se emborracha usted, y empieza usted a soñar con billetes grandes, y con automóviles, y con cortijos, y ya no hay remedio para usted. ¡Lá locura!

—Y usted ¿enloqueció?

—Como siete cabras. Mi familia, para curarme, se encomendaba a San Mamporro y a San Benito de Palermo con una frecuencia aterradora; pero yo, para librarme de la familia y de los santos de su devoción, tomaba el tole y me estaba semanas y semanas por esas tierras.

—¿Toreando?

—Si se podía... Ibamos «Punteret», que toreaba finísimamente y con mucho valor; Veguita, el banderillero, que hoy se luce en la cuadrilla de Gaona, y Antonio Iglesias, que también trabaja con el mejicano.

—¿Y se divertían ustedes?

—¡Ah! Mucho. Sobre todo cuando vendimiábamos una viña sin que nos viera el guarda. Gracias a las viñas no muere el arte taurino.

—¿Pues?...

—Porque sin viñas se morirían los aficionados, que son muy duros, pero que no se atreverían a comer zapatos viejos, cortezas de árboles o pajotes, que es lo que encuen-

tran en sus caminatas. En cambio la uva... ¡Cuidado que sienta bien! Se pone uno fuerte, gordo, ágil, colorado... ¡hasta flamenco! Lo segurito que viaja uno con «billete de tope» después de un atracón de uvas... Se monta usted de un brinco; se recuesta usted en el vagón, y si se descuida usted, tra-tra-ca-trá, tra-tra-ca-trá, arrullado por la marcha, se duerme usted como un ceporro. En el campo, si hay uvas, se suele comer más abundantemente que en los pueblos. Para la torería no hay caridad. Como los que suben ganan tanto, a los que principian, para que se queden en la estacada, les niegan la sal y el agua. Y esto no es decir que no elogien los palurdos al que sé luce. Le elogian. ¡Pero le arrean cada guijarrazo al que no va para Guerrita!...

—¿Lo sabe usted por experiencia?

—Por desgracia, sí, señor.

—De modo que usted ¿nunca supo lucirse?

—Saber, no supe lucirme; pero me lucí como se haya lucido el que más. Escuche usted. Como todos, escribía yo, ofreciéndome para torear, y una vez me contrataron en Bustarviejo de matador. Aquello me preocupó un poco, porque yo no había matado nunca, y, para ensayarme, compré un estoque y le entré a matar cien veces a una bu-

taca. Y con esta experiencia me presenté en el pueblo. Hice el paseillo escamado; toreé de capa con alguna intranquilidad, y, cuando lo dispuso el presidente, me acerqué a la res—que parecía un felpudo—con los nervios de punta y dí cuatro o cinco muletazos de pecho y al natural. Tomaba tan bien la muleta el felpudo y era tan nobletón el infeliz, que, confiado como un suicida, lo lancé a dos centímetros de los pitones, y, al cuadrarse, me perfilé más decidido que Maz-zantini, resuelto a tratarlo igual que a mi butaca. Pero no ocurrió lo que yo había pensado que iba a ocurrir, puesto que se me arrancó el toro, y en vez de retroceder de un bote para evitar la cornada, extendí la diestra y moví la zurda, aturdido, sin desclavar los pies, y hundí la espada, y encogí el vientre al notar un rozamiento que me horrorizó... y escuché de pronto el más terrible alarido que he escuchado en mi vida.

—¿Al volar usted?

—No. Al caer el toro con una estocada en las agujas. ¡Lo había matado recibiendo! Pero recibiendo... ¡mejor que el propio «Paquiro»!

—Es asombroso.

—¡Quia! Lo asombroso es que al otro día, por las mismas razones, porque me tocó un

bicho nobilísimo y bravo, porque se me arrancó, porque me atolondré, y porque, sin moverme, clavé el estoque y encogí la barriga, repetí la suerte, mejorándola. ¿Comprende usted? Yo no había matado un toro recibiendo por casualidad; yo recibía toros a ley... Es decir, que yo era el restaurador de la suprema suerte, el Mesías del toreo, el fenómeno indiscutible. ¡La que se armó!... Como que estuve un mes en Bustarviejo considerado como una gloria nacional y sin más obligaciones que las de comer y beber cada cinco minutos.

—¿Y sin pagar?

—Ni los purgantes, porque el boticario, mi admirador más pistonudo, me adoraba.

—Y a usted, ¿le engañó su triunfo?

—Más que al boticario. Yo creí que había descubierto una martingala para tumbar, recibiendo, a los toros, y no me hubiese cambiado por Manuel Domínguez. «Mover suavemente la zurda para vaciar, herir con redaños, encoger el bandullo... y toro patas arriba», pensaba yo. Y, entre banquete y banquete y botella y botella, le explicaba la lección a mis amigos, que me oían entusiasmados. Uno de ellos, el amo de la taberna, no se apartaba de mí. «Hidalgo—me decía—, si yo fuese hombre rico, iría detrás de tí por

toda España. ¡Vas a quitar pocos moños!»
«Según, hijo, según.» «¡Qué según! ¡En cuanto te vean no habrá más toreo que el toreo de la verdá! ¡Quién pudiera seguirte!... ¡Si yo tuviese la finca que hay detrás de mi casa!...»
Y se la prometí: «La tendrás, hijo. Deja que pasen dos años, que dentro de dos años será para mí un regalo de diéz mil duros lo que para ti el regalo de un quince.» ¡Válgame Dios!

—¿Y le duró mucho la equivocación?

—Un mes. El mes que estuve en Bustarviejo. Mi celebridad hizo que me contrataran, pagándome con largueza, en San Sebastián de los Reyes, y a San Sebastián me fuí con mi «protegido» el tabernero y con la flor de mis partidarios. Me recibieron como a las notabilidades, llenaron la plaza para aplaudirme, y «ovacionaron» mis verónicas, mis faroles y mis brincos... Yo, que me había puesto más que tonto, saludaba con una sonrisilla desdeñosa como diciendo: «Ya veréis lo que es canela cuando empuñe el estoque.» Y lo empuñé, y, estirándome, desafié al toro. «¡Ju!» ¡La vaca que lo echó al mundo!... Se llamaba «Lucerito» y tenía el pelo negro, las intenciones más negras y ancha la cuna. «¡Ju!» Nada. Dí un paso. «¡Ju!» Nada, y di otro paso. Y al gritar «¡Ju!» por cuarta vez,

hizo por mí el ladrón de «Lucerito», me atizó un testarazo y con la cabeza abrí un boquete en el suelo.

—Y se acobardó usted.

—Entonces, no, porque estaba seguro de matarlo de una estocada. Y así, después de unos mantacillos, me perfilé, dispuesto a mover suavemente la zurda para vaciar, a herir con redaños y a encoger la panza, y habría herido y vaciado, encogiéndome, si se hubiera arrojado el toro sobre mí; pero «Lucerito» no era un suicida, como las reses de Bustarviejo, sino un matón, y me observaba sin acometer, igual que un asesino, resuelto a recibirme, para que yo no le recibiera.

—¡Ah! Y por eso se asustó usted.

—No. Tampoco. Me asusté porque le acometí ocho veces sin lograr hundirle dos dedos de espada. Era uno de esos toros que tienen el morrillo de marfil, y mi estoque, como si diese en un mingo, resbalaba, y yo caía en la cuna de mi adversario, que me molía con un encono feroz. Me rompió el traje, me llenó de verdugones, me pisoteó, y con un pezuñazo en la coronilla, me invitó a reflexionar. ¿Debía yo seguir la pelea? Más sangre brotaba de mi nariz que de su morrillo, y más vigor tenía él en el rabo que yo en todo el cuerpo. Continuar equivalía a exponerse

a sucumbir, y yo adoraba la vida. Y se lo confesé al presidente: «Señor presidente: este bicho, que no se deja matar recibiendo, va a reventarme, y yo no quiero morir. Que lo echen al corral... y que me corten la coleta.»

—¿Y se la cortaron?

—Me la corté yo, poco después—y eso que me iba entusiasmando de nuevo—, al saber que «Lucerito» vivía. «Lucerito», cada vez más grande y cada vez más gordo, con los cuernos como dos espingardas, seguía alimentándose para aumentar sus fuerzas y voltear lidiadores, y el temor de encontrármelo otra vez me aconsejó la poda. A veces, por el vaquero, que venía a Madrí, me enteraba de sus cosas: «Salú, amigo Hidalgo. «Aquel» está hecho un monumento. Esta feria matará a algún maletilla. A una mosca le atiza una corná». Y como yo abulto más que una mosca...

—¿Y no lo ha vuelto usted a ver?

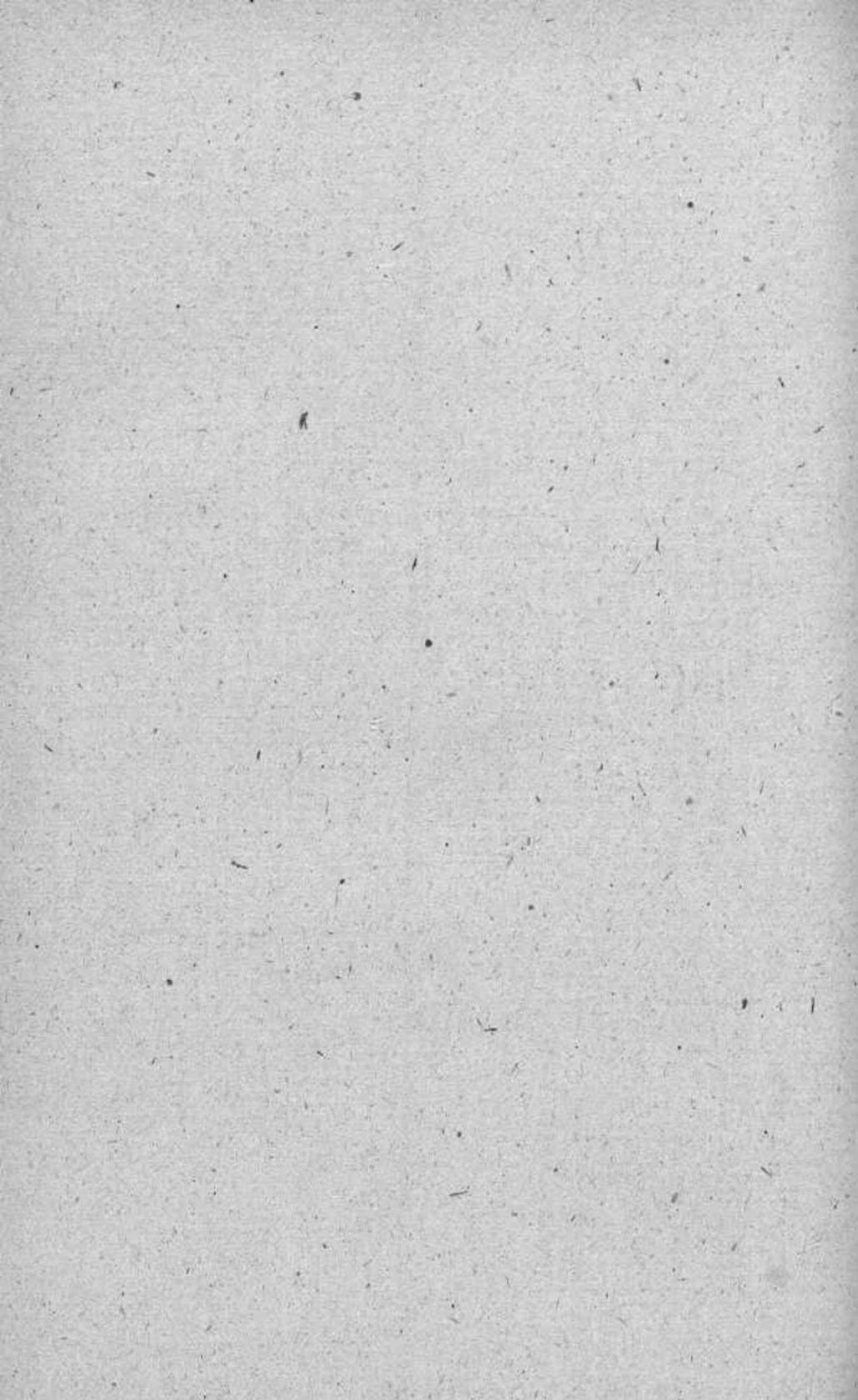
—Sí. Para retratarlo. Le prestaré la fotografía. Y otra vez... vi una escultura suya y me chupé una sorpresa que no sé cómo no me caí de espaldas. Fuí al Prado, a la verberna, con algunos amigotes, y de pronto me tropecé con él: negro, corniancho, enorme, con una estrella blanca en el testuz... «¡Lucerito!» Pero era un «Lucerito» de cartón, de

esos que vomitan un obsequio cuando se les echa una perra por la rajita que tienen en la frente, y me tranquilicé y hasta quise que me obsequiara. Conque me arrimé a él, y le eché la perra, y le puse la mano en la boca... y, ¿qué se imagina usted que ocurrió? ¡Pues que habló «Lucerito»! «Hidalgo, ¿qué te doy?» ¡Figúrese usted la juerga de mis compañeros!

—¿Y a qué se debió el milagro?

—A que me conocía el hombre que estaba dentro del toro. Y ya no volví a saber de mi enemigo mas que para recibir un alegrón. Fué la noche que estrenamos «El medio ambiente», antes de empezar. «¿Sabes lo de «Lucerito»?—me preguntó el vaquero—. Le ha matado a tiros la Guardia civil; le embistió a una pareja.» ¿Eh? ¡Había tenido que matarle la Guardia civil, como a un criminal! ¡Me entró una alegría!... Como que por eso dominé mi papel y convencí al público.

LOS VETERANOS



LA RUINA DEL «TORTERO»

EL MATADOR DE LOS BRILLANTES

UNA «ODISEA» LARGA.—EL CAJON DE SASTRE.—LA FIGURA Y LA ROPA.—LOS PRIMEROS TRIUNFOS.—EL PERRO DE CANTILLANA.—LA PRESENTACION EN MADRID.—ANITA LA DEL «MANCHAO».—UNA FAENZA, TRES VUELTAS Y ONCE MIL REALES.—EL TUERTO DE VERAGUA Y EL ARBOL DE POLVORA.—EL ESCANDALO DE LA ALTERNATIVA.—UNA VICTORIA SONADA.—EL TOREO DE LOS «FENOMENOS».—LA CUESTA ABAJO.—LAS ACADEMIAS Y EL CANTE.—EL CAJON DE EXPLOSIVOS.—EN LA MISERIA: LA MAQUINA PARA VOLAR Y EL SALVAVIDAS.—EL PLOMO ARGENTIFERO.—LA VERDADERA MINA.

—¿Por dónde empesamos, señó «Parmeno»? ¿Por la gloria, o por el purgatorio?... Porque mi «odisea» es tan larga, que en un mes no se acabaría de referí. Como que yo debía está en presidio. ¡En presidio! No lo estoy porque tengo er tuétano padre, y alguna ilustración, y la conformidá de un peregrino y los güenos sentimientos que mamé. Pero arriba, que se va er coche. ¿Por dónde empesamos?

—Por donde quiera. ¿Es verdad que a usted le decían el matador de los brillantes, amigo «Tortero»?

—Verdá es. Me lo desían porque tuve muchos. Tantos, que cormaban un armú. Pero aquer «Tortero» que emprinsipió a banderiyéa en Seviya er 76, con el «Cirineo» y «Jaqueta» y junto a los mositos más juncuales, jera tan señoríl... Y completísimo, porque toreaba con el capote y con la muleta como el que más, porque sartaba con la garrocha lo mismo que un sigarrón, porque ponía banderiyas de a cuarta jugándose er banduyo y porque hundía la espá, resibiendo, con dos riñones.

—Lo sé. Y de figura, ¿qué tal andaba?

—¿No me ve, con la edá que tengo?... No era un cromo, gracias a Dios, porque yo siempre he sío un varoní; pero un varoní afisionao al artículo femenino y con mano isquierda pa camelá en un periquete a una de aparejo reondo y en dos periquetes a la aristócrata de más aristocrasia. Y no sigo porque veo que voy a echarme flores y me da así como cortedá. Güeno; la ropa ayudaba. Pantalón fló de romero, señío, pa que se viesen jasta las venas; chaquetiya verde o guinda; sombrero de queso; camisón bordao... Y, naturarmente, paresía uno lo que era: un

mataor de toros y no un mansebo de botica. Claro es que los de ahora, que paresen mansebos de botica, toreando lo son.

—¿Y fueron grandes sus triunfos?

—Míreme usté la cara. ¿Tengo yo cara de trolero? Pos con esta cara de desir verdá, le digo que empesé siendo el amo. «¡Vaya un gachó visible, notable y agilioso!», declaraba la gente. Y para mí eran las ovaciones, y sartando y subiendo de ovación en ovación, me dejé atrás ar «Marinero», al «Esijano», ar «Manchao» y ar «Boto», que eran los que estaban en candelero. Sudando pes, no vaya usté a creerse, y haciendo títeres entre los pitones. Escuche usté, que le voy a contá mi bautiso de sangre. Se verificó en Cantiyana, en una plasa de carretas. Salió un toro bravo, y yo, que entonses lo mismo daba tó lo que tenía en el úrtimo ardeorrio que en Seviya o en Madrí, lo quise banderiyeá con las cortas, y me fuí pa él paso a paso, bonito y con majestá, y a unas tres varas del cornúo dí la carreriyá. Es desí, quise dá la carreriyá, porque apenas la había inisião, un perro, que se figuró que yo jugaba con er toro, me se metió entre las piernas, pa jugar también, y caí pansa arriba, y no pue usté figurarse lo que pasó. ¿Ve usté cómo doblo esta mano contra la mesa, empesando por la puntita de

los deos?... Pos como la doblo me dobló er toro a mí, iguá que si fuese un esteriyo, y me partió el labio, y me partió la terniya de la nari, y me hiso porvo er costiyá, que mire usté los güesos afuera todavía, y no me reventó en arsoluto porque está de Dió que a mí no haya quien me reviente.

—¿Y se asustó usted?

—¿Por qué? A los perros sí les tomé argu-
na jinda. Sino que como yo no me iba a de-
dicá a mataor de perros... Pero a los to-
ros... ¡a los toros los manejaba yo como a
borricos, y las barbaridades más gordas me
pareían tontás sin valor! Y navegando así
me hise famoso en mi tierra, y me gané el
cartelón de Seviya, y me trajeron a esta cor-
te del oso y der madroño. ¡Y desanimaiyo y
acobardaiyo que venía yo, me caigo en la
velá! ¡Y pocho que salí, con un traje verde-
boteya y oro que quitaba er sentío!... Fué
el año 86. Toavía se acuerdan los afisionaos
chipén. En er paseiyo miré ar «Manchao»,
que era el emperadó de los noviyeros, y me
dije: «¡Lo poco que la emperadoría te va a
durá!... Porque yo no sargo por mis pies, si-
no en hombros, o en camiya.

—¿Y salió usted en camilla?

—Salí en hombros, y le dí un palisón ar
pobresito «Manchao» de esos que enferman

a un hombre ¡Como que le quité jasta la novia! Anita: una rosa de oló, Dios mío, que emborrachaba. Y flamenca, y humirde, y castisa, y con más dursura que un tosino de sielo, y... Güeno va, que soy un hombre ca-sao. Pararé la jaca, que se va a meté por los trigos.

—¿Volvió usted a torear pronto en Madrid?

—En seguida. ¡Si conmigo se puso más que mochales la afisión!... En la segunda noviyá alterné con «Ojitos», er maestro de Gaona, que sabía y podía, y que abrió el ojo pa que morarmente, no lo tumbara yo de un arrempujón; pero, por el ansia de haser mucho, no hizo ná, porque lo empuntó una res y tuvo que retirarse. Y yo, solito en mi solo cabo, y con más agayas que si me defendiera un tersio de la Guardia siví, eché a roá cuatro catedrales, y me fuí a la fonda más fresco que si me hubiese comío cuatro peras en armiba. Y yegó la tersera noviyá... y ¿pa qué voy a contarle a usté? El apoteosis y la selebridá en conjunción. No me han orvidao los que me vieron. Toreaba con er «Manchao» y er «Boto»; dos días después tenía que embarcarme pa la Habana, y, pa que pi-yase er tren, er «Manchao» me sedió su turno y maté er toro cuarto y no er toro quin-

to. Y salió er toro cuarto, camará, y hasta er presidente hizo así en su siyón, retirándose, porque aqueyo era una ganaería. Y, además de enorme, ligero, poderoso, cornalonsísimo, cobarde como un ratón y trasionero como un júas verde. «Cara-ancha», que estaba en er público, me lo dijo al año de la ación: «Tortero», creí que no ibas a la Habana». Pos señó, que empiesa la lidia, y que er gigante no se deja picá, y que «tararí, tararí» tocan a fuego, y que los peones, atolondraos, clavan banderiyas hasta en las orejas. Y ayá voy yo. Pin, un pase, comiéndose el bicho la muleta materiariamente, y tirando dies cornás por segundo; pin, otro pase, al naturá, pa quitarle fuersas, y como una exhalación, otro, de pecho, pa que le crujiese hasta el rabo, y le cruje hasta el rabo, y se quea cuadrato, y... «¡a la Habana, «Tortero!». ¡Señores, que estocá por el hoyo de las abujas!... Pero, señores, ¡qué ovación! Tres vueltas a la reonda, puros, sombreros, un corsé... Ya la gente no se entusiasma así... y es naturá. Que me perdonen; pero sostengo que es naturá. Y ahora daré un sarto pa describirle mi cogía en Madrí.

—¿Fué gorda?

—Gordísima. Yo, que cobraba onse mir reales—no vaya usté a creerse—y que era

er niño bonito, ejecutaba horró tras horró pa darle gusto a los afisiõnaos, con impunidá por lo harbilidoso de mi arte, y me reía de los toros marrajos iguá que de los bichos superiores. Pero la suerte es la suerte, y lo mismo que en Cantiyana me entregó un perro, en Madrí me entregó un arbo. Un arbo de pórvora, sí, señó, porque entonses, después de lidiá los noviyos, se quemaban en el reondé fuegos artificiales. Habían picao ya a un veragua berrendo en colorao y tuer-to, que no me tocaba a mí; me se arrancó, cuando lo iban a banderiyeá, estando yo en los medios, y al ir a darle salida tropesé con el arbo, caí, me arrimó el bicho candela... y no se lo contaría a usté si no hubiese sido lo torero que fuí y que soy.

—¿Por qué razón?

—Porque toreaba hasta volando en el aire y porque me defendía hasta arañando en la tierra. Y así, agarrándome a las manos y a la boca del bicho, libraba las costiyas y el vientre, y en sinco o seis viajes que realisé, el amigo se conformó con arrearme tres cornás en la cadera y una en la pantorriya. Y, referió ya esto, le referiré mi alternativa o dortorao.

—¿Fué sonada su alternativa, señor «Tor-tero»?

—Más que las narises. ¡Pero si yo, mardito sea mi sino, amén Jesús, estoy parmando porque soy el hombre de la serva Negra o el márti del «Gorgota», como se suele desíl ¡Si yo debía tené dos miyones y un palasio y más preseas que un Cristo milagrero!... Sino que hay quien nase de pie y quien nase de coroniya, y yo nasí de coroniya. Y arsando con le del dortorao. Si sabe usté de toros, recordará la fecha: 7 de Julio de 1889. Me sedió los trastos un maletiya: «Frascuero», y alternó con nosotros un pobresito infelí: Angel Pastor. Y salió el primer bicho, de Pablo Romero, grandote, y con una cuna en la que se hubieran podío peleá dos tigres, y hubo sus miajas de heroisidá quitando, y yegó la hora, y me entregó la muleta y la espá er «Negro»... y naíya: una faena seria, reposá, sientífica y de adorno, y un volapié en lo arto de lo más arto, dando las tablas. Dando las tablas, porque las pedía el cornúo, y porque entonces, como el público sabía ver toros, había que toreá con sujesión a las reglas, y no loqueando como bailarinas, que es lo que gusta hoy. Pero adelante. Torea y mata «Frascuero» como un león melenúo y el otro como un sabio, y suertan la úrtima res y pienso yo: «Mira, «Tortero», que estos no se paresen ar «Boto» y ar «Manchao»: mira que

te quitan de niño bonito en cuanto aflojes y te dan mulé.» Y me fuí pa er toro, jechito una hiena, y dibujé a lo Muriyo siete u ocho pases artos y de pecho, pa tantearlo, y me se cuadró, y pegué la pataíta, y la ridiculé de las ridiculeses: una estocaíya na más que hasta la pelota, en medio, en medio de la crus y resibiendo a ley. Pamplinas y tonteras que hasía uno.

—Sería su triunfo extraordinario.

—Como que la estocá me proporsionó veintidós corriás. Pero, meses después, me salió otra vurgaridá que todavía tuvo más éxito, tamién en Madrí, cuando se presentó Ponsiano Días pa banderiyear a caballo. El primer toro cogió a mi «cólega» er «Marinero», y yo tumbé ar bicho de un volapié en la yema; ar segundo me lo cargué de otro en la crus; al tersero le di con la mano en las abujas; al cuarto le metí hasta er codo en las péndolas; ar quinto lo hise roar de un mandao en lo rubio, y ar sexto... Pero en lo der sexto hay que pararse. Era, aunque de Benjumea, bravo y noble, y en cuantito que cogí la muletiya, entusiasmao, me jarté de filigraneá con él: pases con la tela plegá, pases afarolaos, pases de gayeo... ¡Qué sé yo! Ar día siguiente dijo el «Barquero» que «había ejecutao lances sin calificación posible». Tes-

tuá. ¿Y no se figura usted qué lanses eran aquellos que no tenían calificación? Pues los que hoy les proporsionan miyones a los fenómenos.

—¿Y cómo no se enriqueció usted?

—Por mi cochina suerte, que me hizo reñí con Bartolo y con Niembro. Con Bartolo estaba yo mú bien, siendo él empresario de Seviya, cuando en Seviya, un toro guasón, «Medianoche», me arreó tal corná, que brotó la sangre de mi muslo como el agua de una manga de riego. Estuve si me voy o no me voy; pero me quedé y unos cabayeros me organizaron un benefisio, y contraté yo la plasa con Bartolo en 500 pesetas, y se jugó la noviyá y hubo un atestón. Y lo que pasa: como hubo un atestón, Bartolo, que era la ansiosidá hecha carne, se quiso benefisiá, y no agarró sien duros, sino tresientos y se propuso complicarme en la cochinería: «Di que son 1.500 beatas, y te regalo la tersera parte.» Yo estuve una chispita... ispiditivo—pa hablar con finura—, y cuando Bartolo se quedó con la plasa de Madrí me dió de lao.

—Y con Niembro ¿estuvo usted «ispiditivo» también?

—También, por defender a D. Luis Masantini. Nos enfadamos, y perdí yo, que lo nesesitaba. Y luego, el delirio. Los nuevos, las mo-

das, el no currelar yo en la plasa de Madrí... Totá, que me borré, y que teniendo una afición que me hasía tirarle reboieras hasta a los mosquitos, me tuve que ganá er pan fuera de la tauromaquía. Digo, eso de ganá er pan es una frase hecha, porque no me lo gané. Ar contrario. ¿Ponía yo un casino? Pues no pagaban ni los que se pirran por convidá. ¿Ponía unos biyares? Pues ni el sursum corda hasía una apuesta. ¿Me agarraba ar cante flamenco? Pues la alegría de la parroquia era la de un funerá. Y, claro, de tumbo en tumbo yegué a la ruina, y, ya en er muledá, en vez de rascarme con una teja, como er santo J6, quise recostituirme.

—¿Cómo?

—Con mi siensia y con mi coraje. ¿No ve usted que soy un cajón de explosivos y que tós, no se han quemao?... De modo que, er 909, hise una arrancá y toreé en Nimes y en Barselona, y hubiera dao argunos disjustiyos si la semana trágica, por una parte, y er mes trágico por otra—y me refiero a un mes trágico familiá—, no me hubiesen cortao las alas. Y se acabó toíto pa mí. Tó, menos la dinamita que tengo en er corasón, que me sostiene con dirnidá, me ocupe en lo que me ocupe.

—¿Y en qué se ocupa usted?

—¡Huy, huy, huy!... En cuantito se pué imaginá. He tenío que haser hasta mandaos, y en una ocasión no fartó er filo de una uña pa que volara...

—¿En un globo?

—¡Qué en un globo! En una maquinia volaora, inventá por un señó Gabanzón. La maquinia tenía dos alones que se adartaban al cuerpo, y como había que mover a pedá esos alones, Gabanzón, que conosía mi fuerza de piernas, me buscó... Gracias que yo, adivinando la inutilidá del aparato, no armí coba.

—¿Y se probó?

—¿No se había de probá? Se lo puso Pernalba, un amigo mío, y se tiró desde una mesa. Desde una mesa, porque si se yega a tirá desde un tejao, como quería el inventó, ni con cucharas le hubiéramos podío recogé. Con desirle que, siendo baja la mesa, se espachurró la narí... Pero si yo me libré de este peligro, por haberme cabreao, de otro terrible, der de los sarvavidas, me libré por casualidá. La Empresa de los tranvías de Barselona abrió un concurso de sarvavidas, y yo fuí a la siudá condá con mi intimísimo Pacheco, que había inventao un aparato, y por amistá me propuse ayudarle. ¿Y qué cree usté que me se ocurrió? Pues sustituir

en las pruebas ar muñeco, dejándome cogé, y desafiá a tós los inventores a que se dejaran cogé. De modo que, si asepta arguno, menúa torta hase der «Tortero» un motó.

—Y ahora ¿vive usted regularmente?

—Ahora vivo con esperansas. Por haber sido modelo de Viyegas, Jiménes Aranda y Mattoni, que me utilizaron pa pintá mataores y figuras de época, chanelo argó de pintura y negosio en antigüedades, y las busco por los pueblos. Y, buscándolas, descubrí hase una temporaíya, en er campo, un minerá que, analisao en Madrí, resurtó sé plomo argentífero, y hoy la mina donde descubrí ese minerá está denunciada, y veremos cuándo se explota... Pero la mina que yo quiero explotar es la de mi arte, porque sigo agilioso y con el corasón en su lugá, y porque tengo más ganas de biyetes que nunca, y reto a la humanidá taurina entera y plena.

—¿Y a los fenómenos?

—¡Pero si á mí me cuesta más trabajo habló que hasél ¡Y a los fenómenos! Que me den quince días pa prepararme y que me los echen. Si tó lo que hasen lo hasía yo por los pueblos en mi infansia. Joselito es un copiadó de «Bombita», que imitó a «Guerrita»... y «Guerrita» fué el adurteradó der toreo serio. Y Bermonte es er torero de los pies de plo-

mo, porque sus condiciones físicas no le permiten sé er torero de los pies de aire. Que me los echen a los dos, y que un jurao de afisionaos castisos diga dónde está la verdá.

MEMORIAS DE UN SETENTÓN

PACO «FRASCUELO», Y EL GALLEO

UN COCINERO IRASCIBLE, UNAS BOFETADAS Y UN MOTE. «EL MERLUZA» Y LOS DIENTES.—LAS CORNADAS DE PACO.—CURRO CUCHARES Y SUS CONOCIMIENTOS GEOGRAFICOS.—CAYETANO SANZ.—UNA LECCION DE TOREO: EL ENGAÑO DE LAS GAONERAS.—OTROS ESPADAS.—SALVADOR: UNA CORNADA ENORME Y UN VOLAPIE COLOSAL.—EL BRAZO ROTO.—COMO SE GALLEA.—UN GRAN TRIUNFO EN SEVILLA.—«EL TATO», OTROS CABALLEROS Y EL VINO.—EN LA ESCUELA: PEDAGOGIA TAURINA.—CALVACHE Y MORA.—ESTUDIOS ELEMENTALES.—EL BANDERILLERO HIJO DE LA KOUZNIEZOFF.

El señor Paco, o don Paco—que así le llaman en Madrid Moderno—, con quince lustros sobre las costillas y haciendo pinitos, después de una grave enfermedad, tiene aún vigor para llevarnos, andando gallardamente, a su escuela, y para charlar durante cien minutos sin interrupción. Antes que a nada, nos hemos referido a su mote, a aquel mote que le dió tanta guerra, y don Paco, sonriente y cortés, nos ha aclarado este punto,

ansioso de facilitar la ardua labor de los futuros historiadores taurinos.

—Lo de ponerme «el Merluza» fué una esaborisión que me gané por mi genio. Usté jusgará. La mujé de mi hermano Sarvadó, antes de sé su esposa, pero cuando ya iba a serlo, tenía un puestesito de pescao muy superió. Y una mañana estaba yo en er puestesito viéndola despachá—cosa que daba gusto, porque era mú dispuestísima—, y en esto yegó un «metre de hoté», o un cosinero, o lo que fuera, y por si unas merluzas habían muerto una semana antes, o quince días antes, se quejó con malos modos. Contestó como debía la novia de mi hermano, se puso tonto er cosinero, tersió yo, me se quiso arrancá y le di una entraiya de gofetones de órdago. Y aquí se hubiera rematao el arsidente si er cosinero—hombre de lo más vengativo—se hubiese acordao der pundonó. Pero se fué a los toros, en ves de acordarse, y ya que no me pudo haser daño con las manos, pa hasérmelo con la lengua, la echó a vuelo en cuanto que salí y se convirtió en una máquina de insurtos. Y sin rasón, porque yo salí a banderiyeá y banderiyeé a consiensia. Sino que él, como loco, con que me moviera, empesaba a sumbarme. «¡So tío maletón!... ¡So tar por cuá!..

¡Cochino, blancotel.... ¡Ande usté a despachá merluza, que torea usté menos que una merluza!.... ¡Menos, so tío merluza!» Y porque lo de «tío merluza» hizo gracia, o porque la gente interpretó que ese era mi mote, me caí con tó el equipo, puesto que prinsi piaron a yamarme «el Merluza». En las plazas na más ¿eh? Y los enemigos, pa divertirse con mi indirnasión.

—Y fuera de las plazas, ¿no hubo alguien que?...

—Arguien y árguienes. Equivocaos y guapos. Ahora que er que me dijo «Merluza» tuvo que echarse lañas en los dientes pa podé mascá hasta cosas tan blandísimas como la pescá. Yo, gracias a Dios, nunca he apelao ar matonismo; pero no me he asustao mas que de los toros.

—¿Mucho?

—Hombre, según. Toreando, no, porque he dominao er toreo bastante. Como er que más, en mi época. Pero, matando... Es difísi matá, y yo, que iba hasiéndome con un tranquiyo pa hundí el estoque por las reverendísimas abujas, me yevé unas cuantas vortetas y me chupé siete cornás, y dejé er tranquiyo y me convertí en un mataor insuficiente, pa no durar menos que una capa en casa de un muerto de hambre.

—¿Fueron de gravedad sus cogidas?

—¡Digo! Sin sé de las de santolio y gorigori, ponían los pelos de punta. Er brazo derecho, atravesáito dos veses; aquí en lo posterió, tó un moyá levanta; en la inglé izquierda, una puñalaíya.... ¡Y que me la atisó poco bien un toro navarro!... Fué en Pamplona. Yo, de sobresaliente, salí a matá una re de grasía—que pa mí resurtó de desgrasía—, y, por echármelas de tigre, me la gané. Y desde entonses, con la espá, hise a Santa Prudensia mi patrona.

—¿Qué le parecen a usted los matadores de hoy? ¿Valen más que los de su tiempo, ya que cobran más?

—Caramba, yo no puedo meterme en esa custión. Hoy, Belmonte torea con un aroma que da gloria y Joselito se defiende y domina como un sabio; pero también conosí yo en mi juventú a gente de aroma y a gente sabia. ¡Si hubiera usté visto a Curro Cúchares!... Toreaba más que er fuego; habirmente, mataba con una fasilidá que ni er cólera, y podía con tó, y a cornúos vivos—vivos, porque, picaos con tope, a los veinte puyasos no tenían sangre en er peyejo—los vorvía iguá que a carsetines.

—¿Trató usted a Cúchares?

—Tuve ese honó. Era más inosente y más

sensiyo.... El año úrtimo de su vida, cuando lo yevaron a é a la Habana, me contrataron a mi pa Montevideo, y al enterarse me dijo: «Mira, si te va mal, tomas la diligencia y te vienes a mi lao». Er se creía que de Montevideo a la Habana se podía ir como de la Coruña a Burgo. ¡Pobre! Poco despué, ar cumplí yo los dies y seis años, estuve de mataor en la Habana y me traje sus restos mortales.

—Y a Cayetano Sanz, ¿le vió usted?

—Y le traté iguarmente. Es imposible de tó punto figurarse una grasia y una finura de los quilates de la finura y la grasia que derrochó aquer maestro toreando. Bordaba los lanses a la aragonesa, que consisten en sitar y en resibir al toro por la espada, dándole la salía estrirta; dibujaba las navarras y las verónicas, y én la suerte de frente por detrás era maraviyosísimo.

—Esa suerte, ¿no es la que llaman hoy gaonera?

—¿Como lo sabe usté?.... Sí, señó. Por irnoransia, la yaman gaonera los que se imaginan que la ha inventao Gaona. Es como si mañana dijese la murtitú, porque Joselito es un gran banderiyero, que ha inventao los pares ar cambio.

—Algunos revisteros y todo el público,

o casi todo, confunden los lances de frente por detrás con los lances a la aragonesa.

—Sí, señó. ¡Y en er siglo XX! ¡Pa que se vea si es grande o no es grande la incurtural Y con que se fijaran... Er título de la suerte, ¿no es ya una definición? «De frente por detrás.» ¿Más claro? De frente, porque se sita ar toro de frente, y por detrás, porque detrás van er capotiyo y una mano der diestro, que se apoya generarmente en la sintura.

—Luego Gaona le deberá sus «gaoneras» al «Ojitos».

—¡Ca! El «Ojitos», que fué un banderiyero fásil, ¿qué sabía de eso? Me las debe a mí, que le enseñé a torear lanseando de frente por detrás. Por consiguiente, no hay «gaoneras» ni «frascueleras», sino lances de frente por detrás. ¿Y le parese a usté que vuelva a Cayetano?

—Vuelva usted a Cayetano el maravilloso.

—Er maravioso. ¡Justo! Er no más ayá de la siensia, la elegansia y la finura. Pues un año, siendo yo afisionaiyo, mató onse corriás en Madrí, quedándose en er redondé solo en su solo cabo, en cuantito sonaba er toque de muerte. ¡Tararí! Fuera tó er mundo, que la saragata perjudica y er buyanguo estorbá. Y así toreó y éstoqueó, hasta

que un toro de D. Justo Hernande tuvo el asierto fatá de partirle tres costiyas.

—¿Y a qué otros espadas de mérito ha visto usted?

—¡Huy! ¡He visto a tantos!... A «Chicorro», que en lo de sartá con la garrocha era un espesialista; al «Gordito», er primero que cambió sentao, y por eso no habrá quien le discuta er título de inventó; ar «Gayo», tore-ro desde la coroniya hasta las uñas de los pies; a «Lagartijo», que era un hombre de una vé y una pintura de carne; a «Cara-an-cha», que resibía con un desahogo colosá...

—Y Salvador Sánchez, «el Negro o Frascuelo», ¿cómo era?

—Pero ¿no lo arcansó usté? Porque a Sar-vadó, la verdá, no me gustaría referirme. Fué lo que fué, y fué mi hermano. ¿Qué iban a páserme sus cosas?

—Pues hable usted de él prescindiendo de los elogios. ¿Era «Frascuelo» tan temera-rio como dicen?

—Era un valiente, pero no un suisida, aunque en alguna ocasión, por vergüensa, por respeto ar público y por ganas de com-plasé, pusiera su vida en la punta de un pi-tón, iguá que el infelis más desesperao. Co-mo en er benefisio der «Gran Pensamiento», Sosiedá obrera que lo contrató. Le tocó un

toro de don Justo Hernande, negro, afluísimo de puntas, grandote y bravo, y se entusiasmó con é, y fué siñéndose de tar modo, que al remató el úrtimo pase estaba a veinte sentímetros del testús. Y, sin retrosedé, arsó la muletiya pa levantarle la cabesa, se descuidó, se le vino ensima tan ligero como un rayo er de don Justo, y le metió el cuerno hasta la sepa en el vientre y le esbarató tres costiyas. Mi hermano, pajiso de rabia, se levantó, cogió la espá y la muleta, se fué, mu encorvao y mu despasito hasta el animá y, sin un pase, le metió la muleta en los morros, le pegó una estocá enormísima y salió roando al roá el cornúo. Pero, en Madrí también, y con un miura, ejecutó una hasaña que, a mi juisio, es todavía más grandiosa.

—Cuéntela usted.

—Es que, contao, aqueyo no tié saliente. Hubo que verlo. Iba Sarvadó a meterse pa largá uno de sus volapiés, cuando er toro esparramó la vista, y mi hermano miró atrás, con orjeto de que, si había arguien, se quitara. Y entonses, ar mirá, se le arrancó er bicho, le atizó un testaraso horrible y le pompió er brazo izquierdo por serca del hombro.

—Se caería.

—¿Sarvadó?... Como si le hubiesen dao

con un confite. Cogió la muleta con la de cobrá, siguió toreando entre los pitones y tuvimos que meterlo a la fuerza en la enfermería pa que no entrase a matá con el brazo surdo igualito que un guiñapo. Pero dejaremos aquí esta conversación, porque, ¡caray!, no me gusta. De «Frascuelo», que hable er público. Gracias a Dios, habla todavía, y continuará hablando, porque Sarvadó Sánchez figura en la Historia.

—Pues hablemos de usted. Hay una suerte verdaderamente admirable, por lo gallarda, lo arriesgada y lo valerosa, el galleo, que no se practica desde que usted se retiró. ¿Quiere usted decirnos cómo se gallea y cómo aprendió a gallear?

—Aprendí hase un ratiyo de sesenta años, viendo ar monstruo de la torería, ar «Tato», león que no se dejaba ganá la pelea en ningún terreno, ni por los agilosos, ni por los valientes. Una tarde remató un quite con un gayeo, y aqueya carreriyá tan airosa y tan salá me entusiasmó, y pa aprenderla, me puse a ensayá en los pueblesiyos y en er campo.

—¿Con becerretes?

—Y con toros, que me cogieron pa liquidarme, una vé y mir. Pero fuí dominando poco a poco, ca día con más animasión, y

acabaron por no cogerme. Gayeá es mu fá-sil, aunque parezca mentira. Se pone uno er capote sobre los hombros, se sita a la re, y se la resibe quieto, estirando er brazo como si fuese un ala y dándole mucha salida; cuando el animá, que ha ido mú lejo, se arrima, se repite la estrategia, y ya no va tan le-jo; y se vuerve a repetí, y, al aplomarse er bicho, se prinsipia er gayeo, aguantando con los codos, que levantan er capote, y saliéndose de la cara a tiempo de impedí la corná.

—Pues me parece difícilísimo. Salirse de la cara sin huir, para tornar a meterse en la cara, y hacer esto veinte o treinta veces, es enorme.

—O cuarenta. Y yevando detrás ar toro, como cosío ar capotiyo. Pin, por la derecha; pin, por la izquierda; salía y corná, y salía y corná, y de este modo, mú serenito uno y mú gayardo, resistí lo que sea posible.

—Usted ha sostenido mucho los galleos ¿verdad?

—Argo; pero ¡con un premio tan fenomená!... Me se viene a la imaginasi3n lo de Se-viya. Toreaba yo, con «Lagartijo» y «Currito», reses de Lafi, y, pa que no me borrarán mis dos compañeros, a mi primer bicho lo toreé a la aragonesa y de frente por detrás, con dominio y con suerte, y me juré gayear

a mi segundo. Y se presentó mi segundo, y en la misma puerta der torí lo saludé con el aletaso, y se regorbió con codisia y lo engañé a mi gusto, y repitió é y repetí yo, y emprensipió a achicarse y yo a crescerme, y el resultao fué, que tirándome cornás el toro y burlándome yo de las cornás, atravesamos aquer redondé tan enormísimo. ¿Que si hubo parmas?... Yo lo que sé es que er «Tato», que me vía desde un siyón de barrera, se levantó pa aplaudirme, y que er público armó un chiyerío en honó de aquel hombre que no me se orvidará aunque viva milenta años. Y tampoco me se orvidará la mansaniya que bebí con é, con «Currito», con D. Migué Corona y con D. Braulio Navas. ¡Qué mansaniya la que había entonses!...

—¿Y ninguno de sus discípulos sabe gallear?

—Sabé sí saben. Yo he enseño al «Coche-ro», al «Chiquito» a Gaona, a Luis Fre y a tos los muchachos que se educan en mi escuela; pero como no pratican... Verdá es que con esa suerte no han tenío suerte. «Coche-ro» la ensayó y dió un sarto mortá; er «Chiquito» subió unos metros por el aire... Y estas esaborisiones no animan. Los muchachos de la escuela, con la res artificisiá, sí marcan regularsiyamente er gayeo.

—¿Cómo enseña usted?

—Poco a poco, por sus pasos contaos, con tanta disciplina como en un Instituto. Primero —y esto es er «Catón» del arte— enseño a cogé er capote, porque hay quien lo agarra iguá que si fuera un manté y quien lo trinca lo mismo que si cogiese una casuya. Y cuando aprenden a cogerlo por el cueyo con la mano surda y a echárselo de un gorpe sobre la muñeca, pasamos a otra istrusión, utilizando er toro artifisiá. Una ves digería esa istrusión, que consiste en corré por derecho, los paso a la asirnaturá de banderiyas; después, viene er toreo de capa; más después, er de muleta, y, por úrtimo, arrancando a matá, se yega al dortorao.

—Pero, estudiada así la carrera, ¿sirve?

—Que se lo pregunten a Calvache ó a Pepe Mora. ¡Claro que sirve! El que torea a la res artifisiá, torea a la res naturá.

—¿Y si no la torea?

—Si no la torea, pierde los estudios. Yo los pruebo, con noviyetes, en Puerta Serrada, y a los que se asustan los suspendo. Sino que no se asustan.

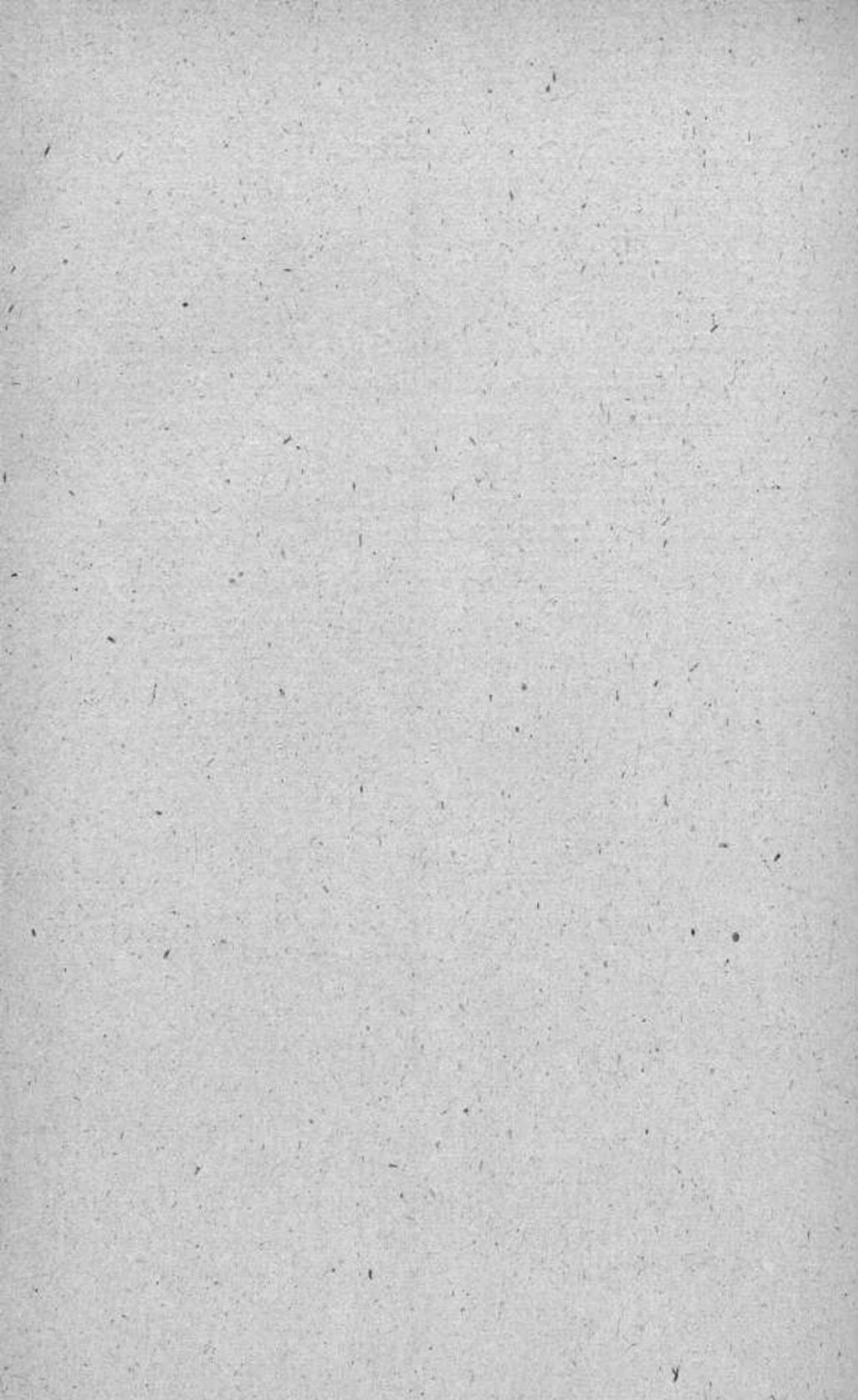
—¿Y son muchos sus discípulos?

—Medio sentená. Y uno es na menos que de Alemania, y otro, que banderiyea como «el Magritas», de Rusia. Es hijo de esa tiple tan

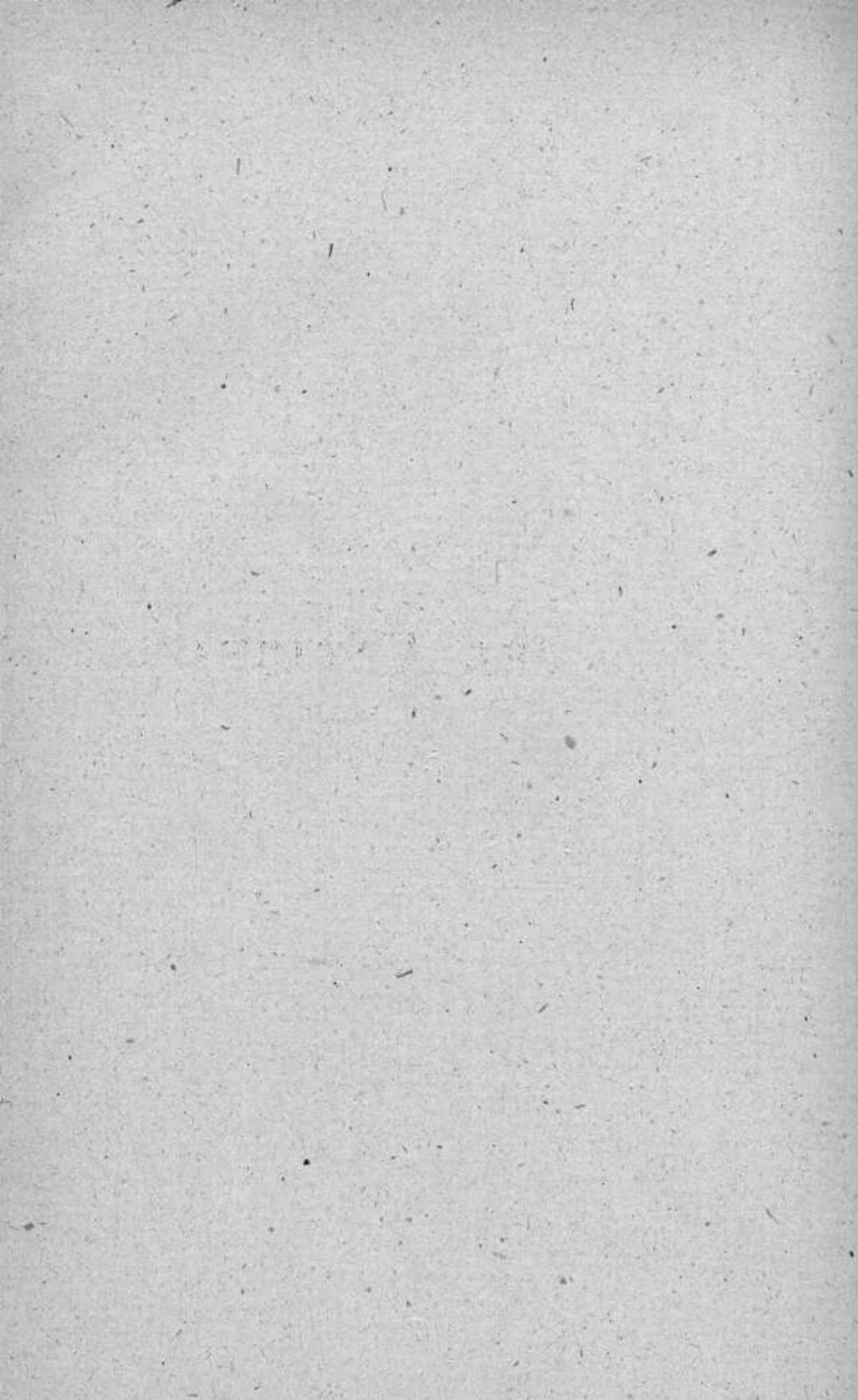
güenísima de la ópera, a la que le dicen «la Pantera», y der maestro Lasaye. Pero ahí viene. Mírelo usted.

Y entra el hijo de Lasalle y de María Kouzniezoff, y charlamos con él unos minutos. Torea por hacer gimnasia; no quiere ser «banderilero»; los pitones le asustan; no afrontará la salvaje fiereza de ningun novillete...

Y Don Paco, disimulando su contrariedad, clava en él sus ojos de acero y sonrío.



EL ARTISTA



Aunque no creemos—como cree Romero de Torres—que valga más que su pincel su garrocha, es tan maravilloso su arte de picador, que Próspero Mérimée le hubiese elogiado, como elogió al gran Francisco Sevilla. Por eso la siguiente información cierra este libro. Que la vecindad del insigne artista cordobés ennoblezca a los coletudos que desfilan por sus páginas.



COSAS DE ROMERO DE TORRES

EL PINTOR GARROCHISTA

LAS CALLES CORDOBESAS, EL CERDO Y LAS MOSCAS.—LAS AVENTURAS DE UN ARTISTA DESANIMADO.—EL BAILE FLAMENCO, LA TARANTA Y LA SEGUIDILLA GITANA.—UN FRACASO, UN COMBATE Y UNAS «JUERGAS».—EL HUNGARO DE OSUNA Y SU OSO «CEFERINITO».—DIGNIDAD LAMENTABLE.—POR EUROPA.—BELMONTE Y OTROS MODELOS.—LA VOLUPTUOSIDAD DE PICAR.

—Amigo Julio: usted, siendo un hombre transparente, es, al mismo tiempo, una criatura un poquitín misteriosa.

—¿Yo?

—Usted, que no se contenta con ser un pintor formidable, y que, con una escandalosísima audacia, se mete en los cotos artísticos de los cantaores, los bailaores y los toreros.

—Pero, querido, ¡por Dios!

—¿No es verdad?

—¡Qué ha de ser verdad! No le oculto que he cantado, he bailado y he picado; pero sin pretensiones vanidosas. Una vez por ganarme la vida, y las demás, en momentos de buen humor, por divertirme a la pata la llana y por fortalecer mi cuerpo. La higiene no es una cosa despreciable.

—¿Y cuando apeló usted al toreo para ganarse la vida?

—¡Si no apelé al toreo!... Verá usted lo que pasó. Yo, que era muy joven, me dediqué a la pintura con un entusiasmo terrible, y para cultivar el natural, decidí hacer un cuadro de cada uno de los rincones pintorescos de Córdoba. Ya sabe usted lo estupendísima que es Córdoba: calles como tubos, en las que la yerba brota entre los gujarros; casas morunas, con patinillos de ensueño; rumor de surtidores y de coplas; un cielo, entre dorado y azul, por el que navegan escuadrillas de palomos... Pues en uno de esos tubos, bajo un cachito de ese cielo, y acariciado por la musiquilla de un surtidor, empecé mi tarea. Me sentaba junto a una cuadra y frente a una carnicería, porque mi modelo era un cochino abierto en canal, y a diario me vencían las moscas y me obligaban a retirarme. Del cerdo de verdad acudían al cerdo pintado,

pegándose a los colores frescos, y del cochino pintado volaban al rostro del pintor, que combatía valientemente, eso sí, pero que terminaba por encomendar su salvación a la fuga. Y poco a poco me fuí desanimando.

—¿Porque las moscas acudían a su cochino? ¡Pero si eso demuestra que su cochino estaría pintado admirablemente!...

—No. Me desanimé porque me axfisiaba en aquel ambiente. «En nuestra tierra—oía decir de continuo—no se sabe pintar. Los buenos pintores están en Francia, en Italia, en Alemania, en Inglaterra.» ¿Sí? Pues entonces, ¿qué jugo le iba yo a sacar a los pinceles?... Y medio desesperado, aunque con mi caja de pinturas al hombro, me escapé de Córdoba, y, como un alegre peregrino, fuí a parar a La Unión.

—¿Para qué?

—¿Le voy a decir que para tomar apuntes sociológicos—porque la Sociología, por aquella época, estaba muy de moda—sobre la vida de los mineros?... No. Fuí a La Unión porque a La Unión me llevaron los pies, y canté en La Unión—y ya estoy en el terreno de su pregunta—por ver si me agenciaba unas pesetas y por desinteresado y purísimo amor al arte. Me solía yo refugiar en un café flamenco, honrado por la espuma y la flor

de la minería, y una noche estuvieron los cantaores tan desastrosos y dió el público tales muestras de indignación y amargura, que, por complacer y serenar al noble concurso, subí al tablado. Para no abrumarlo de pronto con lo sublime del «cante», con la playera o «siguiriya» gitana, me arranqué con esta copla de «taranta», que es, como usted verá, de una portentosa exquisitez:

«Deja que cobre en la mina,
y te compraré un refajo
y unas naguas blancas finas,
que te asomen por debajo
dos cuartas de morselina.»

—Realmente exquisita.

—¿Verdad?... Pues no dijeron nada los mi-neritos, ni con los pies, ni con las manos, ni con la boca, y yo tosí, para descombrar la garganta, largué un calderón con arabescos que ni Juan Breva y bordé esta insignificancia de «siguiriya»:

«Carita de rosa,
carita de rosa,
¿quién te ha pegao—quién te ha pegaíto,
que estás tan yorosa?»

—¡Colosal! Se entregarían.

—Al más espantoso desenfreno. Sin llorar

como la «carita de rosa, me miraban lo mismo que si hubiera sido yo un infame que les hubiese pegado, y berreaban, y rompían las botellas y decían cosas incongruentes: «¿Te has traído er paragua?» «¡Como no me olí estol» «¡Pos empréstame el reborbel» Claro, me molesté, y poniendo la cara muy dulce, pero con las del Beri, disparé esta playera:

«Te quisiera ve,
te quisiera ve
con er santolio—a la cabesera,
yamando a Undebé.»

—¡Bien disparado, Julio!

—¡Sí, sí!... ¡Pero en seguidita hubiese disparado yo, si hubiera conocido el mérito de los tiradores que me acechaban!... ¡Qué puntería!... Conque «¿er santolio a la cabesera»?... Y llovieron sobre mí los vasos, los platillos y las chivatas, para que ni el «santolio» me pudiesen dar, y yo, hecho un león, en vez de perdonar a aquellos infelices, que, por ignorancia, no se habían entusiasmado con mi estilo, me defendí a golpes, y sin la generosa intervención de unos heroicos «siguiriyeros», en el café se habría rematado trágicamente mi carrera.

—¡Horrible! Renunciaría usted al «cante»

—En aquel café. En los demás sitios ¿por

qué causa? ¡Poco que se entusiasmaron conmigo los «siguiriyeros» cultos de La Unión!.. Como que formé escuela, y, en unos «juergazos» terribles, me pasé noches y noches con mis discípulos, llorando a moco y baba, sacudidos todos por el sublime enternecimiento que producen las «siguiriyas».

«¡Maresita mía,
qué güená gitana!
De un peasito—de pan que tenía
la mitá me daba.»

Y aquel amoroso desinterés de la gitana, que partía el pan con su amante, nos metía el corazón en un puño, y apenas suspiraba yo la otra poética y meláncolica coplilla:

«Si en vía no me vengo,
me vengaré en muerte,
porque andaré—toas las seporturas
jasta que te encuentre»,

empezábamos a soltar lagrimones, y las fuentes de nuestros ojos agriaban el vino. ¡Qué flamencas noches aquéllas de manzanilla y de arte!... ¡Con qué garbo juvenil nos quitábamos las ropas para dar unas pataítas de cañí bolero y demostrar de este modo que vivíamos en una gran nación libre!... Pero aquello tuvo que acabar,

—¿Por qué?

—Porque, cuando comenzaban a cansarse los partidarios de las «siguiriyas», me cansé yo y reanudé la marcha.

—¿Sin dirección?

—Sin dirección. Durante algunos días viajé con el señor Karoly, domador húngaro — que era de Osuna y que se llamaba Ruiz —, y con su oso «Ceferinito». Karoly-Ruiz había inventado un idioma para comunicarse con su oso, que, en cuanto le oía berrear, tocando el pandero,

«¡Pay, pay, pay,
túnderel!»

rompía a bailar como una bayadera.

—Y «Ceferinito», ¿era también español?

—También. De Asturias. Muy formal, muy trabajador, muy decente. Habría podido ser aguador o sereno en Madrid. Y tan fiel, y tan bondadosote, y tan manso... Le tomé cariño, y este fué el origen de su perdición.

—¿Pues?...

—Porque con Karoly-Ruiz se defendía; pero conmigo... ¡Y como cayó en mi poder!... La fatalidad, compañero. Una noche, el de Osuna, que le había ganado cinco pesetas a un cosario, se permitió afirmar que ningún jugador del mundo le vencería al tute; y yo,

que en la pintura seré un soldado torpón, pero que en el tute soy tan invencible como César, le arruiné en cuatro juegos, y en otros cuatro le despojé de «Ceferinito». Dormí, punzado por el remordimiento, y a la mañana siguiente entré en el cuarto de Karoly para decirle que le perdonaba el oso; mas el de Osuna, hombre de asustadiza dignidad, se había marchado, oliéndose lo del perdón, y tuve que cargar con «Ceferinito», después de chuparme unas cuantas inconveniencias que me largó el posadero, porque quise obsequiarle con el animal.

—¿Y qué hizo usted? ¿Cantó el «Pay, pay, pay, túndere»?

—No, porque me había encariñado con «Ceferinito», y me pareció infame prolongar su esclavitud. Lo puse en libertad, le obligué a huir, tirándole piedras, para que no me siguiese como un escudero, y a los tres días leí en los periódicos que le habían dado un banquete al hijo de un alcalde porque había matado a un oso feroz. ¡Feroz un artista como el infeliz «Ceferinito»!

—Lo sentiría usted.

—De tal manera, que me volví a casa. Al poco tiempo, con unos dinerillos, me paseé por casi toda Europá, y convencido de que «también» aquí se sabía pintar, me entusias-

mé nuevamente con mis pinceles. Y de lo que he hecho, ¿que le voy a contar? Vea mis últimas obras.

—El retrato de Belmonte es asombroso. No es «un» torero. Es «el» torero.

—Tiene mucho carácter, ¿verdad? Belmonte, que hace pensar a cada momento en la tragedia, es el espada más gladiador. Esa mandíbula saliente y esa cabeza rapada son las de un legionario de la decadencia. Y fíjese en el efecto del bordado del capotillo sobre el torso. ¿No parece el bronce de una coraza romana?... Lo he pintado así por el prestigio que le da el desnudo a la figura. Canova no esculpió un Napoleón ventrudo y de uniforme, sino un Napoleón casi desnudo, envuelto majestuosamente en un manto imperial. Este Belmonte lo he pintado para mí. Me propongo exhibirlo en muchas exposiciones.

—Y triunfará usted, porque bien ha sabido sacarle el jugo al modelo.

—Cuando los modelos son interesantes... Y los míos lo son, porque huyo de los de oficio como del diablo. Para «Marta y María», me sirvieron de modelos una señorita y una gitana de Córdoba; para «Judith», me favoreció la admirable Julia Trigo; para «Salomé», una artista muy artista: la Esparza; para

«Dévora», la Minerva, gentil bailarina, y para la figura con que simbolizo las bule-rías, la asombrosa Julia Borrul.

—Y ninguna de ellas es rubia.

—No. Yo no «siento» las rubias. Mis mu-
jeres son morenas; de un moreno caliente
con tonalidades de oro... El moreno color de
sol que nos seduce en Córdoba y Sevilla.

—El moreno flamenco. Porque usted, que
no se quitó el sombrero atorerado hasta
que conquistó una primera medalla, es un
flamenco. Y un «tío» que torea como un pro-
fesional.

—Hombre, no. Eso, no. Con el capote me
«baña» cualquier novillero. Ahora que, to-
reando a caballo... Perdóneme la inmodestia;
pero dicen que tengo que ver. Como es uno
buen jinete, y como disfruta uno de un gran
brazo y de bastante habilidad, y como hay
en uno afición...

—¿Afición a que lo estrellen?

—No es tan fácil ser estrellado. ¡Y se goza
de un modo viendo avanzar a una montaña
de carne y parándola, en seco, esforzada-
mente, con la pica!... Yo no me privaría
por nada del mundo de tan sabrosa volup-
tuosidad. La garrocha y el «cante». Porque,
amigo mío,

«Tengo mi cuerpo de coplas,
qué parece un avispero;
¡se empujan unas a otras
por ver cuál sale primero!»

FE DE ERRATAS

He aquí las principales:

En la página 31, línea 18, dice «que le» y debe decir «que lo».

En la página 84, línea 6, dice «uno se hecha» y debe decir «uno se echa».

En la página 167, línea 12, dice «el doctor» y debe decir «el dortó».

INDICE

	<u>Págs.</u>
LOS FENÓMENOS:	
La afición del ídolo.—Belmonte en Cápuá.....	13
Los progresos de Joselito.—Verónicas y volapiés	25
LOS ASES:	
Cómo es «el Gallo».—Tuertos, entierros y bichas.....	39
Lo que cuenta Pastor.—La voluntad y el miedo.	51
LOS ESTOQUEADORES:	
A estocada limpia.—La resurrección de Martín Vázquez.....	63
La gente del bronce.—«Don Larita» y su caballo.	75
CÓMO SON LOS MIURAS:	
La opinión de «Minuto».....	89
Lo que sostiene «Bombita».....	99
EL MEGALÓMANO:	
Luchadores callejeros.—El arte de «Silvela»... ..	111
LOS PAYASOS:	
Charlot y Llapisera.....	123

	<u>Págs.</u>
El hombre del pedestal.—Las dos coronas de Don Tancredo.....	133

EL EX SUICIDA:

La sangre fría de Silvetti. — Puntazos, golpes y cornadas.....	149
--	-----

EL COMERCIANTE:

Calcetines y muletaos.—Los triunfos del «Camisero».....	161
---	-----

EL LUCHADOR:

Monsieur Suárez.—Brazos contra cuernos.....	175
---	-----

EL CÓMICO:

De «maleta» a comediante.—El toro de Hidalgo.	187
---	-----

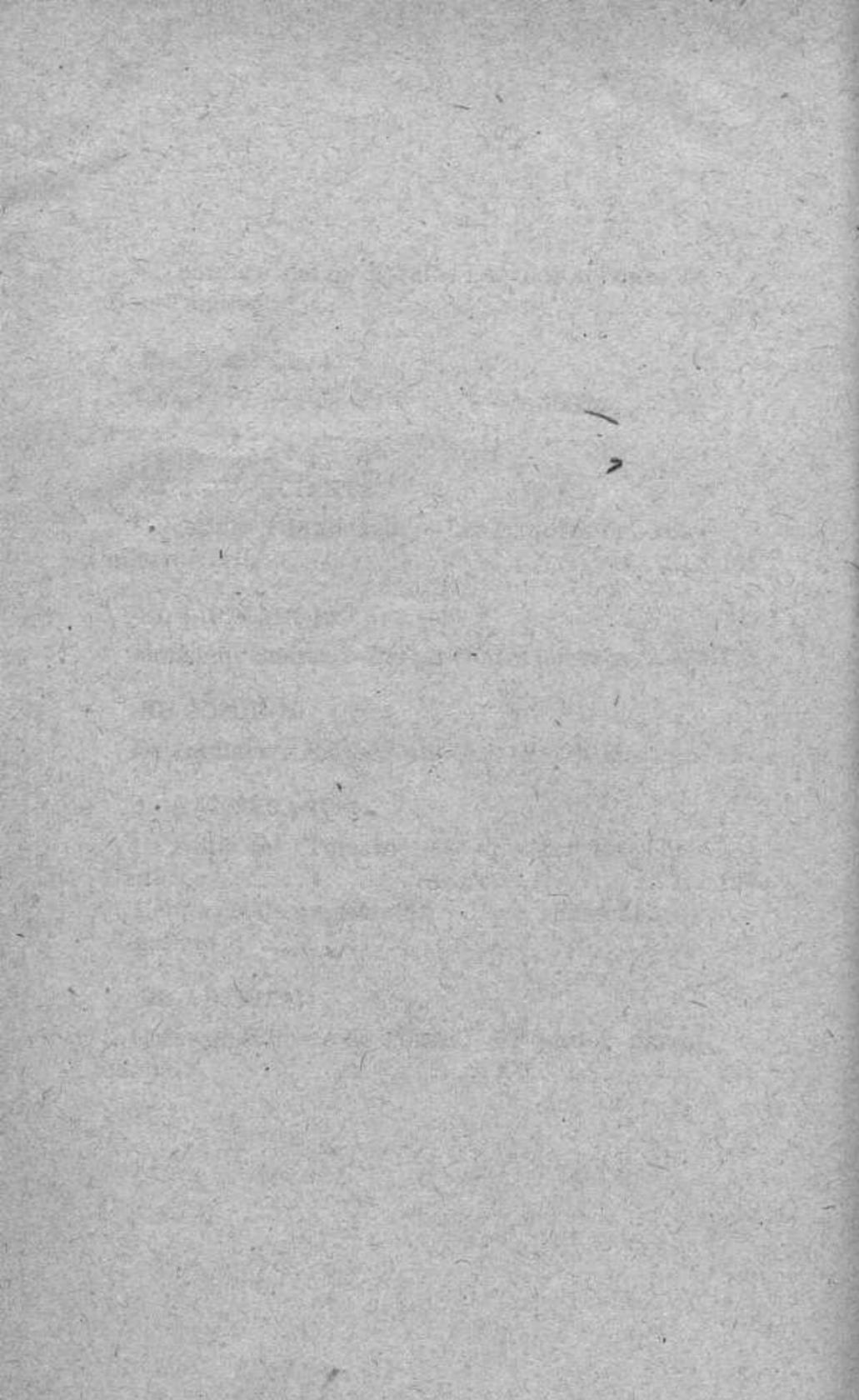
LOS VETERANOS:

La ruina del «Tortero».—El matador de los brillantes.....	199
Memorias de un setentón.—Paco «Frascuero» y el galleo.....	213

EL ARTISTA:

Cosas de Romero de Torres.—El pintor garrochista.....	231
---	-----





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número. 287 | Precio de la obra.....

Estante... 1 | Precio de adquisición

Tabla... 6 | Valoración actual

Número de tomos..



DEUS

DEUS

DEUS

DEUS

287.